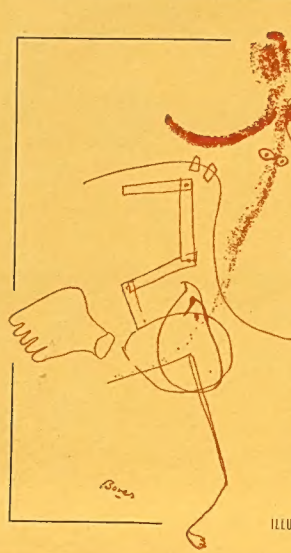
VANDERBILT UNIVERSITY
3 0081 034 468 474

Duplicate $1.00

The Library

of the

University of Wisconsin



From the Library of
John Crispin,
Professor of Spanish
1965–2001

Jean and Alexander
Heard Library
Vanderbilt University

ILLUSTRATION BY FRANCISCO BORES

DATE DUE

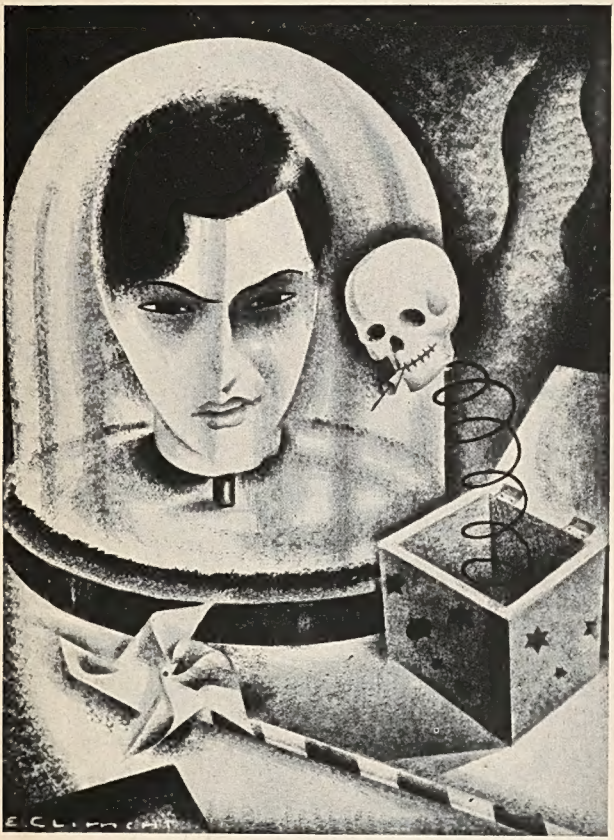
GAYLORD			PRINTED IN U.S.A.

EL VENTRÍLOCUO Y LA MUDA

COLECCIÓN DE GRANDES NOVELAS HUMORÍSTICAS, PUBLICADAS POR LA «BIBLIOTECA NUEVA»

	PESETAS
ENRIQUE JARDIEL PONCELA	
Amor se escribe sin hache	6,00
¡Espérame en Siberia, vida mía!	6,00
¿Pero... hubo alguna vez once mil vírgenes?	6,00
SANTIAGO RUSIÑOL	
La niña gorda	5,00
JUAN JOSÉ DOMENCHINA	
La túnica de Neso	5,00
TIRSO MEDINA	
Mis dos mitades	5,00
EDGARD NEVILLE	
Don Clorato de Potasa	5,00
ANTONIORROBLES	
Novia, partido por 2	5,00
JOAQUÍN BELDA	
Se ha perdido una cabeza	5,00
SAMUEL ROS	
El ventrílocuo y la muda	5,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Un tipo disparatado	5,00
MANUEL ABRIL	
«La Salvación». Sociedad de seguros del alma.	5,00
J. LÓPEZ RUBIO	
El alma en un hilo	5,00

EN PREPARACIÓN OTRAS DE VARIOS AUTORES



Samuel Ros, por E. Climent

COLECCIÓN DE GRANDES
NOVELAS HUMORÍSTICAS

EL VENTRÍLOCUO Y LA MUDA

NOVELA

POR

SAMUEL ROS

BIBLIOTECA NUEVA
CALLE DE LISTA, 66.—MADRID
1930

Establecimiento tipográfico de «El Adelantado de Segovia»

X40Y
.R706
V

ADVERTENCIA

El lector advertirá que en algunas ocasiones aparecen párrafos desinteresados de la acción como si el autor hablara por sí mismo en donde no es llamado a intervenir, pero no hay tal cosa; estos párrafos no son más que el dictado de la voz de la conciencia del ventrílocuo.

DEL MISMO AUTOR

LAS SENDAS. (Novela) Editorial Gutenberg.
BAZAR. (Cuentos) Espasa Calpe.
EL VENTRÍLOCUO Y LA MUDA. (Novela) Biblioteca Nueva.

PRÓXIMA A SALIR

PRIMERA SUCURSAL DE BAZAR. (En prensa en la C. I. A. P.)

EN PREPARACIÓN

EL HOMBRE DE LOS MEDIOS ABRAZOS. (Para editorial Ulisses).
OTRA REIVINDICACIÓN DE JUDAS (Biografía a nudos).

I.—VOZ

Ya cuando nació el ventrílocuo sembró el pánico entre sus familiares. Primero lanzó un grito de niño raquítico, como correspondía a su figura, pero, después, lloró como un chiquillo grande y sanote lo que le hizo buscar al cirujano un hermanito gemelo, que, naturalmente, no existía, como no existían tampoco las niñas que el ventrílocuo hizo presentir con sus distintos alaridos de niña guapa, de niña bondadosa, de niña mala...

Fué aquello como una fuga de almas de niño hacia el Limbo: ese eclecticismo intolerable en Dios, sólo digno de algunos críticos y filósofos.

El padre del recién nacido no se enteró de la cualidad de su hijo hasta la «voz» quinta; por eso, ante los distintos lloros, empezó a buscar los hijos invisibles que lloraban tan magníficamente, con la esperanza un poco triste de encontrarlos en cualquier rincón de la alcoba o en el revoltijo de los cajones.

Era un pobre hombre representante de pastillas para la tos, discos de gramófono, aparatos de radio y altavoces.

La madre del ventrílocuo era una mujercita muy

rubia y muy triste que sólo había nacido para dar al mundo un hijo ventrílocuo. La misma misión aunque de menor importancia que tuvo la Madre de Dios al nacer para dar al mundo un redentor: Cristo, que fué el gran ventrílocuo de la voz de su padre.

Aquella mujer tan silenciosa, a fuerza de ahorrar palabras, había conseguido dejar a su hijo un tesoro de voces... Cumplida su misión, tuvo que morir del parto.

Pero no dió la sensación penosa de la muerte; amortajada con el traje de blanco de su primera comunión—reformado después para la boda—parecía una pastora de fiesta de colegio que fuese a apacentar por las nubes aquel rebaño de voces de sus hijos frustrados.

La misma noche del alumbramiento, don Jerónimo Capitel, no presintiendo que su mujer moriría con la luna, hablaba satisfecho «con su mejor amigo», al cobijo de una mesa-camilla.

«El mejor amigo» era cobrador de una casa de banca; tenía unos pies enormes, como corresponde a un buen cobrador y llevaba en la gorra que cubría sólo el cogote de su cabeza pequeña, cuatro letras iniciales: H. I. J. K.; cuyo sentido completo tenía que explicar al cabo del día infinidad de veces.

Se lamentaba el cobrador con «su mejor amigo» de la ingratitud de los hijos, recordando a aquél suyo, tan mala cabeza, que terminó por venderse a un escritor como personaje literario en veinte pesetas... La conversación del hijo, personaje literario, fué un tema amable para los padres.

—No crea usted—decía H. I. J. K.—, casi todos los padres tienen la esperanza de conseguir un hijo personaje literario pero nacen muy pocos, muy pocos porque la vida nos diferencia cada vez menos... Todos los chicos que yo conozco son iguales.

—No obstante, hay quien tiene esa suerte; vea usted, el tendero de abajo vendió, no hace muchos meses, un cura virtuoso para un drama... Claro, que a mi entender, sólo debe venderse en caso de apuro extremo, después de llevar al Monte de Piedad el último objeto que es siempre el de más precio... Yo creo que *saberse* personaje literario es como tener un seguro de vida.

—Lo peor de esto—concluyó el cobrador—es que en la nueva literatura ya no caben hijos como el mío ni como el del tendero de abajo... Son artículos pasados de moda que únicamente pueden tener salida a precio de saldo... Hay una farmacia que suele regalar uno a los académicos por cada cien pesetas de gasto.

Para recalentar un silencio encendieron en el brasero un pitillo. En la cocina, se oía ruido de cacharros y el pobre estrépito de la fuente; poco después, los sustituyó la voz de la comadrona, una mujer elefantiásica y zalamera, casada con un enterrador. Este matrimonio era, pues, como el principio y fin de la vida; la unión de los puntos extremos del círculo vicioso de la existencia.

Las conversaciones de los esposos en el minuto confortable anterior al sueño, decían siempre: «Hoy nació...» «Hoy di tierra...»

El padre del ventrílocuo, tirando la colilla del ci-

garro, se fué hasta el calendario y con la punta desmochada de su lápiz, puso en el extremo de la hoja que había de quedar perpetua: «hoy nació mi hijo».

—A propósito—exclamó—. ¿Qué nombre le pondremos al chico?

—Ese es el gran inconveniente de tenerlos—dijo el cobrador—, verá usted, cuando nació mi última chica estuvo mi familia discutiendo cuatro días por el nombre... Al fin pusimos el de la fecha del nacimiento... También usted tendrá que pasar por ahí. ¿Qué santo es hoy?

—San Ramón Nonnato.

—¡San Ramón!... ¿No fué ese santo el que llevaba un candado en la boca?

—No sé, tengo que enterarme bien—después añadió con orgullo paternal—si es el santo de la boca cerrada, no le cuadra el nombre a mi chico. ¿No ha oído usted los pulmones que tiene?... Además, sería horrible condenar al chiquillo al sortilegio de ese mutismo del santo titular.

En aquel momento se oyó al extremo del pasillo un lloro largo, sostenido, con reminiscencias de voz de barítono. El cobrador H. I. J. K., asintió:

—¡Buena voz tiene el chiquillo!

A la una de la noche la mujer del cobrador salió del cuarto del alumbramiento, en el que no había más luz que una lamparilla de aceite ante la Santa Virgen de la Cinta, y advirtió a su marido que era la hora de regresar a casa. El padre del ventrílocuo se brindó a acompañarlos porque quería fijarse bien en el cielo de aquella noche; era un poco supersticioso y creía que el porvenir de su hijo se encontraría escrito en

las estrellas... Ya se había asomado a la ventana; pero desde el piso interior sólo se veía un trozo de cielo encuadrado en el patio y la luna quedaba fuera por temor seguramente de caer en aquel tubo negro.

En la portería encontraron al portero en vela y un automóvil azul parado frente al portal entreabierto. Don Jerónimo preguntó al portero:

—¿Qué pasa, Pedro?

—La hija del dueño que ha dado a luz una niña.

El portero, llamado consecuentemente Pedro, principió a refunfuñar, dejando salir sus palabras a borbotones a través de los bigotes espesos a modo de una golondrina con las alas extendidas:

—¡Como si fueran estas las horas de dar a luz la gente rica!

Pedro hablaba de estas cosas con enojo de hombre estéril.

Ya en la calle, don Jerónimo dijo al matrimonio:

—Ahora me explico aquellos lloros de niña que oí... Me tranquilizo porque he de confesar que estaba un poco extrañado.

La noche era una noche corriente, completamente ciudadana, con sus estrellitas educadas junto a la madre luna circunspecta y llena de retoques, aunque aún le faltaba el retoque definitivo de otra noche para ser completamente esférica. El padre del ventrílocuo no pudo descubrir nada de particular en la noche y, sin embargo, Marte iba disfrazado tristemente de biberón.

De regreso, encontró en su casa a la comadrona y a su marido esperándole para irse. Parecían un par

de figuras alegóricas. Esas figuras tan buscadas hace unos siglos, por los pintores... desterradas hoy en forma de escultura en las azoteas de los edificios públicos y en las fuentes de los parques.

Don Jerónimo oyó las últimas recomendaciones de la comadrona desde la puerta. Después, en la soledad del pasillo, sintió sobre sí todo el peso de la responsabilidad paternal, porque en la soledad de los pasillos es donde la conciencia ensaya siempre sus primeros remordimientos.

Se durmió sobre un enjambre de nombres de santos: San Braulio, San Bruno, San Zacarías... ¿Cuál le pondría a su hijo?... Decidió consultar detenidamente El Año Cristiano, porque es una temeridad dar a un chico el nombre de un santo sin saber los detalles de su vida. El estaba convencido de que la suya triste se la debía a su patrono extraordinariamente perseguido, como le debía su amigo Alejo el engaño de su mujer, al santo que se pasó la noche de bodas en el hueco de la escalera.

A las cuatro de la mañana sonó el despertador con un repique agrio: imitación perfecta del canto de un grillo enojado. Era la hora de dar a la parturiente la cucharada de medicina, pero...

Ella estaba muerta, en la boca se la habían cuajado las últimas palabras... No daba la sensación penosa de la muerte... y en el seno izquierdo, el de la parte del corazón, había una gota de leche como una pequeña margarita dedicada a su hijo.

Don Jerónimo despertó a la criadita que dormía con el niño en la alcoba contigua, y salió en busca del médico. Mientras, el ventrílocuo lloraba con su

voz propia de niño raquítico; a continuación lloró con voz más gruesa, como si hubiese crecido, y después de una gama interminable en la que el lloro representaba cada vez una edad mayor, lloró por fin con llanto de viejo... Este fué el único hijo que lloró a su madre en todas las edades.

II.—VOZ

Después de consultar durante una semana El Año Cristiano decidió don Jerónimo poner a su hijo el nombre de Braulio, arzobispo de Zaragoza y discípulo predilecto de San Isidoro.

Como hombre de pocas luces, admiraba la vida del santo talentudo que estimuló en su maestro la creación de la Etimología y recibió aquella capa y aquel anillo como los mejores símbolos milagreros. Lo que más convenció a don Jerónimo de la bondad de aquel nombre fueron las frases que un historiador dedicaba a San Braulio: «Fué el santo que alzó en los Concilios sus mil voces...»

El terrible problema de la lactancia lo resolvió el padre ensayando diferentes fórmulas de biberón, porque aunque hubiese tenido medios económicos para pagar una nodriza, no habría consentido él en esa compra de ubres que Dios castiga poniendo caries en los dientes de los niños.

Como solera del biberón puso aquella gota de leche aparecida en el seno izquierdo de la madre en el momento de morir... De esta forma, toda la artificialidad de la crianza se estrellaba contra la legitimidad de la solera.

Mientras el padre trabajaba, cuidaba del pequeño

la criadita, una niña de quince años, atrasada mental, con precocidades desconcertantes. Su cabeza feusilla estaba dominada por el ruido del tren que la trajo a la Corte. Creía ingenuamente que había muy pocos botones de nácar en el mundo y siempre estaba triste porque ella había perdido uno de su blusa azul.

En tanto el padre vendía por las mañanas las pastillas para la tos, una marca portuguesa registrada con el nombre: «O paradiso de la laringe», los discos de gramófono y los aparatos de radio, la criadita llevaba a Braulio al Retiro, ese parque con zonas inexploradas, selvas vírgenes no holladas por el hombre y rincones y remansos en donde ciertos inventores y escritores guardan sus ideas inéditas, al modo de esos otros que guardan su dinero en los bancos.

Al pequeño ventrílocuo le gustaba, sobre todos, el paseo de los Melancólicos. Más tarde, habían de nacer allí la joroba de sus tristezas y allí presenciarían sus ojos por primera vez el conmovedor espectáculo del viejo señor dando migas de pan a los gorriones... Lo que no sabía Braulio es que todos ellos son cazadores arrepentidos y algunos hasta conservan el guiño homicida del ojo izquierdo.

Solían acampar en el rincón umbroso de un cañaveral de bambúes que prestaba a sus figuras cierto encanto japonés. Era el lugar preferido por los nipones residentes en Madrid y alguna vez un colibrí se bañaba en una charquita próxima como si estuvise en un magnífico arrozal.

Los ojos, ante aquella decoración, adquirían la

forma amigdalina necesaria para la contemplación de los paisajes japoneses, porque lo más importante de los paisajes del Japón es la dimensión horizontal, por esto pintan melancólicamente alargadas las ramas floridas de sus almendros, a sus pájaros con las alas extendidas y a sus arroyos no de frente sino de lado... Es todo lo contrario del arte egipcio, que siempre ha preferido la dimensión perpendicular... El ojo mongol es consecuencia de seguir atentamente el abrir de los abanicos.

Braulio, bajo el sol calentito, daba rienda suelta al coro interminable de sus lloros y voces indeterminadas. La criadita creía que otros chiquillos andaban ocultos en el cañaveral de bambúes, pero el bosquecillo no ocultaba más que unos ojos verdes de mujer, extraordinariamente bellos, que se perdieron en aquel laberinto siguiendo el zig-zag de una lagartija.

El ventrílocuo era un magnífico reclamo que atraía a los pequeños desde los extremos más apartados del parque: venían del embarcadero del estanque con los ojos fruncidos como viejos lobos de mar; venían de la laguna del Palacio de Cristal con expresión de poetas; venían del paseo de coches con gesto aristocrático, venían de la Casa de Fieras con cierto «cachet» de exploradores y las niñas llegaban de la rosaleda como si saliesen de una incubadora de frivolidades... Los del paseo de los Melancólicos traían el germen de una joroba de tristezas.

Por fin, como los pájaros que advierten el engaño del reclamo, se desperdigaban los chiquillos en todas direcciones y volvía a quedar solitario y en silencio

aquel rincón del parque... escenario por la tarde de un idilio amoroso que infiltraba por las cañas de bambú la miel de su diálogo, injertándolas lentamente de cañas de azúcar.

* * *

Al mismo tiempo que la criadita daba a Braulio su biberón, una ama de leche que ocupaba todos los días un banco próximo, sacaba su seno hinchado, con una coquetería especial, como si fuese un balón ofrecido a los soldados que le rodeaban para que jugasen una partida de «rugbi».

El barquillero pasaba frente a ellos a última hora con ese cilindro misterioso en donde todos aprendemos las primeras especulaciones de la suerte. Era muy jovencito y le gustaba la niñera feusilla del ventrílocuo... Siempre la obsequiaba con dos barquillos en forma de embudo, ofrecidos delicadamente, como si fueran rosas. Los extraía entreabriendo la tapa y ahondando el brazo en las profundidades del cilindro de zinc, decorado con pinturas de un lirismo conmovedor: una de ellas representaba la despedida de un trasatlántico, con un magnífico rizo de humo prendido en la chimenea y todas las ventanitas iluminadas. La más interesante de todas las exposiciones de pintura sería la de las cajas de los barquilleros.

Ninguna mano ha podido llegar al fondo del cilindro del barquillero... Tienen la profundidad de esos pozos que disuelven cuanto se tragan en las últimas entrañas de la tierra.

Cuando se iba el barquillero, la niñera se quedaba un rato con los ojos entornados, sin poder precisar sus emociones, con un dulce sabor de barquillo tostado y dominada por la visión de aquel vapor con sus ventanitas iluminadas que decoraba la caja de los barquillos... Súbitamente, empezaba a besar con estrépito a Braulio.

A la una iba el padre a recogerlos. Al finar cada mañana de trabajo, se anegaba don Jerónimo de tristeza, porque siempre salía de su casa con la esperanza de tomar un pedido magnífico que le hiciese rico de una vez. Había adquirido este hombre la melancolía inadvertida de ese perro que escucha «La Voz de su Amo» comprendiendo el engaño.

Don Jerónimo fumaba su mejor pitillo a la vera de los bambúes, tenía el aire inconfundible de los buenos viudos y el luto de su traje teñido, llevaba dignamente su dolor, con espléndida significación de luto por viudedad.

Al fin emprendían el regreso hacia casa. El padre del ventrílocuo saludaba respetuosamente a los guardas con el respeto inveterado que sentía por los uniformes, incluso por el de su amigo el cobrador H. I. J. K. Las señoras gruesas de cierta edad miraban compasivamente el grupo y exclamaban:

—¡Ay!, se ve que les falta la sombra de una mujer.

Algunas, después de verlos, encontraban más sabrosa la lectura de su libro.

Salían siempre por la Puerta de Alcalá, en donde los fotógrafos ambulantes meten la cabeza en las entrañas de sus máquinas: escafandras protectoras

del sol que siente la antropofagia de las imágenes fotográficas.

Las grandes puertas del arco de piedra son las puertas del horizonte. Todos los espíritus audaces que aman la aventura, se fraguan mirando a través de esas puertas que conducen a todas partes y cuyos aldabones son invisibles para los tímidos... Las llaves de la Puerta de Alcalá están perdidas en el fondo del mar.

Pero don Jerónimo sentía vértigo al asomarse a aquella Puerta. Cuando llegaban a casa, el pequeño Braulio se había dormido con los metódicos vaivenes del paseo, y el padre se alegraba porque prefería que su hijo pasara dormido la lobreguez de la escalera interior, que simbolizaba el rumbo de una existencia mísera, no lejos de la escalera principal muellemente alfombrada.

Comía don Jerónimo con la criadita una mezcla de fiambres económicos con un primer plato deslabazado cocido durante la ausencia a la llama del gas. Con la mujercita rubia se había ido de aquella casa el mantel de la mesa, única coquetería de los hogares pobres.

El pequeño Braulio despertaba siempre al terminar la comida reclamando su biberón. Se lo preparaba su mismo padre siguiendo las fórmulas de sus ensayos y aliviando con esencia de amor paternal la ausencia del seno materno.

Después de cumplida esta misión, don Jerónimo se encerraba en el pequeño tabuco que le servía de despacho. Era la hora ingrata del correo en que enviaba a las casas representadas los pedidos conseguí-

dos por la mañana. Al comienzo del trabajo precedían unos minutos largos de examen de conciencia; tiempo fundamental en la vida de aquel hombre que sabía sobre todas las cosas su insignificancia social y su falta de talento. No era un hombre sin ambiciones, porque, en realidad, ese hombre no existe; él tenía proyectos dorados que transfiguraban su mediocridad en algo bello y refulgente cuyo emblema de suprema distinción era un guante amarillo que aparecía en su mano derecha durante aquellas visiones.

Con un supremo esfuerzo despegaba de su pobre figura la otra refulgente de sus sueños y se entregaba con furia a la tarea. Primero abría su correspondencia: «Confirmo pedido doce cajas pastillas «O Paradiso de la laringe...» «Ponemos en su conocimiento nueva existencia de romanzas y barcarolas...» «Con el nuevo invento aparato amplificador, se pueden internacionalizar los aparatos de dos lámparas». Seguidamente él contestaba: «Cliente B. Desea membrete de su casa en las cajas de las pastillas...» «A la casa *El Disco Musical Oratorio y Regocijante,* interesaría depósito de placas con chascarrillos aragoneses no publicados en hojas de almanaque.» «Don X quisiera saber si es posible que su aparato que sólo habla el castellano, aprenda el inglés y el ruso. Veo por su última que la cosa es factible con el nuevo aparato amplificador; envíen, pues, muestra en seguida.»

Terminada la labor, don Jerónimo ensayaba en su desvencijado gramófono las muestras recibidas de las placas de novedad. Difícilmente tropezaba con una marcha fúnebre en armonía con su espíritu; ge-

neralmente, eran los trozos más idiotas de las zarzuelas populares, golpeando contra su figura con escándalo de las vecinas que compadecían a la mujercita rubia muerta del parto.

Correspondía su salida para echar el correo con el último biberón de la tarde. Don Jerónimo Capitel era tan pobre hombre, que cinco minutos después de echar sus cartas en el cráter del buzón, aún sentía cierto resquemor por si no llegaban al punto de destino, por desperfecto del sello o por rebeldía de éste despegándose del sobre o por quedarse en el cieno de cartas que forma un poso en todos los buzones y en donde seguramente está la carta del «Tren expreso».

El muy tontaina, llegó en cierta ocasión a pensar que la actual distribución de los buzones por el lugar de destino, es un absurdo materialista... ¿Por qué no clasificar los buzones por el contenido de las cartas?... ¡Sería tan hermoso poder decir: buzón del amor, buzón del odio, buzón onomástico, buzón de la amistad, buzón comercial y GRAN BUZON DE LA ESPERANZA... ¡Qué estadística tan curiosa se podría hacer con estos buzones de los sentimientos de la nación!

Sugestionado por esta idea, llegó a formular el pensamiento de que las cartas anónimas se debían confiar al Carro de la Cibeles.

De regreso a casa, don Jerónimo compraba todas las noches sus diez céntimos de diario, cada día uno diferente por temor de caer en la tentación de los folletones que quitan el sueño y hacen vivir intranquilo todo el día al acecho de la lectura servida por dosis desesperantes.

Si la mañana había sido lucrativa tomaba el tranvía, aquel tranvía número 3, el de mayor éxito, el que se lleva a las mujeres más guapas, el que reparte mayor número de capicúas y el del trole que fabrica las mejores estrellas.

Ya en casa, mientras servían la cena, don Jerónimo leía su periódico comenzando por las cosas que menos le interesaban, con un deleite especial de reservar las más sugestivas para el final.

La hora más triste era la hora de la cena, no había en ella ni el sol de las horas del parque ni el olvido de las horas de trabajo; era una hora bañada en tinieblas, con la sola interrupción de aquel punto rojizo animado en la bombilla huérfana de la lámpara del comedor. No era posible escapar a la melancolía de aquella hora con un extraño poder para hacer germinar la semilla de los suspiros... Hasta el pequeño Braulio lloraba con sordina sus auténticos gemidos de niño raquítico.

Algún sábado, al terminar esa hora fúnebre de la cena del viudo, el huérfano y la pequeña criadita atrasada mental, llegaba el matrimonio símbolo de los polos opuestos de la existencia o el cobrador y su mujer. Las veladas eran entonces una enumeración de recuerdos porque pertenecían todos a esa clase de gentes que sólo viven para engrandecer en el presente las cosas que en su tiempo fueron tan pequeñas e insignificantes como las que se viven mientras se recuerda.

Ciertos días, también subían los porteros, ella amaba exageradamente a Braulio, lo amaba con todo el histerismo que ponen en esos cariños las mu-

jeres estériles y él, el hombre llamado consecuentemente Pedro, había simpatizado de forma extraordinaria con el cobrader H. I. J. K... quizás por la atracción y por esa solidaridad reconocida que sienten entre sí las gentes uniformadas.

Hablaban todos con petulencia de gentes ignorantes y lo más interesante sería conocer sus pensamientos con los atisbos y vaguedades que nunca podrían expresar.

El enterrador hablaba con tono sentencioso y tenía una interesante idea revolucionaria: *El comunismo de la muerte,* cuya fórmula de lucha se concretaba en estas palabras: «deben ser arrasados los panteones, para que la misma tierra nos cubra a todos».

El cobrador H. I. J. K., nada argumentaba contra esto, pero se notaba en él cierta sonrisa irónica, como de hombre unido al mecanismo de la Economía Nacional, como si él estuviera en el secreto de las bases fundamentales e inconmovibles de la organización económica del mundo.

En las lagunas de su silencio se bañaban todos con fruición. Cuando el pequeño Braulio hacía sonar el clarín de sus lloros reclamando el biberón de las doce, se dispersaba la tertulia.

Al quedar la casita en tinieblas venía la parte más interesante en la vida de los tres personajes: el ventrílocuo, su padre y su niñera...

Sueños de don Jerónimo Capitel: Terminaba de vestirse el chaqué y después de calzar su mano derecha con el resplandeciente guante amarillo, símbolo supremo de sus ambiciones, descendía a la calle en el ascensor de un gorrión gigante.

No caminaba por el arroyo como los pobretes y los ricos, sino que iba por los cables del tranvía, haciendo magníficas acrobacias, causando la admiración de las gentes que le aplaudían a rabiar.

En las trapas traseras de los automóviles, iba él descubriendo mujeres hermosas, que le amaban apasionadamente... ¡Magnífica cosa para él asomarse al fondo de las trapas de los automóviles!... Era como un abrir de ostras con sorpresa de perla.

Los faroles apagados se iluminaban a su paso enviándole para la solapa la llamita trasnochada de sus mecheros, como un fuego fatuo invisible en la luz matinal, y la gran farola, faro estático de la ciudad, ponía sobre su frente una lengua de Pentecostés que le convertía en el hombre más talentudo del mundo. Las palmas marchitas del Domingo de Ramos, prisioneras en los balcones, reverdecían en su obsequio.

La bailarina rusa que le escalofrió desde la página de la revista ilustrada salía del papel para besarle... Entonces, su cara arrugada de barba gris, sin afeitar en tres días, se encendía en una sonrisa que agrandaba sus ojos insignificantes, pero de enfoque infinito.

La vida real sólo circunstancialmente tomaba parte en sus sueños, bien creyendo que iba por la calle obsequiando a las mujeres con las pastillas «O paradiso de la laringe», bien escuchando una colosal música de gramófono que salía por las chimeneas.

La mujercita rubia muerta del parto le decía alguna noche: «La leche del biberón debe de hervir cinco minutos más».

Cuando don Jerónimo Capitel despertaba, recor-

daba sus sueños y los reconstruía con sabor de tabaco habano. Más que nada, lamentaba no ser cierta su conversión en el hombre más talentudo del mundo.

Sueños de la criadita: Soñaba que sabía leer y venían cartas de su pueblo para ella, cartas larguísimas y detalladas, humedecidas en la fuente de siete caños siempre desangrándose en el arrabal de los álamos.

Llovía del cielo un agua azul celeste que iba tiñendo alegremente su trajecillo negro. En los tiestos de las ventanas vecinas crecían plantas con botones de nácar que le traían los pájaros.

El barquillero pequeñín reñía con un trompeta de húsares que quería descuartizarla junto a los bambúes del Retiro... Tenía miedo y placer de que fuesen a descuartizarla.

Entre estas cosas, visiones intermitentes de cierta película que vió con su ama una tarde de domingo y convertida en realidad su esperanza de jugar a la lotería y de que *se curasen sus sabañones.*

Despertaba oliendo a agua de colonia, pero nunca, nunca, recordaba sus sueños, a pesar de gustarle tanto, que muchas noches rezaba para soñar.

Sueños de Braulio: Caminaba por un cementerio recogiendo las voces aún vivas de los cadáveres. Al son de una falsa trompeta del Juicio Final los muertos se levantaban construyendo sus cuerpos con piezas equivocadas; él se reía al ver aquellos cuerpos de mujer con cabeza de hombre y los senos tersos y perfectos defendidos por viejas que no querían entregarlos a sus dueñas.

En el árbol más frondoso del cementerio veía los

dos senos de su madre que debían haberle nutrido, picoteados por los pájaros como fruta madura.

Estos sueños trágicos le divertían a él como se divierten los niños en el punto más culminante del drama teatral.

Soñaba que su cuna se convertía en un gran trasatlántico mecido por los mares y que venía una voz de cada eco para arrullar su sueño.

Cuando despertaba no recordaba nada, naturalmente, sentía el sabor fuerte de la fosfatina del último biberón y volvía a ser el niño inconsciente y tontito de un año.

III.—VOZ

Cuando Braulio cumplió los diez años, era un niño raquítico que hablaba muy poco, con gran esfuerzo y como sintiendo en su garganta los desgarramientos que le producían la salida atropellada de sus distintas voces... ¡El médico decía que eran anginas!

Había aprendido a leer bajo la dirección de don Jerónimo y bajo la bombilla huérfana en la lámpara del comedor. Ya en tan temprana edad se había rebelado su espíritu contra aquellas frases del catón que parecían fabricadas exprofesamente para idiotizar a los niños: «El perro es el amigo del hombre»... «La gallina cacarea»... Hasta tal punto le molestaban, que su padre tuvo que sustituirlas por otras más amables al niño y más verdaderas: «El perro es un lobo renegado vendido al hombre que lo idiotizó»... «La gallina fué castigada por Dios a no poder volar desde que se comió el primer gusano de luz»...

Había ya viajado Braulio por el atlas geográfico abierto sobre la mesa y había sorprendido la poca importancia que el autor concedió a los colores embadurnando las diferencias sin tener en cuenta el color que corresponde a la psicología de cada nación.

Estas precocidades habían advertido a don Jerónimo el raro talento que poseía su hijo, por eso, al

cumplir éste los diez años, se le planteó el problema pavoroso del camino que debía hacerle seguir. El tenía pensado que su hijo le acompañase con la maletilla de muestras en busca de los pedidos, pero al comprender que el pequeño podía ser un gran sabio, quedó desconcertado ante la solución del problema.

Lo único que le hacía dudar de aquel talento era la facilidad extraordinaria que tenía su hijo para falsear la realidad de los números; en una división de cien entre cinco el pequeño ventrílocuo halló un cociente de diez mil, cosa que tuvo que justificar ante la reprimenda paternal diciendo que era lo que debía de haber hecho Dios ante el reparto económico de las riquezas del mundo... ¿Por qué Dios no habría insistido en su mejor milagro?, el del reparto del pan y los peces...

Don Jerónimo no se atrevía a juzgar estas contestaciones de su hijo, porque él se reconocía un hombre sin talento, pero en sus sueños apareció desde entonces una magnífica actuación como Dios, con los milagros más estupendos, a base de la multiplicación.

La criadita había asimilado los años transcurridos sin cambio de figura ni psicología. Sus sueños eran los mismos, con un poquito de fracaso en sus ansias de lotería y un presentimiento triste de que nunca la descuartizaría el trompeta de húsares después de vencer al barquillero de los barquillos ofrecidos como rosas y lírica pintura de transatlántico iniciando la marcha en el cilindro de zinc... Poco más o menos la redondez del mundo.

Continuaban yendo al Retiro por las mañanas, pero

ya el bosque de bambúes había desaparecido para ceder el puesto a la estatua de un poeta cuya cabeza continuaba incubando versos de piedra. Porque todas las piedras, perseguidas por los jardineros que nunca pueden extinguirlas en los parques, son los pensamientos de las estatuas.

Ahora quedaban en el paseo de los Melancólicos extraordinariamente grato al hombrecillo de diez años cuya joroba de tristezas se iba desarrollando allí... Conocía ya la lobreguez de la escalera interior.

Una mañana Braulio preguntó a su padre por qué no iban al cementerio en donde estaba su madre. Don Jerónimo quedó suspenso, porque, en realidad, nunca había pensado en ello a pesar de ser un magnífico viudo. Consintió, pues, en complacer a Braulio y salieron de casa para encaminarse allá.

En la última parada del tranvía número 4—un tranvía que debía cruzar la ciudad con crespones de luto y que el día de Todos los Santos adquiere un trajín de «carrousel» de verbena macabra—compraron en un puesto unas flores, ya marchitas desde su nacimiento, como flores destinadas a la tumba.

En el cementerio, Braulio tuvo semiconsciencia de ciertos sueños de su niñez. El enterrador, conocido de don Jerónimo, se les había unido en la puerta. Toda su teoría revolucionaria de la muerte estaba ya amortiguada por el reuma y el nacimiento de un hijo inesperado; ahora se podía decir que abría todas las fosas con la esperanza de encontrar un tesoro para su pequeño, pero no lo había, porque los dientes de oro sólo aparecen en las respetadas calaveras de los ni-

chos. Les acompañó hasta la tumba de la mujercita rubia que había legado a su hijo un tesoro de voces todavía oculto.

La escena no tuvo nada de patético porque los tramoyistas habían colocado sobre las bambalinas un cielo extraordinariamente alegre y los escenógrafos compusieron un decorado de jardín amable.

El enterrador fué el único que comentó con palabras húmedas como esponjas expelidas para aliviarse el reuma:

—Al día siguiente de nacer el chiquillo en manos de mi mujer, yo di tierra a la madre; no parecía muerta, tanto, que en la sala de observación los cadáveres la acogieron como una intrusa.

El pequeño Braulio seguía el vuelo de los pájaros: gorriones y mirlos, aunque, en realidad, sólo estos últimos y los cuervos, con su luto característico, son los verdaderos pájaros de cementerio... El mirlo blanco es el que se fuga de un cementerio para atravesar la luna. ¡Magnífico raíd trans-celeste!

Aunque no había aquel día mucha gente, estaban representadas todas las categorías de visitantes de los cementerios: La viuda del dije, esa mujer que siempre toma el retrato que lleva colgado al cuello como tema de todas las conversaciones y condena despiadadamente al muerto a la más horrible de las tumbas: la tumba del dije. La madre de las rositas blancas. El hijo de las violetas moradas. El viudo del bigote teñido. El cura errante con chaleco rojo para desquite del negro de las sotanas. La criada fiel con una sola dalia entre ramas de esparraguera. El perro que ha de morir de dolor para convertirse en

perro de mármol sobre la tumba de su dueño y el señor que pasea sin detenerse ante ningún sepulcro y al que sólo puede suponérsele como motivo de sus visitas la busca de un buen sitio para su descanso eterno.

Braulio interrumpió el diálogo de los hombres preguntando al enterrador:

—¿Cómo asustan ustedes a sus pequeños? ¿No es verosímil que ellos teman a los muertos ni a los fantasmas?

La pregunta caía más allá de las posibilidades de contestación que había en la cabeza del enterrador, por eso don Jerónimo tuvo que intervenir:

—Esas preguntas no las hacen los niños educados—. Pero en seguida se arrepintió pensando que su hijo tenía más talento que él.

Braulio, como si no hubiese oído añadió para sí, recogiendo el cabo suelto de un hilo de su pensamiento:

—Faltan aquí las golondrinas, las golondrinas, sí, en vez de los gorriones, porque ellas comprenden el dolor del destierro, que es el rey de los dolores.

Al fin regresaron a casa en el último tranvía con un balanceo disimulado de modernísima barca de Caronte. Los crespones de una viuda se oreaban en la plataforma con un revuelo precursor de inminentes veleidades.

Lo trágico florecía junto al cementerio en covachas canteras de lápidas mortuorias y desfile de coches amargamente despintados y desvencijados.

El pequeño Braulio quedó sin ganas de volver al cementerio, ni siquiera comentó las impresiones con

su padre; sin embargo, presentía que habría otros cementerios más interesantes porque si no, ¿cómo explicar la importancia que habían adquirido los cipreses?

* * *

Los domingos solían visitar el Museo del Prado. Ante los cuadros, el pequeño Braulio pensaba con nostalgia en las voces de aquellos personajes que nunca podría oir.

Don Jerónimo Capitel no era entendido en arte ni le gustaban los lienzos gran cosa, pero se encontraba a gusto en el Museo y despistaba a las gentes y las asombraba con aquellas sus prolongadas contemplaciones... Lo que más admiraba, de todo corazón, eran los uniformes de los empleados.

Comprendía él lo absurdo de aquellas admiraciones que despertaban las pinturas en los visitantes, porque eran admiraciones inconsistentes, la mayoría de las veces falsas y nunca emocionadas, eran admiraciones escandalosas como las que demuestran los hombres feos y tontos cuando pasan por su lado las mujeres guapas. Don Jerónimo hubiese comprendido y deseado una grata intimidad con los cuadros del Museo, porque los personajes de los lienzos le parecían más de su tiempo... ¡Su imaginación siempre retrasada no podía evitar al pensar en esto hacer una cabriola y dar una carrerita de potranco!

¡Oh! poder tomar una tarde café con el autorretrato de Alberto Durero—pensaba—; pasear un día por los bosques de Pousin con el Cardenal de Rafael;

dormir una noche en la alcoba de las Tres Gracias; estrechar la mano del Caballero que la lleva en el pecho; embarcarse en aquel navío revuelto por la tormenta, de Ticiano; ser invitado a merendar con las Meninas de Velázquez y poder murmurar de los personajes de Veronés con cualquiera de la casa Murillo, para decir después despectivamente a los de Goya que aquellos son el colmo de la afectación presuntuosa y de lo bonito; y, sobre todo, conspirar con el Santiago Menor de Ribera.

Si yo fuese un hombre rico—se decía don Jerónimo—solicitaría de la Dirección todas estas concesiones, lo demás no vale la pena, este conocimiento frío y sin intimidad, sólo puede entusiasmar a los fanáticos cegados por la tradición... Los visitantes del museo tienen el servilismo de los criados ante el amo.

Los pensamientos de Braulio iban por otro cauce, amaba no los cuadros, sino su ambiente, y amaba sin saber por qué y sin saber que amaba, pero su imaginación de niño precoz que piensa al dictado de muchas voces, se embarcaba más allá de los lienzos pasando a través de los marcos con un magnífico salto de clown que traspasa el papel del aro. Parecía ir en busca de las voces de aquellos personajes que nunca podría oir.

El detalle era indiferente para el pequeño ventrílocuo, tanto, que reía con superioridad ante los oyentes del conferenciante que se lanzan en bloque tras el erudito para contemplar la falanje del dedo meñique de un personaje del ángulo del cuadro.

Su primer sentimiento de amor nació ante una madama con un magnífico pecho al aire, porque en

la boca del ventrílocuo había una inocente sed de pecho de mujer como la sienten todos los niños criados con biberón.

El pequeño ventrílocuo llegó a adquirir una orientación exacta en el museo, por eso advertía los cambios de cuadros y sentía ansias de orientar y consolar al visitante que queda desfallecido ante el trueque de su cuadro... Ante tal escamoteo perverso, el visitante de un cuadro único y determinado parece querer preguntar a la vecindad el nuevo domicilio del amigo huído.

Todos los copistas le parecían a Braulio monederos falsos porque trabajan con esa arruga en la frente que acompaña a todos los plagios y en el banco de la estética sufren el desengaño de que les rechacen sus cheques por ilegitimidad... Las copias de las mujeres son más exactas porque ellas pueden prescindir en absoluto de su personalidad.

En las paletas de sus copistas ponen los maestros colores del arco iris: trampolín que los lanzó a la gloria. Los de Velázquez sienten el afán de llevar su reloj en punto, mientras los del Greco aman el poco más o menos de los relojes solares.

El color gris de las tardes de domingo estaba iluminado para Braulio con la luz robada durante la mañana a los lienzos del museo.

Una de aquellas tardes, en la pereza obligada del descanso dominical, pensó don Jerónimo mandar a su chico al colegio, porque su ciencia ya estaba agotada y el porvenir de su hijo le cuajaba los ojos de estrellas rutilantes prometedoras de hermosas posibilidades.

Como antaño consultó el Año Cristiano para dar

al pequeño un nombre adecuado, buscó y rebuscó ahora catálogos de colegio para darle una buena educación... Pero procuraba retrasar a su hijo la noticia por temor de apenarle.

Sólo en las horas ingratas de la correspondencia, en aquel tabuco que le servía de despacho, hojeaba los catálogos oscilando entre las pensiones más caras y las más económicas, según los pedidos conseguidos por la mañana. Después, durante la cena, procuraba apartar las sospechas de su hijo proyectando siempre disparatados planes a base de una intimidad extremada. Oyéndole, el pequeño Braulio advirtió que algo anormal ocurría a su padre, aunque no podía sospechar que se tratase de internarle en un colegio.

Una tarde, al fin, la última del verano, porque fué la que acentuó más su color negro de noche, apenas desvanecido el sol y tarde en la que el invierno ensayó sus primeros fríos, don Jerónimo dijo a su hijo a tiempo que pasaban por una calle solitaria formada por casucas míseras y una muralla con frondas de árbol en lo alto:

—Mira, Braulio, esto es un colegio, un colegio muy hermoso en donde enseñan a los niños cosas bonitas.

—¡Cosas bonitas! ¿Y bien?...

—Sí, les enseñan a conocer todos los países del mundo, lo que han hecho todos los hombres que han vivido, y les enseñan a escribir bien y a hablar todos los idiomas—. Arteramente don Jerónimo no habló de matemáticas.

—¿Y qué, papá?...

—¿No te gustaría ver el colegio?

Braulio comprendió perfectamente a su padre; ín-

timamente se sentía conmovido por aquella delicadeza que demostraba y aquel temor que tenía de apenarle; sin embargo, él no temía en absoluto al encierro en el colegio. Si no hubiese sido por desilusionar a don Jerónimo, el pequeño ventrílocuo se habría mostrado encantado de ir al colegio, pero así, se limitó a decir:

—¿Y por qué no me había de gustar ver un colegio?

—¡Ah! claro, naturalmente, ¿por qué no te había de gustar? Sobre todo, si vieras qué columpios tan magníficos tienen en el jardín.

—¿Vamos a entrar ahora, papá?

—No, no, ahora no, mañana... incluso podrás quedarte en él, si te gusta.

De regreso hacia casa, don Jerónimo sintió el pecho aliviado por haber resuelto el problema de comunicar al pequeño Braulio su internado.

Ya en la intimidad del hogar, intentó hacer una cena extraordinaria con mantel sobre la mesa y suplemento a los platos corrientes de mojama, pepinillos en vinagre y aceitunas. Las aceitunas sufrieron la emoción de don Jerónimo que las obligó a un baile forzado al intentar pincharlas. El café de aquella cena tuvo para el padre un amargo inconfundible de despedida.

A la mañana siguiente, cuando más amor hubieran querido poner en el adiós, se limitaron padre e hijo a abrazarse en silencio, con un abrazo sin entusiasmo, como los que reciben las sombrereras de cartón cuando se ponen rebeldes a que las cierren.

IV.—VOZ

El portero cojo del colegio se encargó de recoger el nombre del ventrílocuo para guardarlo en ese guardarropa especial, que existe en todos los colegios para los nombres de los colegiales; en adelante, el ventrílocuo, se había de llamar señor Capitel, hasta que al fin de curso le devolvieran su Braulio.

Con una pierna de menos, como renuncia al dinamismo y unas orejas enormes, constituía aquel portero un verdadero tipo en su clase, como si hubiera ganado el puesto por oposición.

En el salón principal, el director iba recibiendo a los educandos con su risita zalamera y su repertorio de quince frases que repetía por riguroso turno, sin alterar nunca el orden. A Braulio le correspondió la número cuatro, la más rotunda de todas, aquella que decía: «El saber, no ocupa lugar».

Aparte de los lentes, cuyos cristales prestaban a sus ojos acuosidad de ojos de pez, lo más interesante de aquel hombre eran sus tres métodos de educación: el lírico narrativo, el por reducción al absurdo y el estimulante con pólvora. El primero, para niños de gran imaginación; para los más duros de mollera el segundo, y el último, propuesto al ministro del Ejército, para establecerlo en los cuarteles.

Las primeras sensaciones que experimentó el niño Capitel, fueron el olor a guiso que dominaba la casa y el griterío de los chiquillos reunidos en el patio a donde él se dirigía por un pasillo tan húmedo que sus paredes parecían rezumar el agua de los ríos de aquellos mapas que había colgados en los muros. Al pequeño ventrílocuo le dió la sensación de atravesar una gruta internacional.

En el patio de recreo, sombreado por viejos árboles, los niños evaporaban los últimos restos de sus alegrías veraniegas. Los neófitos estaban agrupados en un rincón, con esa melancolía que tienen los pájaros enjaulados y los libros en los escaparates.

En el columpio mayor, un chiquillo pretendía tocar con los pies en las ramas del árbol. El ventrílocuo, que contemplaba asombrado aquella oscilación, oyó decir a un pequeño que se paró junto a él con aires de veterano:

—Sí, ese nos lleva ventaja a todos porque nació en alta mar y ya se sabe que los niños nacidos en el mar tienen alma de péndulo... Mi hermanita no hace caso de los balanceos de su cuna, porque nació cuando mis padres venían de Cuba.

El niño Capitel, animado por la confidencia, se atrevió a preguntarle:

—¿Qué tal lo pasáis en este colegio?

—¡Phs!; como en todos—contestó el otro alejándose.

Aquel día no hubo clases y salvo las horas de las comidas, permanecieron los niños en el patio con límite de murallas, que es el más odioso de los límites. A última hora de la tarde, hasta los más decidi-

dos comenzaron a entristecerse con sus recuerdos de verano... ¡hasta el colegial mayor, aquél que tenía novia y quería ser ingeniero!...

Por la noche, el ventrílocuo en el dormitorio recordó a su niñera, pero creyendo que con este recuerdo le llevarían ventaja sus compañeros, con recuerdos de mayor peso emotivo, pensó en su padre y se quedó dormido, mientras en su pecho nacía una extraña agitación, algo parecido a un eco en el que fuesen anidando todas las voces de los compañeros.

* * *

Fué incorporado el niño Capitel al grupo de la enseñanza lírico-narrativa que daba nombre a la escuela. El profesor, casi un adolescente con brillo de grasa en la cara y en las manos y brillo de roce en el traje como si todo él hubiese sido barnizado, comenzaba así sus explicaciones: —«Pues señor, esto era un niño que caminaba por un bosque, cuando de prontó oyó una flor muy pequeña y muy bonita que le decía: «Yo soy la verdadera flor de la solapa, si te portas bien; cuando seas mayor y lleves chaqueta, podrás cogerme y colocarme en el ojal de tu solapa; de esta forma, todos los hombres te admirarán y te respetarán más que si llevases placas y condecoraciones. Unicamente, te impongo que seas bueno con tus maestros y no les cuentes esto porque me apenaría mucho verme en colección de botánica con el nombre de *floris solapus honoren*». Y fué el niño y para no olvidar el camino que conducía junto a la flor de la solapa, empezó a colocar piedrecitas: primero puso

cinco junto a un rosal—apúntelo ordenó—; después, puso tres bajo una coliflor; más allá, en el hueco de un árbol, colocó catorce; en la orillita del estanque, dejó nueve y quince en el extremo de la senda que terminaba con el bosque... ¿Han anotado todos los números?... Pues bien; ¿cuántas piedras colocó el niño en total?

—¡Treinta y una!

—¡Cuarenta y seis!

—¡Cuarenta y tres!

—¡Cincuenta y dos!

—¡Ciento veintiuna!

—¡Dos millones cuatrocientas mil! — éste fué Braulio.

—Cuarenta y seis gana... Bueno, perfectamente —continuaba—, ¿y si ahora viene un pajarito y se lleva una piedra del rosal y el viento arrastra tres al fondo del estanque, cuántas quedarán?

Las soluciones que el ventrílocuo daba a estos problemas siempre eran disparatadas; en cambio, era el primero en Geografía, tomaba el puntero y con todas sus esperanzas puestas en la punta, como si diera ese jaboncillo que ponen los jugadores de billar en el extremo de sus tacos, corría voluptuosamente por los mapas, deteniéndose con deleite en las cuencas de los ríos y en las cumbres más altas de los montes. Al atravesar los mares, su cuerpo adquiría un balanceo rítmico; como si estuviese embarcado, descansaba en los polos y por la cuerda de un meridiano se dejaba caer a la clase. Pero lo que mejor hacía y más le gustaba eran aquellas carambolas: España, capital Madrid; Francia, capital París; Alemania, capital

Berlín... La carambola geográfica más estupenda y la que mejor hacía él, era esa magnífica carambola de retroceso, Madrid, Nápoles, Lisboa.

El profesor quedaba maravillado de aquellos sugerentes itinerarios; muchas veces, cuando la clase languidecía, solía pedir:

—Vamos a ver, señor Capitel, ¿de dónde me traería usted un poco de hielo asiático?

El pequeño Braulio señalaba inmediatamente el Himalaya.

—¿Y fuego para mi pitillo?

El puntero se plantaba en el Etma y quedaba a la expectativa para ir a la Tierra de Fuego por si el profesor quería encender el cigarro puro.

—¿Y tinta para mi estilográfica?

De sopetón al Mar Negro.

—¿Y tinta azul para un cuadro sinóptico?

Sin titubear al Nilo.

—¿Y roja?

Ni pensarlo siquiera; nada del Mar Rojo, como hubiese creído cualquier alumno, sino a la Rusia soviética, porque aunque algún niño envidioso había reclamado ya que según esas teorías se podía ir por tinta negra a la Italia de los Fascistas, el profesor declaró solemnemente que en buena doctrina política el negro de las camisas del Fascio destiñe, mientras que el rojo de los Soviets es el mejor rojo conocido, mejor aún que el rojo de cochinilla.

Los compañeros de Braulio fracasaban, pues, en estas expediciones, creían demasiado en las apariencias de los mapas... Al fin y al cabo, como eran un tropel de futuros comerciantes al por menor, hacían

bien en despreciar los viajes geográficos y aplicarse a las matemáticas.

La magnífica orientación del ventrílocuo le valió un cargo honorífico: *Guión de la ruta escolar*. Los domingos y días de fiesta, el pequeño Braulio, al frente de la ruta, dirigía el paseo a través de la ciudad. Era como la cabeza de aquella serpiente ondulante encargada de arrullar las primeras horas de los días de fiesta, un poco vacías de movimiento... La ruta es una verdadera serpiente con sistema nervioso de ganglios en cordón; por eso cuando un tranvía o un automóvil la corta, continúan moviéndose sus dos mitades con vida propia.

Don Jerónimo Capitel estaba verdaderamente satisfecho con el cargo honorífico de su hijo.

—Es—les decía a sus amigos y clientes—como la Estrella Polar del colegio.

Pero el pequeño ventrílocuo no estaba satisfecho, porque todos sus compañeros querían que dirigiese la ruta a sus respectivas casas, ya que esperaban encontrar en los balcones de ellas un poco de alivio a su separación, con esa fe que ponen en los balcones los niños que creen en los Reyes Magos.

* * *

El día 29 de Febrero ocurrió algo anormal en la vida escolar. Los pequeños fueron recluídos en el patio de los columpios desde las primeras horas de la mañana sin reclamarles para sus clases. Sólo sabían la verdad de lo ocurrido el colegial mayor, aquél, que tenía novia y quería ser ingeniero, y el

colegial más pequeño, el que no tenía madre y quería ser obispo. La verdad del colegial mayor era que la mujer del director de «La enseñanza lisi-narrativa» había dado a luz una niña..., la verdad del colegial más pequeño era que al director le habían enviado una niña de París.

La comunidad de colegiales se enteró del acontecimiento en la comida por unos confites de bautizo que les repartieron como extraordinario en los postres y por la palabra brillante de aquel profesor brillante que se encargó de trasmitir a la familia del director la felicitación de los alumnos.

Formados en fila, con el ventrílocuo a la cabeza, desfilaron los colegiales por la alcoba obscura en donde estaba la recién nacida, obsequiándola con un beso. Aquella niña, durante parte de su vida, tendría que ir borrando poco a poco de su rostro las huellas invisibles de los besos, como cicatrices de viruela. Era una criatura silenciosa, de carnes blanditas como de goma dúctil y que movía mucho los brazos, como si intentase llorar por señas... Desde que nació todavía no había llorado... ni en el momento cumbre del alumbramiento había advertido a su padre con ese chillido que esperan todos los padres, angustiados desde una habitación contigua. El aire de sus pulmones nunca podría adquirir sonoridades ni estridencias.

Al otro día volvió la normalidad a la vida escolar, sin la perturbación siquiera de un lloro de la recién nacida. Este mutismo se hacía un poco triste para los padres, que presentían acongojados la mudez incurable, una de esas mudeces de nacimiento, que nunca

tienen la esperanza de que una fuerte emoción devuelva el habla.

La víspera del bautizo, el padre dijo en un arrebato de disgusto a su mujer:

—Ahí tienes la consecuencia de haber deseado durante el embarazo, cuando gritaban los internos: *un silencio sepulcral.*

Pero aún tenían la última esperanza de que su hija se uniese de un momento a otro, por imitación, al coro de los colegiales con un grito estridente, agudo y formidable de magnífica contralto.

El día del cristianar los niños del internado tuvieron fiesta y, por la tarde, les sirvieron una merienda extraordinaria en aquel patio de los columpios con oscilación de péndulos del reloj del paisaje que comenzaba tras las murallas.

Mientras, en el salón de actos, se oía el piano, un piano con atrofia de todas las notas, excepto las que componían la marcha de «Los Romanos y Cartagineses»... Aun en esta solemnidad, los invitados del director tuvieron que bailar al son de aquellas marchas, porque no fué posible a la pianista curar al piano la amnesia de las otras músicas.

Por la noche, el ventrílocuo tuvo un sueño raro; desde su edad del biberón no había vuelto a soñar, pero aquel debut le incluía, sin duda, en la magnífica serie de los soñadores de gran estirpe y hasta prometía convertirle en el mejor soñador del mundo. Ya, al acostarse, había advertido como un revuelo de todas las voces de sus compañeros buscando el nido de su pecho; después, soñó que una nueva vocecita blanca y pequeña como un jazmín, una voz recién

nacida que vagaba perdida por la casa como un ratón, llegaba hasta él y se metía por su oído... Cuando despertó, recordó todo aquello con un marcado sabor de pastilla de goma, como las que repartía el maestro.

Al lavarse, en la palangana quedó su sueño flotando en el agua como la nata de la leche; después, fué al fondo, dejando un poso como recuerdo de café.

Al dirigirse la fila de estudiantes a la primera clase de la mañana, vió pasar por el pasillo húmedo un señor viejo, que tomaba la escalera de caracol que conducía a las habitaciones del director. Nadie le conocía, pero todos se dijeron al oído: «es un médico» y, sin embargo, tampoco era el médico del colegio.

Efectivamente, era un especialista de garganta que había sido llamado por el director para que viese a su hija.

—¡No llora, no gime, doctor!—le dijeron los padres.

—¿Ni un ligero ronquido?

—Nada, nada.

—Caso absurdo, porque hasta los mudos más auténticos, emiten sonidos, auque sean informes... El aire de los pulmones, aun cuando no encuentra el órgano bucal en perfectas condiciones, al salir por la garganta roza las cuerdas lo suficiente para producir la vibración y ciertos sonidos característicos de los mudos.

—Pues nada, ni eso.

—Caso absurdo... ¿Tiene la pequeña algún ascendiente mudo?

—No, doctor, ninguno.

—Más raro, más absurdo; caso clínico.

—A no ser, a no ser...—comenzó a decir la madre.

—Diga, ¿a no ser qué?

—Un hermano de éste que es cartujo—terminó, señalando a su marido.

—Bueno, ya es algo, porque han de saber que la herencia psíquica no es despreciable, no es despreciable en absoluto. Miren ustedes, yo vi en cierta ocasión un chiquillo extraordinario, un pequeño que a los siete años, y sin haberlo aprendido de nadie, conocía todas las lenguas vivas... La ciencia, como comprenderán, andaba de cabeza. Presenté el caso en la Academia; nadie se lo explicaba, naturalmente, y, por fin, fué sencillísimo resolverlo; averiguamos que aquel niño tuvo un abuelo políglota.

—¡Doctor!—apuntó el padre de la mudita.

—Diga usted.

—Estaba pensando que hay algo más; ésta—miró a su mujer—tiene una prima que se dedica al cine.

—¡Ajajá! ¿ven ustedes que, como todo, tiene explicación?

—¿Y no hay más remedio que conformarse con la mudez?

—Veremos.

El doctor extrajo de un bolso varios instrumentos, instrumentos racionales en forma de juguete para confiar a los niños. Uno representaba una liebre; otro, un teléfono pequeño. Empezó el reconocimiento pausadamente, con muchos circunloquios y precauciones, como si intentase cazar el microbio de la mudez.

—No encuentro nada anormal—dijo al fin.

—¿Y qué hacer?—preguntaron a una los padres.

—No hay que desconfiar todavía; les advierto que ya he tenido dos casos semejantes y a los dos devolví el habla.

—¿Cómo?

—En un caso tuve que cambiar todas las cuerdas bucales, también un caso curioso, un extraordinario injerto de cuerdas de guitarra... En el otro caso, dimos un gran paso en estas cuestiones científicas, demostrando que aquel pequeño no podía hablar, porque el aire que enviaban los pulmones a la caja de resonancia, era débil; pudimos conseguirle la voz merced a intervención de un pequeño ventilador instalado en la silla turca.

—Es maravilloso lo que nos cuenta, doctor.

—Nada de eso; racional, nada más que racional... todo lo es en este mundo.

Sacó su cartera, una magnífica cartera de tejido epitelial, llena de estampas de San Blas y de Santa Tecla, patrones de la garganta y de la música, y recetó con originalísima letra clara:

Desp/

De discos Odeón. . . . . 12 (tamaño pequeño).
A tomar antes de cada mamada.

Después se limitó a decir:

—Si esto no la cura, la semana próxima celebraré consulta con un especialista de pulmón.

Salió dejando esperanzada a la madre, seguido del director, que, por si era detalle importante, le dijo bajo el mapa-mundi del pasillo:

—¿No será consecuencia de haber deseado mi mujer, durante el embarazo, un silencio sepulcral?

—Es otro factor; nada es despreciable en estos casos.

* * *

El señor Capitel tuvo suerte aquella mañana en las clases, hasta en la de Matemáticas había hallado la cantidad infinita solución de un problema; fueron magníficos sus relatos de Historia sagrada y su escritura al dictado con ortografía racional, podría servir de ejemplo a la irracionalidad de la ortografía oficial. Su viaje por el mapa fué inmejorable... Magnífico itinerario de islas con objetivo de archipiélagos. En la embarcación del puntero puso sus mejores jarcias... Sin embargo, tuvo una duda al pasar por las cataratas de Niágara, y cuando terminó la clase, quedó rezagado para que el profesor se la resolviese.

El profesor brillante, después de oir la pregunta del futuro ventrílocuo «¿por qué existen las cataratas?», contestó con su palabra brillante:

—Hijo, las cataratas son las madres de las cascadas; si yo fuese un profesor al uso, te contestaría que obedecen a las roturas y desniveles que las aguas encuentran en sus cauces. Porque has de saber que las aguas se amoldan a su cauce siguiendo obedientemente su curso, por eso los ríos son como mansas serpientes fluídas que diría un escritor del siglo XIX, cualquiera de aquellos escritores que armaban sus novelas con crepé de relleno, que es el más repug-

nante de los crepés. Como te decía, cuando el cauce se interrumpe, las aguas saltan con verdaderos saltos hípicos. Pero no es eso, no es eso; yo, profesor del método Lírico Narrativo, debo decirte que las cascadas son las cintas de agua en las que bajan al infierno los pecados originales de los recién bautizados, y las cataratas, los pecados redimidos por el sacramento a los viejos pecadores conversos.

El pequeño Braulio, satisfecho con la explicación, corrió al patio en busca de su ración de luz solar; los colegiales recogen esa luz para que les acompañe durante la noche en la lobreguez del dormitorio... ¡Magnífico refugio para los ladrones que se buscan bajo las camas esos dormitorios de los colegios!

* * *

El disgusto del director de «La enseñanza Lírico Narrativa» por la mudez de su hija, estaba patente en toda la escuela; le molestaban más que nunca los gritos de los educandos y llegó a castigar severamente a los niños de vocecitas dulces. Amenudo se le veía parado ante los soberbios carteles del A. E. I. O. U. con una tristeza conmovedora. Los rezos que cantaban los colegiales a coro al levantarse o al acostarse, se pronunciaban ahora con sordina como si fuese un delito gritar... En realidad nadie podría medir la tristeza de aquel hombre, ya que, como maestro, tenía exacerbada la pretensión de creerse el mejor educador de sus hijos. El se encontraba ahora con que para nada le servía su experiencia, porque educar a

una muda—pensaba—es lo mismo que echar sabiduría a un pozo...

Para mayor desgracia del grupo de niños a que pertenecía Braulio, el profesor brillante fué substituído por otro profesor que sólo sabía del sistema lírico narrativo aquello de que España tiene la forma de una piel de toro e Italia la de una bota de montar... Unica concesión de los viejos moldes al lirismo.

La fila de colegiales vió pasar otra mañana por el pasillo húmedo al médico inconfundible con otro señor indefinido, era éste un especialista en enfermedades del pecho, que había de resolver, tras consulta con su compañero, el problema de la mudez de la hija del director.

Volvieron a salir de sus estuches los aparatos racionales en forma de juguete y otros aparatos en forma de relojes con gomas enchufadas, como brújulas destinadas a señalar el norte de la enfermedad.

Los padres de la pequeña intentaban conocer la importancia de las oscilaciones de los manómetros en los ojos de los médicos, pero éstos permanecían inalterables.

—Hay un escape de aire—dijo al fin el especialista en enfermedades del pecho.

Después, los padres oyeron una incomprensible pedrea de términos técnicos, en la que sólo tenían sentido para ellos las palabras: *vértice del pulmón*. Palabras puntiagudas que se les clavaron dolorosamente en las cabezas.

—Pero... ¿hay esperanza de curarla?—se atrevió a interrumpir el padre.

—La hay, pero tendremos que esperar algún tiempo, para ver si se resuelve el caso por sí solo... Si no, intentaríamos hacer un ligamento de vasos, un cosido de tejidos.

—No entiendo—suspiró la madre.

Entonces, el especialista de los manómetros, se dignó hacer una explicación profana:

—Señora, su hija no habla porque tiene un escape de aire, es, ¿cómo le diría a usted?, es... como un acordeón con la válvula de escape abierta, mejor dicho, como un acordeón agujereado, eso es, y si el tiempo no la cura, tendremos que ponerle un parche.

Mientras, la mudita ejercitaba sus lloros mímicos, un galimatías que los padres pretendían interpretar alabando el talento de la chiquilla.

El director del colegio, tan ajeno siempre al tiempo, empezó a amarle en sí mismo, con idéntico fervor al de aquellos colegiales que lo medían religiosamente tachando cada día un palote representativo en la última página de sus libros. ¡Oh!, si el tiempo curase su hija, se convertiría en protector de los almanaques.

* * *

Arrastrado amorosamente por todos, llegó el verano, y tras los exámenes, el último día de curso, con su tradicional reparto de premios.

El salón de actos, tan desabrigado en invierno, fué revestido con el peluche rojo de las fiestas, como buen fondo para el uniforme azul de los colegiales, siempre condenados a oler a bencina o naftalina, con

manchas rebeldes que podrían catalogarse por cursos y por ciencias... La mancha más visible era la que dejaba la clase de Química.

En el estrado, el piano, sin hacer caso del pianista, hacía su música, la de las marchas de «Los Romanos y Cartagineses», mientras, los colegiales iban subiendo en fila rigurosa para recoger las medallas, los lazos y las bandas de manos de sus profesores.

Entre todos, sólo quedó Braulio sin premio; su pecho y sus brazos, libres de bisutería, atraían todas las miradas, por su valor de originalidad. El no estaba avergonzado, pero se sentía triste y pensaba en su padre. Cuando desfiló por el pasillo central del salón, entre las familias de los colegiales, el último de todos, perdida su dignidad de guión, recibió de manos de una niña de doce años una rosa blanca, que ella se arrancó del pecho y que todavía conservaba el aire fresco del abanico.

En la portería le esperaba la niñera, que le abrazó estrepitosamente. Después de recibir su nombre, su Braulio, salieron a la calle... El había deseado siempre conocer el paisaje que encerraban las murallas del patio de los columpios pero, ahora que podía satisfacer su deseo, renunció a ello.

V.—VOZ

Al fin de la escalera, se puede decir que pasada con consciencia por primera vez, encontró el pequeño Braulio a su padre. En la salita blanca con luz de una bombilla pegada al techo, lo que le daba transparencias de acuario, se unieron en un abrazo submarino, con sal de lagrimitas... La casa parecía pequeña para sus palabras porque no hablaban.

Tampoco hablaron durante la cena y, sin embargo, ambos deseaban una explicación. La primera explicación se la dió Braulio a sí mismo ahorcando el uniforme del colegio en la percha de su cuarto...

... Después, cuando la criadita se hubo retirado, junto a la ventana abierta, bajo un trozo de cielo, dijo Braulio a su padre:

—Ya ves, todo perdido, sin poder ingresar en el Instituto y, sin embargo, yo sabía más que todos... yo supe por todos.

—¿Qué dices?

—Estábamos reunidos en el patio de los columpios, de aquellos columpios que eran un anzuelo para decidir a los futuros colegiales rebeldes al encierro. Yo saludé a un amigo, era el más alto de to-

dos y junto al retoño de árbol en donde estaba apoyado, parecía San Cristóbal... Sus pies dejaban en el suelo huellas de humedad; él se me quedó mirando fijamente. «Esa voz—me dijo—no es la tuya, Capitel, esa voz es la de nuestro compañero Gomis.» Yo le repliqué que no era cierto, pero entonces él volvió a decir: «Y ahora estás usando la voz de Artal.» Yo estaba cada vez más enojado, mientras él, iba reconociendo en la mía todas las voces de los otros compañeros...

Braulio hablaba despacio, mirando fijamente la ventana como si fuese arrojando las palabras por ella para que no obstruyesen la casa. Don Jerónimo, con aquellos sus ojos de enfoque infinito, parecía no comprender. En el cuadro del cielo apareció una estrella como flecha en el blanco... Nadie vió que iba disfrazada de tenor aliviando el fracaso que continuaba deslizándose:

—Desde aquel momento comprendí que la Comudad de colegiales tramaba algo contra mí; todos me miraban con el interés y simpatía con que se mira la imagen propia en el espejo. Cuando mis contestaciones en clase eran flojas, me sermoneaban los compañeros en el patio, diciendo: «¡Vamos, Capitel!, hay que estudiar un poco más». Los colegiales mayores me pedían alguna vez: «¿Quieres enseñarme mi voz, Capitel?»; y hasta el colegial más pequeño, uno que era huérfano y quería ser obispo, me regalaba sus pastillas de goma cuando las repartía el maestro, para que yo cuidase su voz en mi garganta... En una ocasión yendo de paseo, cuando yo era guión de la ruta escolar, aquella ruta que sentía en mi naturale-

za como una magnífica cola de pavo real, el colegial más alto que tenía su puesto a mi izquierda, me dijo: «¿Cómo andan esas voces, Capitel?... ¡Hay que cuidarlas!... Pero con mucho secreto, con mucho secreto, Capitel, porque si los maestros se enteran de que eres el depositario de nuestras voces, todas las faltas de silencio te las atribuirán a ti...» Al fin, un día, bajo el columpio grande, el que servía a los colegiales decididos para asomarse un poco tras las tapias, me propusieron mis condiscípulos que me examinase por ellos con sus voces. Así lo hicimos: al tiempo que ellos hacían el gesto vacío del tenor que no da la nota confiado en la «clac»; yo iba desde mi puesto contestando las preguntas... Todos obtuvieron la calificación de Sobresaliente, menos yo, que fuí Suspenso porque me quedé mudo, sin mi voz, perdida en el revoltijo de las otras voces que la habían ahogado.

Don Jerónimo abrazó a su hijo; ambos permanecieron en silencio, hasta que el pequeño ventrílocuo dió salida de su pecho al rebaño de voces de sus compañeros Sobresalientes, que alborotaron junto a la ventana, como un tropel de pájaros que escapan.

Ya muy entrada la noche se fueron a dormir, pero era muy difícil dormir en aquella noche: punto de nueva partida. La orientación de esta nueva partida era lo que preocupaba a don Jerónimo, convencido hasta entonces de que su hijo caminaba hacia la sabiduría... Ahora, ¿cómo luchar contra la adversidad? Se durmieron por fin sobre el colchón de sus tristezas, pensando en la botella de los náufragos: último

refugio de la esperanza. Aquella noche se oyeron los golpes de tramoya que la vida pone en sus entreactos.

* * *

Por las mañanas, mientras don Jerónimo iba con su maletilla de muestras en busca de los pedidos, Braulio se encaminaba al Parque del Retiro. En toda la ciudad no había otro sitio en donde poder encontrar un rincón inédito y a él le era grato recorrer el mismo camino que pasó antes en brazos de su niñera mecido por los gratos vaivenes de la marcha... cuando todavía no sabía de adversidades.

Paseaba por el Parque atravesando cañadas y bordeando lagos. Despreciaba los paseos urbanizados y odiaba la enredadera que ceñía el cenador con rositas trepando por los alambres, como pájaros de un número de circo. Descansaba en una umbría, la más intrincada en la topografía del Parque y casi se dormía, cubierto por el encaje de una sombra.

Cierto día le sobresaltó un rumor de gente que se le acercaba. Braulio pudo ver entreabriendo el ramaje un grupo de señores negros con chistera que caminaban hacia una estatua situada frente a él.

Dos damas, con los velos de luto al aire, depositaron flores al pie de aquel monumento, dedicado a la memoria de un célebre orador. Su emoción la denunciaba el temblor de los bocios. En el mismo momento unos fotógrafos de esos que cazan las imágenes al vuelo enfocando con un guiño de tirador de escopeta, hicieron funcionar sus máquinas.

Acto seguido, y tras un relativo silencio, tomó la

palabra un señor viejo de acreditado valer en aquella clase de actos y autor de «Mímica adecuada a discursos y brindis». Los periodistas nunca extractaban sus peroraciones, pero los fotógrafos se cebaban en su figura dando a la publicidad sus magníficas aptitudes de orador.

—Silencio y sólo silencio debíamos desear después que callaste tú—empezó—, genio de la palabra, cuya vibración todavía creemos oir con santo respeto, encogida admiración, religioso fervor... El calor de tu acento lo recogió el sol, único digno de heredarlo, y hoy, huérfanos de tu elocuencia, nos preguntamos: ¿quién como él será capaz de arrastrar a las multitudes a los altos ideales? ¡Oh!, ala izquierda de ese Espíritu Santo que incuba eternamente el huevo de la elocuencia en los remates de los púlpitos... ¡Escucha!, hispano Cicerón, hijo legítimo de Logroño, ¿sabes lo que daríamos sólo por dos palabras tuyas?... Más que millones, más que trozos de nuestro cuerpo, daríamos con gusto la vida, eso es, la vida, seguros y convencidos de que ganábamos con el cambio... —hizo pausa—.

El pequeño Braulio estaba conmovido ante el espectáculo de aquellas personas tan acongojadas y que con sólo dos palabras volverían a ser felices, recordando que su pecho era nido de voces, buscó en él una voz grave que acomodara bien al gesto imponente de la cabeza de piedra. Cuando encontró una voz ronca bastante adecuada, dijo con conmovedora inocencia infantil, coincidiendo con la pausa del orador:

—*Pastillas de café con leche.*

Todos huyeron atemorizados hasta una glorieta. Allí ya, rehechos del susto, convinieron en que habían sido sugestionados por la palabra arrolladora del orador y se desperdigaron en todas direcciones, unos urgándose las narices y otros sacando avellanas del faldón de la levita. Las dos damas enlutadas, casi repuestas de las emociones, emprendieron la marcha hablando de criadas y haciendo inverosímiles zig-zags para molestar las parejas de enamorados.

Después de pronunciadas las palabras sacramentales por la estatua del orador, el ventrílocuo comprendió que no habían encajado bien en la situación y decidió callar la aventura. Pero desde aquel día sintió el afán de poner voz a todas las estatuas, porque él comprendía como nadie todo el dolor de silencio que sufren las imágenes de piedra, tan sólo aliviado en algunas por el rumor de una fuente. Indudablemente—pensó—«las fuentes son para aliviar la mudez de la piedra». Y es que al pequeño Braulio le espantaba tanto el silencio y de tal forma amaba el sonido, que hubiese querido colgar en las ramas de los árboles cascabeles de plata, para que la ciudad nunca quedase muda y llevara hasta muy lejos el testimonio de su existencia. ¡Oh!, el último cascabel romántico del caballo, asesinado por el bocinazo.

* * *

Braulio fué incorporado provisionalmente a la vida comercial de su padre; de esta forma el negocio aumentó considerablemente, porque el ventrílocuo aportó nuevos sistemas de venta, entre los que sobre-

salía aquel de mejorar su voz ronca con las pastillas «O paradiso de la laringe», a la vista del cliente. Cruzaba la ciudad con la maletilla de muestras bajo el brazo, uno de esos maletines que, como las grandes carteras, avivan la curiosidad del público, dejando siempre insatisfecha el ansia de fisgonear que se apodera de las gentes... En la maleta parecía él llevar sus voces.

Un domingo por la tarde, ya que los domingos eran los días de las grandes decisiones en la vida del ventrílocuo, don Jerónimo, rodeando la cosa de grandes misterios, le dijo a su hijo:

—¿Sabes qué norte señala la brújula de mi pensamiento para tu vida?

—¿Cuál?

—La ventriloquía.

—¿Qué es?

—La ventriloquía es la propiedad, mejor dicho, es la ciencia que tú posees de imitar y crear nuevas voces... ¡Hijo!, me dice el corazón que tú eres el rey de los ventrílocuos. Hasta ahora sólo se han hecho en el mundo burdos intentos de esta gran ciencia de la ventriloquía, pero yo espero y confío en que tú harás verdaderos prodigios. ¡Oh! Braulio mío, y qué programas tan estupendos podremos confeccionar, si Dios nos ayuda. Tú podrás reproducir las magníficas sesiones de aquel Congreso ya perdido para siempre; tú podrás simular con el clamor de tus voces los espantos de una batalla y dar matinés infantiles representando a lo vivo las fábulas de Lafontaine e incluso podrás hacer oir la voz de la conciencia a mucha gente desalmada. Para no malograrnos, ire-

mos poco a poco, comenzaremos por ese colegial mal educado, el militar chabacano, la niña estúpida y la cabeza del decapitado encerrada en una caja mientras relata su muerte trágica; cosas que son el A. B. C. de la ventriloquía. Por lo pronto, dedicaremos todos los días una hora a ejercicios bucales y buscaremos los muñecos mecánicos de las primeras representaciones.

El pequeño Braulio no llegó a comprender exactamente, pero aquellas exhibiciones de las voces que le proponía su padre, le producían la misma vergüenza que si se tratase de quedar desnudo en público... no obstante, él comprendía que después de su gran fracaso en los estudios, tenía que someterse, y sobre todo, comprendía ya lo que significaba aquella escalera lóbrega de los pisos interiores que ahora atravesaba cargado con la maletilla de muestras.

Empezaron, pues, a buscar por la ciudad el fabricante de los muñecos mecánicos para ventrílocuos, pero la tarea era tan difícil como si se tratase de buscar al asesino de las horas crepusculares.

Recorrieron los barrios extremos bajo el sol y la luna, con la esperanza de encontrar durante el día esa cortina tupida que oculta lo que se fabrica con entraña prohibida y con la ilusión de tropezar durante la noche con esa luz en vela que pregona lo necesitado de sombra. Sus cuerpos se iban amojamando con esa dureza de cartón piedra que adquieren los cuerpos de los policías, hombres a quienes la pasión por la insensibilidad les lleva hasta poner a sus corazones el disfraz de una chapa de metal.

Poco a poco fueron perdiendo en aquella tarea sus

esperanzas: primero, la de encontrar el cartel: *Fábrica de muñecos de ventriloquía;* después, la esperanza de la cortina tupida y la luz en vela. A pesar de todo, no desmayaron, y por puestos de compra-venta y ropavejeros, buscaron el hilo suelto de aquella persona tan escondida, pero con indudable existencia real.

A fuerza de buscar y rebuscar, llegaron a perder la noción de lo que buscaban. Siempre se les veía con el aire del señor que ha salido de casa olvidando una cosa sin acertar lo que es, y convergían en su casa después de sus caminatas como en el punto de partida de millones de pistas despistadas. Llegaron a formar parte de la sociedad secreta de grandes buscadores que existe en todas las capitales de importancia, presidida por el espíritu de Diógenes... Los miembros de esa sociedad se conocen entre el barullo de las calles y se saludan con el mismo amor y rencor con que se saludan los náufragos arrojados a una isla.

—Ahí va la anciana que busca su hija secuestrada desde los once meses—decía don Jerónimo a su hijo.

—¡Papá! ¿no es aquel ese señor que busca la leontina de brillantes con el talismán de la felicidad?

—Sí, hijo; va con el hombre que busca un número pasado de una revista desaparecida...

—...

—...

A veces, también reconocían otros buscadores indeterminados, pero con el anhelo infalsificable del buscador auténtico... todos, con esa fatiga especial que en los desalientos del descanso se convierte en el asma sui-generis de la búsqueda.

Un día nublado, que es el día de las renunciaciones supremas, permanecieron en su hogar vencidos ya por la impotencia. Fué aquel día, un día inerte, un día sin sensación de horas ni de minutos, como una hamaca colgada entre el día preciso del nacimiento y el día inseguro de la muerte.

* * *

Al fin decidieron fabricarse los muñecos por sí mismos. Don Jerónimo se consolaba diciendo que de esta forma serían más perfectos y mejores sus voces, porque después se les trataría con cariño de hijo. Pero lo cierto era que aquella colaboración del padre y el hijo en la paternidad de los muñecos, les producía una repugnancia de incesto moral.

Las bayetas, crepés, ojos de cristal y aparatos de relojería, prestaban a la casa aspecto macabro de casa del crimen, de ese crimen contra la mecánica que pronto recogerán los modernos códigos penales... La misma opinión pública ya empieza a preocuparse del crimen contra las máquinas y los chófers tienen que recatarse y hasta buscar la nocturnidad para destripar a sus automóviles. El criminal mecánico nato es el niño que descuartiza sus juguetes. Sólo se puede apreciar la atenuante de arrebato y obcecación en el señor que venga una tardanza matando su reloj.

Ante los trapos y estopas, ojos y tripas de acero, la criadita volvió a soñar que la descuartizaba el trompeta de húsares junto al cañaveral de bambúes. Hacía ya tantos años que no soñaba nada y era tan feíta, que terminó refugiándose en un misticismo es-

téril, que le hacía santiguarse horrorizada ante estos retoños de sus sueños; porque los sueños fuertes de la niñez retoñan como ciertos árboles.

Llegó un día en que se pudo dar por terminada la tarea; lo que nunca podrían precisar ni don Jerónimo ni Braulio, era el tiempo invertido en ella. El padre había entrado en la vejez de un solo paso, sin graduaciones, y el hijo, se encontraba hombre, sin edad posible de saber... Los hijos del ventrílocuo, uno de ellos en el período de quintas, les habían acelerado el tiempo de tal forma, que el ventrílocuo, en ninguna «voz» de su vida, volverá a ser el pequeño Braulio.

Cuando salieron a la calle, después de aquel largo encierro, período de su gestación, ambos tenían en la calle aspecto de desplazados, parecían esos presidiarios condenados a cadena perpetua, cuando salen de las celdas para apurar la colilla de sus vidas.

Tanto les molestó encontrarse por primera vez en el centro de la ciudad, que decidieron buscar el campo. Emprendieron la marcha por una avenida larga, inflada a trechos por plazas, que desembocaba al fin en el arrabal donde moría la población, con una agonía de grupos intermitentes de casas...

Al llegar a la última casa aquella con dos fachadas opuestas—la ciudadana y la campesina—, don Jerónimo y Braulio comprendieron con lucidez de revelación que se hallaban ante lo que había constituído el objetivo de su busca encarnizada. No se equivocaron: en el recibidor de aquella casa, en la que entraron con paso decidido, vieron colgando de las paredes dibujos anatómicos de ventriloquía.

Un viejo teatral les recibió con asombro mal disfrazado... Hacía años que nadie había entrado allí.

En el taller y en anaqueles estaba acumulada toda la labor del fabricante desde hacía veinte años, en que se vendió el último lote de muñecos: familia ventrílocua.

Los muñecos tenían la misma mudez triste y desesperada que tienen los libros invendibles en los sótanos de las librerías. Unicamente se podían conservar comiendo naftalina en cubiletes de zinc, como los que se les ponen a los loros enjaulados.

Braulio se sintió conmovido ante aquel silencio de los muñecos, tan en contra del destino de sus vidas; tanto los compadeció, que abrió el grifo abundante de su garganta para darles una voz a cada uno... Ellos, después de tanta pereza, las ampliaron hasta convertirla en voces coléricas y atronadoras. Ante aquella algarabía desenfrenada, el viejo fabricante tuvo que oponerse enérgicamente:

—¿No comprende usted—dijo—que la policía puede sorprendernos creyendo que se celebra aquí una reunión clandestina? ¡Dios mío!, sólo faltaba que me encarcelasen por conspirador...; bastante, bastante me persiguen y fantasean sobre los misterios de mi vida.

Se hizo el silencio, un silencio de cuartel cuando entra el capitán en la compañía, y entonces, mesuradamente, trataron de la compra de una muñeca rubia. La pobre llevaba un traje tan pasado de moda, que el fabricante tuvo que cederla por la mitad de su valor.

—Esta será—dijo don Jerónimo cuando ya re-

gresaban a casa—una hija adoptiva y debemos llamarla...

—No, padre, no—replicó Braulio—, todavía no sabemos qué nombre le corresponde.

Hacía tiempo que el sol se había ido de la carretera empedrada, con doble fila de árboles como los puntos suspensivos de la ciudad. Los autos empolvados con luna de otras latitudes querían devolver el sol con sus focos.

Cuando llegaron al extremo de la avenida que conducía al centro, don Jerónimo, molesto, con esa desazón que produce a los viejos acompañar una pareja de jóvenes, se separó, pretextando un quehacer. Entonces Braulio tomó un taxis, uno de esos taxis con cortinillas de seda a medio echar, que prometen la tibieza de una alcoba ambulante.

Quizás las cortinillas y el perfume fuerte a rosa que había dejado una viajera anónima, encendieron en Braulio la sensación picante del primer amor. Instintivamente se apretaba contra la muñeca rubia, que le miraba con ojos de pez a través del agua fría de su sonrisa. Casi frente a su portal, el ventrílocuo, que no podía resignarse a la idea de romper de pronto aquella intimidad, huérfana todavía de diálogo, dió orden al chófer para que diese un rodeo; éste dió el viraje de la media vuelta tan del gusto de los amantes. En el espejo pegado al parabrisas, para las maniobras en marcha atrás—que es como un ojo reversible—, contemplaba el chófer escenas de amor, que le convertían en el hombre de erotismo más exaltado.

Braulio comenzó a hablarla quedamente al oido, pero ella, mejor dicho, él mismo, apenas si se con-

testaba monosílabos o palabras vagas de esas que quedan flotando en las conversaciones. Pronto se convenció él de que ella era una bella niña muy tontita y sin experiencia ninguna... En realidad, ¿cómo exigirle otra cosa si se podía decir que terminaba de incorporarse al mundo?

A pesar de todo, sonó en el fondo del coche un beso, aplastado instantáneamente por el estrépito del motor, pero que a ellos les parecía haber dominado por un momento con su ruido toda la ciudad.

Aquella noche Braulio, inocentemente, quería que la muñeca durmiese en su alcoba, pero don Jerónimo se opuso a ello resueltamente:

—No comprendes—explicaba a su hijo—que es una inmoralidad, no comprendes que los vecinos si se enteraran pueden suponer lo que no es... ya, ya murmurarán bastante cuando la vean por las ventanas. ¡Oh!, la vecina bizca del piso fronterizo, cuántos circunloquios hará para intimar con ella.

—¿Pero no ves, padre, que nosotros no podemos engañarnos porque estamos en el secreto de que ella es una muñeca, una muñeca que terminamos de comprar?

—Sí hijo, sí, pero es una muñeca que habla, que mueve los brazos y los ojos y los labios cuando tú quieres...

* * *

Lo más difícil para el ventrílocuo, en lo que tuvo que emplear años hasta dominarlo, fué el mover los muñecos en un acorde perfecto con la palabra, y es

que la gran habilidad de mover los brazos expresivamente, sólo pueden poseerla los mudos, que son precisamente el antídoto de los ventrílocuos.

Además de esto, Braulio introducía su mano con miedo en el organismo de los muñecos, por el espacio libre entre dos costillas y rozando la columna vertebral... tenía miedo de que su mano fuese digerida por los estómagos mecánicos.

VI.—VOZ

Cierto día Braulio sorprendió fornicando a la obscuridad y al silencio en un rincón de su alcoba. Esto fué para él como el pasaporte de la mayoría de edad.

VII.—VOZ

La criadita fué despedida un día de tormenta, cuando terminaba de izar las persianas con ese gesto de marino que reflejan las criadas cuando izan las persianas en los días de tormenta.

No sabía pensar, pero lloraba de pena sobre el baúl desportillado que le había dado su verdadera significación de criada; el baúl parecía empujarla hacia la fuente de siete caños, siempre desangrándose, de su pueblo... Ella era la misma que el día en que llegó allí y únicamente había conseguido un montoncito de duros.

Don Jerónimo y Braulio salieron de Madrid con varios contratos en provincias, como último número de programas de cine y número de relleno en espectáculos de varietés. Iban los muñecos encerrados en sus cajas como en ataúdes, nevados de naftalina y con pastillas de menta contra la polilla de la ronquera.

Desde el primer momento Braulio comprendió que su vida estaba vinculada al movimiento, sabía que iba a ser como un furgón de cola de todos los trenes, el último de los furgones, junto a aquel que arrastra los ocasos.

Don Jerónimo Capitel adquirió una nueva personalidad con su guardapolvo auténtico, amarillo guardapolvo con ictericia que es el único guardapolvo y que le hacía rezumar espíritu de viajante de comercio. En la antigua maletilla de muestras, ahora convertida en necesser, todavía parecían ir las pastillas de marca portuguesa, las lámparas de radio y los discos de gramófono.

Como siempre había deseado ser un hombre talentudo, empleaba los ocios de los viajes leyendo libros, esos libros de literatura especial de estación que siempre se pierden en los enlaces para volver a las casetas de venta como palomas domésticas, y libros que se complacen en desarrollar su historia en un interior confortable formando extraño contraste con el trajín del tren, como extraño es el contraste de los libros de viaje que siempre se leen arrellanados en la butaca más cómoda y en el rincón más íntimo y quieto del hogar.

El ventrílocuo tenía que preocuparse por sus muñecos y así estudiaba durante los trayectos las voces de los compañeros de viaje, recogía los trozos de conversaciones más interesantes para fingirlas después ante los soles de las candilejas y examinaba el molde hueco que dejan las palabras en el aire por un momento... En el viento encontraba él las más bellas palabras.

El paisaje huído queda sucio de humo y los pájaros le cantan mejor desde los hilos del telégrafo, como si se acompañasen con ese violín infinito—pensaba Braulio—y después, sin transición, como si su pensamiento tuviera saltos de canguro, se decía: El

revisor del tren siempre asusta al viajero que le duelen las muelas... Los trozos de vía muerta huelen a cementerio.

* * *

Se convirtieron sus vidas en un rodar desilusionado, cada vez más lejos del triunfo definitivo, porque el público no sabía apreciar aquellas voces del ventrílocuo vengando románticamente la mudez de la pantalla del cine, ese frontón en el que juega a la pelota el operador con rayos de luz.

Y, sin embargo, el ventrílocuo sabía que el cine tampoco dominaba al público, porque él lo veía contemplar los tiroteos más encarnizados sin temor, sin cerrar los ojos por las detonaciones, sin pensar que puede llegar hasta él una bala perdida y sin advertir siquiera que le puede caer encima la lámpara central, rota por el personaje traidor. Por eso Braulio sonreía satisfecho cuando el botones asustaba a la gente con esa ametralladora niquelada del pulverizador que encoge el ánimo y obliga a cerrar los ojos.

El ventrílocuo, en muchas ocasiones, sólo podía salvar su número gracias a las ovaciones que se daba a sí mismo. Aquella su imitación, era la más perfecta de todas y un magnífico alarde de «autoclac» que los empresarios tenían en cuenta para contratarle.

Braulio advertía con tristeza en los «cabarets» que sus muñecos se iban encanallando: recogían todas las desvergüenzas de los escenarios y después, a pesar suyo, las repetían ante el público, que entonces le aplaudía a rabiar, hasta que le obligaban a visar su

número de fuerza, aquel número dedicado a la galería, el de la voz del decapitado saliendo de la caja que encerraba la cabeza trágica, a fuerza de carmín, de estopa, de cera y de vidrio.

En el «cabaret» él siempre creía reconocer en el señor calvo un cura disfrazado de paisano. La muñeca rubia que no supo recoger su amor se mostraba encantada entre las cortinas con aires de mancebía y se complacía en provocar a los hombres con guiños maliciosos.

Nadie podría comprender la tristeza del ventrílocuo cuando en las altas horas de la noche regresaba a la fonda envuelto su cuello con las mil bufandas que protegían sus mil voces.

No aman mis voces—se decía—porque son personas incultas las que me oyen, personas que aún tienen de sobra con una voz para expresar sus pensamientos, un público selecto de pensadores me aplaudiría y envidiarían todos mis voces, porque ellos saben que son los canales de desagüe para los torrentes del pensamiento.

Se compensaba imaginando su gran debut en la gran ciudad y ante un auditorio distinguido que vengaría tanta derrota pueblerina... Vagaba por las calles hasta sorprender a la estatua de la plaza levantando los brazos al cielo en esa hora en que es amenazada por los trabucos de las bocacalles negras.

Don Jerónimo perdió poco a poco la esperanza de aquellos magníficos programas que pensaba componer en los días felices del triunfo, tanto, que ya no dejaba su stilográfica abierta para que recogiese los radiogramas azules de la inspiración. Estaba ahora

forrado de literatura de estación y siempre se le veía con libros desencuadernados, libros de esos que tienen amnesia de páginas que huyeron atropellando las páginas más débiles para salvarse de la catástrofe, como esa multitud enfurecida que se atropella a la salida de los locales incendiados. Hasta sus ojos perdieron su magnífico enfoque infinito y ni siquiera sabía ya soñar.

El padre y el hijo rehuían los momentos de intimidad porque no hubiesen sabido qué decirse; siempre procuraban tener barreras de contención para no dar suelta a sus expansiones innecesarias, buscando la presencia de los compañeros de hospedaje... Todos de vía estrecha.

Cuando se encontraban a sí mismos en los espejos, advertían el contraste de sus figuras con aquellas otras tan optimistas de la fotografía del kilométrico. En realidad, las fotografías del kilométrico tienen una alegría que el viaje va evaporando hasta quedar disipada por completo el día del regreso.

Don Jerónimo contemplaba en los espejos su imagen desfallecida y los temía extraordinariamente, él no podía olvidar aquella historia que le contaron en el tren, verídica historia del marido engañado, que no hubiese matado a la adúltera de no tener enfrente aquel espejo que repitiendo su imagen lo empujó al crimen.

* * *

Al morir don Jerónimo Capitel en una de aquellas provincias, el ventrílocuo llegó a comprender la im-

portancia de los cipreses y renunció a trabajar. Encerrado en la habitación de la fonda donde le alcanzó la tragedia, se dedicaba a reconstruir su hogar, hablándose con la voz de su padre y la voz de la criadita como en los años de su infancia y formando con cariño la voz desconocida de su madre, una voz blanca que sólo sabía palabras dulces y cuyo gérmen él siempre había dejado en las puertas de los teatros.

Decidió regresar a Madrid con sus muñecos vestidos de luto, incapaces por el momento de distraer al público.

VIII.—VOZ

Estaba el ventrílocuo tan desesperado, tan falto de recursos, que pensó venderse a un escritor como personaje literario. Con su antiguo gesto de buscador, buscaba ahora quien comprase su persona para disecarla en las páginas de un libro, porque aunque él no tenía muchas aventuras que contar, bien podría construir los diálogos con sus distintas voces, ya que los diálogos son preferidos por la generalidad de los lectores.

Caminaba por la Gran Vía con esa languidez propia del hombre anuncio, cuando al desembocar en la Plaza del Callao, que es en donde los ruidos emergen mejor encuadrados por el nombre, Braulio, que estuvo a punto de ser atropellado por uno de esos autos que matan con seguridad, lanzó un grito formidable, un ¡ay! con el volumen de todas sus voces que dominó por un momento la ciudad, como la domina el ruido de los aviones y como domina al teatro ese ¡ay! que lanza Mario Cavaradossi en la escena del tormento.

Todavía, azorado por el susto, empezó a buscar sus voces por el suelo, con ese apresuramiento con que buscamos el puñado de calderilla caído en la vía pública, pero sus voces habían sido atropelladas y muertas, como una manada de cachorros, pues así las llevaba él ya que en su pecho hinchado por las penas ya no cabían.

Cuando las gentes que se habían reunido junto a él se fueron alejando, Braulio advirtió que un señor con gabán gris y zapatos de charol le miraba atentamente a través de su monocle, con una de esas miradas que producen escozor, como si fuesen el enfoque de una lupa recogiendo el sol.

Aquel hombre le cogió del brazo y le arrastró al fondo de un café. Se sentaron ante una mesa en que se tratan los grandes negocios y que existe para ello en todos los cafés. Braulio no podía hablar porque el monocle le detenía los labios.

Un camarero con aires de equilibrista-malabarista fracasado en el último ejercicio de la cuerda floja y los cuchillos al aire, les trajo los dos «boks» de cerveza pedidos, con las coronas de espuma que indican el buen ordeñe.

—Tiene usted una bonita voz, joven—dijo el hombre del monocle.

—Muchas gracias, caballero; no es raro que tenga una voz bonita entre tantas voces.

—¡Cómo! Tenga la bondad de explicarse; no he comprendido.

—Quiero decir, señor, que como soy ventrílocuo dispongo de muchas voces.

—A ver, a ver, ¿quiere usted enseñármelas?

El hombre del monocle quitó el polvo de la mesa y extendió sobre ella su pañuelo de seda azul, como los joyeros extienden un trozo de terciopelo para fondo de los brillantes, pero Braulio, después de buscar en sí mismo las voces con el mismo apresuramiento con que buscamos los billetes de tren que juegan al escondite en los bolsillos, dijo con su nue-

va voz, la voz que había aparecido en su garganta a la huída de las otras.

—Las he perdido, caballero: no las tengo; seguramente las atropelló aquel auto maldito.

—No se apure usted, conserva sin duda la mejor de todas sus voces... Quizás, quizás, esa voz haya sido como un tamiz que recogió lo más bello de las otras... Esa voz, querido, puede ser un río de oro.

—Ahora soy yo el que no le entiendo, señor. ¿Hace el favor de decírmelo más claro?

—Pues es bien sencillo; yo, que soy un buen aquilatador de voces, le aseguro formalmente que su voz es la más hermosa voz de tenor que he oído en los días de mi vida. ¡Oh! ¿Quién sabe a dónde podría llegar usted con esa voz bien educada?

—Estoy atónito, no puede usted suponer cómo me asombran sus palabras... Francamente, no sé qué pensar de todo esto.

—Si usted quiere le ayudaré a pensar con mucho gusto; ya le dije que soy un experto en voces.

El hombre del monocle le entregó una tarjeta sacada del bolsillo superior de la parte derecha de su chaleco, ese bolsillo en donde los poetas guardan sus versos para que sean mecidos por los latidos del corazón. Braulio leyó:

MAX ROODER
EMPRESARIO
PERITO EN VOCES

—Si no tiene inconveniente—continuó Max Rooder—podemos hablar en mi casa de todo esto durante el almuerzo, señor...

—Braulio Capitel, para servirle... Estoy a sus órdenes.

En la calle, el cuerpo de Braulio ya no tenía el aire melancólico del hombre anuncio; hacía años que no caminaba con aquella seguridad de hombre sin problemas con que ahora se desenvolvía, bien podía obedecer al lastre de voces que había perdido o a la satisfacción de haber encontrado en sí mismo un premio de lotería.

Max Rooder conocía a todas las mujeres guapas, las saludaba insistentemente, lo que le hacía crecer en prestigio ante los ojos del ex ventrílocuo. Verdaderamente, aquel empresario era un hombre elegante, sabía despreciar como nadie los escaparates, deteniéndose únicamente ante los de las corseterías porque en sus años ya cabía la añoranza de aquellos perdidos desabroches de corsés que era seguramente lo mejor del amor en el siglo XIX.

En el piso de Max Rooder todo hablaba de teatro; las habitaciones, aunque ricas, parecían compuestas con decorados de papel; había puertas condenadas, como esas falsas puertas de los teatros en donde se estrellan las curiosidades más ardientes y hasta la luz cenital tenía un tono verde de luz falsificada... Los timbres sonaban en aquella casa con el tono imperioso del traspunte. Las lámparas marcaban una leve oscilación de sismógrafo como la tienen todas las lámparas de la escena, colgadas de una altura casi infinita y condenadas a un exceso de mudanzas. El

pasar por una puerta de aquella casa daba la sensación de que se iba a caer en el vacío negro del gran escenario despoblado.

Pero donde la vida adquiría allí más artificialidad, era en el saloncito esquinado con gran ventana apaisada y piano de cola. La ventana no debía de ser alta, porque invitaba a la magnífica imitación de suicidio teatral, y el piano debía ser un piano mudo, acariciado siempre por manos inexpertas y con música refleja de otro piano escondido tras las bambalinas o en el sótano. Había allí un ejemplar raro de concha teatral sonando con ese bisbeo característico de las conchas y los confesonarios.

Braulio temía que la comida tuviese la inconsistencia de las comidas teatrales, comidas de cartón piedra, que nunca se consumen y siempre recuerdan los actores como los manjares más apetitosos con esa fé que ponen los hombres en las cosas imposibles.

Pero cuando llegó la hora, el ventrílocuo comió despreocupado, porque toda su atención fué cazada por una liga de mujer olvidada en un rincón. Aquella liga, con tristeza de destierro, era la liga fatal que perseguiría siempre a Max Rooder, como un perrillo faldero. Braulio—se dijo—es la liga que persigue a los solteros calaveras para entorpecerles las bodas.

Ya servidos los licores, el empresario encendió la gran fábrica de niebla del habano y dijo al ventrílocuo:

—Convinimos, señor Capitel, en que usted tiene una hermosa voz de tenor, que no se debe perder. A mi entender, sería una gran lástima que se perdiese.

¡Oh!, lo que significa una buena voz de tenor... Claro que esa voz tendría que educarse y, precisamente por eso, es por lo que estamos reunidos aquí... ¿Quiere usted cantar algo para que yo pueda apreciar mejor sus facultades?

—Con mucho gusto, caballero, pero yo apenas sé cantar y ni siquiera recuerdo una canción.

—No, eso no es posible, señor Capitel, le ruego que haga memoria, algún canto tiene usted que recordar.

La nueva voz de Braulio sonó por fin, potente, magnífica y arrebatadora, en aquella canción matutina de sus tiempos de colegial:

«Ayúdanos, Señor,
en este día que empieza.»

Como si la canción vengase la mordaza que le impusieron durante la mudez de la hija del director de la escuela, ahora, enardecida, hacía retumbar la casa en el volumen inmenso de aquella voz.

—Magnífico, maravilloso, sorprendente—repetía el empresario, mientras en el patio interior estallaba la más sincera de las ovaciones—. Es usted mi gran divo, mi gloria de descubridor de voces preciosas.

Cuando Braulio salió de aquella casa, con un adelanto en metálico sobre sus futuras actuaciones, además de llevar la imprecisión de las grandes transformaciones, llevaba la imprecisión del tiempo que, allí como en la escena, se hacía tan elástico convencional como si fuese medido por un reloj de goma.

* * *

Iba a casa del profesor de canto llevando bien cogidita de la mano su hermosa voz de tenor, con ese gran cariño con que llevan los padres pobres a sus hijos al colegio de párvulos. Tenía un miedo invencible a los automóviles, por si de un susto le arrebataban su tesoro y, sin embargo, le hubiese gustado descubrir aquel auto que estuvo a punto de aplastarle, pero que le regaló en compensación la mejor voz de tenor del mundo. Era, indudablemente, un automóvil azul celeste—se decía muchas veces Braulio.

Sobre todos, temía el automóvil de luto riguroso, con metales empavonados de la viuda inconsolable.

En la salita de espera del viejo profesor, Braulio, que ya había agotado la lectura de todas las revistas, se entregaba a sus meditaciones, como si estuviera en un remanso de playa transitoria, ya que eso parecen todas las salitas de espera de los profesores de música.

Toda la academia se conmovía con sus arpegios. Entre tanta esperanza vana de gloria, entre tantas voces que habrían de abortar y tantas otras que naufragarían el día del estreno, la suya era como un diamante auténtico en una tienda de bisutería. El viejo maestro le apretaba contra su pecho cuando descendía por sus escalas musicales:

—Mi buen discípulo, mi caro tenor, mi gloria, mi divo predilecto—le decía emocionado.

Muchas tardes, después de la lección, Braulio, que no olvidaba su antigua vinculación al movimiento, no podía resistir a la tentación de los trenes del «Metro», que sentía trepidar bajo sus pies, entonces con aquellos aires de tenor que su voz iba poniendo

a la persona, bajaba a las galerías subterráneas como ese Mefistófeles que abre el escotillón del escenario.

La revisora, encerrada en su garita de cristal, le recordaba al ventrílocuo sus muñecos encerrados en las cajas. Dentro de ese fanal, la revisora añora la peana de nubes que tienen los santos en sus urnas, como la mejor de las alfombras, y con la sonrisa más melancólica se va cubriendo con el confeti que ella misma se fabrica arrancando un círculo de papel a cada «ticket».

Braulio temía que el «Metro» se perdiese por la grieta de los túneles que desemboca en la gruta misteriosa que llega hasta el mar después de atravesar todo el mundo.

Las idas y venidas por el «Metro» le parecían a Braulio entretenimientos de viaje, algo así como una escuela del Estado dedicada a educar a los ciudadanos hasta convertirlos en buenos viajeros. ¡Qué desgracia la del hombre—se decía—que se lanza a viajar por primera vez el día de la boda sin haberse entrenado siquiera en el «Metro!...» Le engañará, infaliblemente, su mujer cuando tropiece con un buen viajero.

En uno de aquellos viajes por las entrañas de la ciudad: camino de fuga para los grandes ladrones de la historia, Braulio se tropezó con su antiguo profesor brillante de la clase lírico-narrativa. Se conocieron en seguida, porque no hay nada que una tanto como los viajes geográficos, y se abrazaron emocionados.

Fueron a un viejo café, uno de esos cafés que viven por inercia, para extraer sus recuerdos ya en-

mohecidos y cubiertos por las telarañas del tiempo... pero ninguno se atrevía a iniciar primero el recuerdo. Hablaron vagamente.

—¿Qué hace usted ahora?—preguntó Braulio.

—Vuelvo a estar en el colegio; el director me llamó para darme toda clase de explicaciones y yo lo tuve que perdonar todo, porque aquel hombre estaba dominado por la desgracia.

—¿Se refiere usted a la mudez de la hija?

—Sí, Capitel; ha sufrido horrores aquella familia, da pena ver el colegio... ahora hasta los columpios están paralíticos.

—Pero, ¿les vive la niña?

—Sí, vive, pero muda, con la más horrible de las mudeces, con silencio de tumba, y, sin embargo, se da el caso insólito de que ella oye; a veces se pasa horas enteras escuchando su silencio.

—¡Es una lástima!

—Una gran lástima... ¡Sobre todo si viera lo linda que es!

—¡Casi será ya una mujer!, ¿verdad?

—Una mujercita encantadora, señor Capitel.

—¡Cómo pasa el tiempo!

—¡Y cómo ha cambiado todo! Ahora el colegio sólo da enseñanza a niños ciegos y sordomudos. Allí todo está acribillado: los mapas, los carteles, los libros, como si un regimiento hubiese tiroteado sobre el edificio, mejor como si el colegio fuese un rollo de pianola.

El profesor se sonrió a sí mismo, complacido por esta imagen sin hermanas ya en su imaginación. Cuando se despidieron, Braulio advirtió que el pro-

fesor brillante estaba cubierto por un esmeril deslustrado... Sí; verdaderamente, parecía un zapato viejo de charol.

* * *

La víspera del gran debut su voz estaba azorada, como una colegiala que fuese a hacer su presentación en sociedad, tenía trémolos de bandera al viento.

En la habitación del hotel, Braulio iba ensayando movimientos ante el espejo mientras Max Rooder elegía el traje del tenor entre un montón de ellos recién enviados de la sastrería. El empresario registraba al mismo tiempo los bolsillos de aquellos trajes con la esperanza de encontrar la carta interesante que olvidan todos los divos en los trajes de escena.

Al hacer Braulio cambios sucesivos en su rostro, con pelucas, barbas y postizos, comprendió que sus antiguas voces se correspondían con sus gestos actuales.

—Tengo miedo, señor Rooder; un miedo terrible a quedar mudo en cuanto me presente en escena.

—¡Bah, bah!, el mismo miedo de todos.

—Pero con fundamento, amigo Max. ¡Cuántos habrá conocido usted que fracasaron!

—Hágame el favor de no preocuparse; usted sólo ha de tener en cuenta mi consejo de no mirar los brillantes de las mujeres; son los grandes enemigos del tenor, porque atraen como abismos.

IX.—VOZ

Fué el debut de Braulio como el debut de una estrella en el cielo. Sus movimientos eran seguidos atentamente por los espectadores, con aspecto de astrónomos asomados a los pequeños telescopios de sus gemelos, pero unos astrónomos más sociables y humanos porque cuchichean entre sí sus impresiones y no son como los otros misántropos y desdeñosos que nunca enseñan a los aviadores las rutas felices del cielo.

Frente a la oquedad negra de la sala, salpicada de brillantes, el tenor estaba encerrado en la piscina luminosa del escenario. Sentía vértigo por la atracción de los brillantes defendidos por millares de gemelos como pistolas de dos cañones buscando pacientemente el blanco-rojo de su corazón. Ante aquella multitud armada, el tenor se sentía débil con la sola defensa de su puñal florentino que nunca había hundido el pico en el alpiste de los glóbulos rojos.

Pasó el diálogo sin compromiso entre el tenor y la tiple.

—Il mio caro amore.

—Molto bene.

—Tarde piacce.

—La mia vita.

—Fucciamo fino il sole.

—Non posso, non posso.

Después se hizo en la sala un silencio expectante, con ese «chiss» característico que es como el ruido de un millón de grifos inundando el local. La orquesta atacó la gran romanza del tenor... Sonaba la música un poco a húmeda por esa manía que tienen en los teatros de sepultar a los músicos en un pozo. El director iba rayando el aire con la rúbrica interminable y complicada de su batuta: superación de la rúbrica más engarabitada del más desconfiado de los notarios. Es un mago—comentaba un frac de primera fila—, pero no sabía la realidad de su afirmación como la sabía Braulio en aquel momento clarividente de la angustiosa espera. ¿Qué es la batuta del director de orquesta sino la vieja varita de virtudes de los desaparecidos magos?... ¿Cómo a nadie se le habrá ocurrido plantar en su huerto un plantel de batutas?

Cuando entró en juego la voz de Braulio, en el teatro hubo encogimiento de senos y temblores en las pecheras planchadas. Hay tres clases de temblor en los senos de la mujer: el temblor que provoca el amor, el que ofrecen al tenor y el voluptuoso temblor que provocan los alfileres de brillantes al clavarse en el pecho... Se retiraron los gemelos empañados por la emoción para no molestar al divo con el enfoque cohibitivo de todos los objetivos y... Hasta la lámpara central de la sala temblaba contra su destino inconmovible, porque es la lámpara sin inquietudes de mudanzas y sedimentada por los lustros.

A la última nota se enganchó la ovación mayor de todas las ovaciones, la que en español es ovación, oreja y vuelta al ruedo, la que nunca se podría adjetivar en idioma extranjero, porque siempre es muy superior a la ovación del K. O.

Braulio tuvo que adelantarse muchas veces al proscenio para recoger las palmas y lo que era mucho mejor, aquellas sonrisas de las mujeres guapas, que tenían densidad de rosas recién cortadas.

Hasta la Familia Real parecía formar parte de la clac, y el diplomático sordo decía ponderativo: «se perdía la voz lentamente, y los últimos trémolos casi extinguidos, parecían el chisporroteo de las estrellas cuando se apagan en el mar».

Aquella noche el telón tuvo que guillotinar muchas veces el paisaje de la escena... como si no encontrase el punto de descabello del horizonte.

Muy tarde ya, recogió Braulio su imagen del espejo del camerino para sustituirla por aquella que había usado en su primera actuación. El divo iba pensando cuando regresaba al hotel, metido en el coche de Max Rooder: «Debo de tatuarme, sí, debo de tatuarme para no perderme a mí mismo en la confusión de todos los personajes que voy a representar, haré que me pinten un ruiseñor en el brazo derecho... pero no, no, es mejor un loro, porque el loro habla, y yo, antes que tenor, quiero ser el gran ventrílocuo de la naturaleza, cuando vuelvan las voces ingratas que se fueron y a las que quiero más que a ésta por ser mis voces pródigas.

* * *

Un grupo de amigos rodeaba siempre al tenor. Era el grupo de jaleadores que es la mejor definición dada por los cantadores de flamenco a los grupos que rodean a los artistas. Nada tan esencial en la vida como el grupo de jaleadores, no porque aplaudan sino porque se encargan de formar en torno del artista la atmósfera necesaria para que florezca su arte.

Braulio espolvoreaba sus conversaciones con palabras italianas que parecía ir sacando de sus bolsillos. Su imagen se iba desdoblando en cientos de fotografías que ilustraban los diarios y revistas. Todos los días le hacían varias interviús.

—¿En dónde encontró usted esa voz?—le preguntaban los periodistas.

—En la plaza del Callao—contestaba sinceramente él.

—¿Cómo ama usted?

—A gritos.

—¿Cuál es su papel preferido?

—Los billetes de Banco.

—¿Qué hace para conservar la voz?

—Tomo pastillas de Valda.

—¿Es usted supersticioso?

—Así, así.

—¿Qué público prefiere?

—La clac.

—¿Cuál fué el día más feliz de su vida?

—El de mi primera Comunión.

—¿Ha viajado usted mucho?

—Mucho, por todo el mapa, embarcado en un puntero.

—¿Le asusta la muerte?

—Pienso que nadie se arrepiente de haber muerto.

—¿Tiene la bondad de estampar su autógrafo para mi periódico?

—Con mucho gusto.

—¿Y posar un momento para ilustrar la interviú?

—¿Por qué no?

Después del fogonazo del magnesio el tenor siempre temía encontrar el mundo distinto, tal fuerza de punto y aparte tiene su explosión.

Leyendo estas informaciones el público creía conocer su, vida ¡qué sabía el público!, y los aspirantes a tenor contrastaban las contestaciones de Braulio con sus propias opiniones, buscando en sí mismos aquella esencia del talento musical.

Braulio ocupaba tres habitaciones en un magnífico hotel céntrico, con un mirador en chaflán. Salvo las dos horas que dedicaba al paseo por las mañanas, en su automóvil azul, permanecía el resto del día en su departamento porque le asustaban los lugares públicos como hombre requemado por las candilejas y por esa impotencia que se tiene fuera de casa para cerrar la llave de la luz.

El despreciaba la luz eléctrica porque de niño aprendió a guardar sol para las horas de la noche.

Hacía tiempo que no llevaba colgado al cuello el dije de la emoción, ahora sólo el monóculo del tedio aparecía en su rostro forzado de actor. En los momentos que quedaba libre del grupo de jaleadores leía recostado en una butaca frente al mirador avanzado que encuadraba el paisaje con minuciosidad de enfoque fotográfico rebuscado y a contra luz: medio árbol lateral, una fuente en el paseo del centro y una

lejanía de torres y torrecillas que jugaban al billar con las nubes. Aquel mirador siempre estaba estremecido por la corriente del cable del tranvía que amarraron bajo él, pero la electricidad que trasmitía era suave y agradable como la de ciertos tratamientos terapéuticos... tanto que Braulio se acodaba en su balustrada en las horas de tedio profundo para que en su cerebro volvieren a cosquillear los peces del pensamiento.

Los libros le hacían pensar en su vida con enojo porque él siempre había aceptado lo imprevisto, sin pensar en su porvenir como ahora por la lectura y porque libre de sus voces que le evaporaban se reconcentraba en sí mismo obstinadamente, amasando su espíritu.

Estaba en desacuerdo con aquel Capitel famoso que elogiaban todos como el mejor tenor del mundo y tanto le espantaba su soledad acompañada, que en ocasiones se veía obligado a desembalar sus muñecos buscando en ellos las intimidades un poco tristes pero sabrosas, de sus tiempos de ventrílocuo. Sus muñecos quedaban cohibidos en aquellas magníficas habitaciones tan distintas de las habitaciones de las fondas de sus tiempos, y lo que era peor, no hablaban.

Muchas veces, harto del amor de aquellas mujeres, que sólo buscaban sus besos de tenor con esa superstición que tienen las mujeres de creer que los besos del tenor son distintos de todos los otros besos, Braulio abría la puerta de su habitación a las camareras que se dejaban pellizcar a cambio de billetes para el teatro... A él le gustaba verlas reir un poco desdeñosas, como si tuviesen un secreto común con el tenor,

como si supiesen que la hermosura de su voz era un truco y fuesen a decirlo de pronto con el poco respeto a que tienen derecho las gentes que nos lavan la ropa interior... Las obsequiaba siempre con las flores que adornaban sus búcaros, enviados por las otras mujeres de los brillantes.

* * *

En la soledad ingrata de la alcoba, durante la noche, porque la moral del hotel sólo permitía las visitas furtivas de la tarde, Braulio sentía su espíritu desazonado, como si todos los que ocuparon la habitación anteriormente pudieran volver de pronto en busca del objeto olvidado en un rincón de los cajones... Aquellas puertas del hotel, además de ser las puertas de las cuatro mil llaves, no tenían en sus cerraduras secretos para los antiguos huéspedes y hasta se llegarían a conmover fácilmente ante las caras conocidas, descorriendo a sí mismas sus postigos, como los botones que saltan por una excesiva presión.

Debe haber agazapadas en la sombra miradas antiguas que no volvieron a sus ojos—pensaba a veces Braulio—, miradas de esas que se extravían en los momentos íntimos y viven eternamente en las habitaciones.

Por la rendija de la puerta contigua veía él entrar la luz de otras alcobas, cargada con los secretos de que era testigo, y al contemplarla intranquilo desde la obscuridad, siempre tenía el temor de ver entrar con ella la serpiente de sangre que delata el crimen recién cometido.

No puedo vivir aquí—se decía en momentos desesperados—, parece que por todas partes hay ojos que me espían y yo, en cambio, nunca puedo saber lo que pasa a mi alrededor. No puedo, no puedo vivir de esta forma, tengo que ahorrar para comprar una casa, una casa mía, que sea buena amiga y nos comprendamos sin miedo a equivocaciones.

Si miraba fijamente al techo, con esa mirada rencorosa de los insomnes, Braulio creía ver en aquel firmamento trozos dislocados de todas las lunas de miel iniciadas en aquella alcoba. Una noche, para convencerse de que sus visiones tenían un entronque inmanente con la realidad, se lanzó en busca de indicios.

En el cajón del armario, bajo el papel que lo forraba—renovable como una piel de serpiente—, encontró una horquilla de plata con dos cabellos rubios. Encima del mueble había un montón de cartas apretujadas, hechas pelotas y que los huéspedes habían encolado allí con esa despreocupación de las estancias transitorias. En la parte inferior del armario, y junto a la pared, leyó dos nombres enlazados, uno de hombre y otro de mujer, grabados a punta de navaja; pertenecían seguramente a una pareja de enamorados... quizás sus conciencias les habían impulsado ciegamente a cumplir aquel rito sagrado, que todos los enamorados cumplen en las cortezas de los árboles en el período del noviazgo.

Braulio trabajaba con entusiasmo de minero que fuese descubriendo vetas de rico mineral; cuando agotó la cantera espléndida del armario, comenzó a explorar la periferia interna de la alfombra... allí en-

contró un fino pañuelo de encajes, cuyas iniciales comprobó no correspondían al nombre femenino grabado a punta de navaja; también había un espejo diminuto de monedero, uno de esos espejos que tienen superpuestos ojos, labios y narices como piezas de un rompecabezas, porque su tamaño les obliga a visiones fragmentarias.

El caudal de sus hallazgos se iba enriqueciendo a medida que avanzaba la noche, hasta terminar como grato punto final con el encuentro de un sostén de opal azul con manchas desteñidas por el sudor como un cielo pequeñín con nubes.

Braulio se complació mucho en el examen detenido del sostén. Debe de pertenecer—pensaba—a una mujer muy morena, con sobacos espléndidamente poblados y cuya edad no puede exceder de veinticuatro años. Este es el primer sostén—se decía convencido—que le vió su esposo y no supo conservarlo... Pertenece a unos senos de tamaño discreto, de un calibre muy grato, pero quizás, quizás el izquierdo era un poco mayor o más rebelde a la jaula del sostén.

Súbitamente, empezó Braulio a tocar con energía los doce timbres de sus tres habitaciones. Algunos despertadores no pudieron contener su impaciencia y se unieron al sonar sobresaltado. Salvo en «La duquesa del Bal Tabarín», nunca hubo un coro tan nutrido y acorde de timbres... El hotel no tuvo más remedio que desperezarse y encender sus luces, aunque sabía que algunas bombillas, enojadas por el trabajo extraordinario, romperían sus filamentos. Hubo revuelo por los pasillos y subir de ascensores. Parecía

el hotel un transatlántico cuando el mar da el golpe decisivo de la zozobra.

Braulio, desde el centro de su habitación, clamaba ante el grupo de servidores despavoridos que se agolpaban en la puerta:

—Es intolerable, es inaudito el descuido que ponen ustedes en la limpieza. ¡Como si no tuviera importancia dormir en una habitación ocupada por objetos extraños!... Miren, miren el montón de cosas ocultas que han atormentado mi sueño durante tanto tiempo. ¿Creen que se puede vivir con todo este impedimento?

El tenor, con su mejor gesto teatral, iba esgrimiendo las cosas en el aire, como un orador de subasta: la horquilla de plata, el montón de cartas apretujadas, un trozo de tirantes, el pañuelo de encajes, plumas de escribir, rotas, el espejo pequeño, un carrete de algodón de zurcir, una caja de calleros y varios etcéteras.

El sostén azul con manchas blancas tuvo buen cuidado de esconderlo, como parte del botín que en justicia le correspondía, aunque él sentía en su conciencia el resquemor del fraude. El resto de cosas se lo llevó una camarera en el delantal con reminiscencias de campesina, llevando una delantalada de fruta, la mejor de todas por la última sazón adquirida en el regazo femenino.

Braulio salió al pasillo tras los criados para lanzar allí ante el público sus últimas exclamaciones de cólera. ¡Cómo se alegraban los poseedores de pijamas y saltos de cama bonitos de aquel espectáculo, y cuánto, cuánto sintió su tacañería aquel señor que se

lanzó al pasillo con el guardapolvo del viaje! Hubo un grupo de caballeros que se adhirieron a las manifestaciones de Braulio. Todos querían hacer una protesta en bloque ante la dirección por aquel descuido de la servidumbre que no se preocupaba de borrar las huellas del paso de otras personas.

Una mujer, casi una niña bajo el salto de cama de color malva que la daba aspecto de colegiala, se acercó a Braulio para que le explicase lo ocurrido. Ya enterada asintió:

—Tiene usted razón, también a mí me han desvelado siempre las habitaciones de los hoteles, aunque nunca comprendí el motivo hasta ahora. Me alegra que mi marido no se enterase ¡es el pobre tan viejo!... se habría sobresaltado inútilmente. ¡Qué limpia y qué tranquila habrá quedado su habitación, caballero!

El estuvo a punto de ofrecerle el refugio de su habitación, pero desistió al advertir que ella no podría ser ni remotamente la mujer del sostén azul, como no podían serlo ninguna de las otras mujeres que se asomaron a sus puertas, según él había comprobado probándoles imaginativamente el sostén azul, como el zapato de la cenicienta.

Durmió doblemente bien por haber limpiado de cosas extrañas su intimidad y por haberse vengado de las posibles miradas indiscretas con que sus vecinos taladraron las puertas, contemplándolos en «deshabille».

Al día siguiente pidió en el «contoir» del hotel los libros registros atrasados para desentrañar a quiénes pertenecían los objetos que encontró en sus habita-

ciones. Pacientemente fué haciendo la correspondencia entre nombres y objetos. Era aquélla una labor de sabio clasificando insectos que le llevó mucho tiempo, pero en la que encontró grandes satisfacciones; sobre todo aquella de saber que el sostén azul había pertenecido a la mujer del inventor de las píldoras Circasianas... Efectivamente, pudo comprobar que el molde del sostén correspondía a los pechos de anuncio antes de su completo desarrollo.

Sin embargo, después de leer aquel mar de nombres de los que le precedieron en sus habitaciones, pensó con tristeza que aún quedaban en ellas muchas cosas ocultas y otras habrían sido disueltas por el tiempo.

* * *

Cada vez más desconcertado por la ausencia de sus voces, Braulio decidió bravamente ir en busca de ellas... Se convirtió en el gran alpinista de los montes ciudadanos, y desde las cumbres de los tejados más altos, fué registrando el horizonte, escrutando detenidamente las veletas y giraldas de las torres, las puntas de platino de los pararrayos y las cabezas vanidosas de las altas chimeneas con echarpes de humo... Pero sus voces no aparecían por ninguna parte, como si se hubiesen evaporado o hubiesen sido secuestradas por los relojes de esfera luminosa; no obstante, aún le quedaba la última esperanza de encontrarlas en el viento que posiblemente las arrastraba de uno a otro continente.

Como un cazador furtivo de eclipses, puso en los

altos bosques de la ciudad cepos para coger sus voces perdidas, cepos con cebo de pastillas finas de malvavisco que fué siempre la semilla más grata a la gran canariera de voces de su garganta.

Durante mucho tiempo regresó al hotel con el morral vacío después de pasar revista a los cepos intactos, pero un día encontró por fin prendida en la trampa su antigua voz gruesa y grave, bastante mejorada. Nunca estuvo tan contento el ventrílocuo como aquella tarde en que iba por las calles acariciando la voz recién conseguida... la acariciaba con suavidad, como se acarician los sombreros de copa a favor del pelo.

Fué realmente conmovedora la escena de devolver al muñeco su voz. ¡Qué desquite de charla hubo después de una mudez tan prolongada!... La voz iba desenterrando de la cabeza del muñeco los pensamientos que se habían acumulado sin la válvula de salida de la palabra.

Por primera vez desde la muerte de don Jerónimo, pudo Braulio hablar con un conocido viejo que tuviese recuerdos comunes a él. Aquella noche sentó a su mesa a todos los muñecos, animando a los mudos con la promesa de restituirles pronto sus antiguas voces. ¡Qué sobremesa tan agradable, qué dulzura la de aquellas «Buenas noches», recibidas al borde de la cama y qué sueños tan agradables imaginando el futuro hogar!

Ya con su antigua voz, grave y profunda voz como madre de las otras voces, Braulio continuó siendo el cazador furtivo de los altos bosques, pero ahora cazador emboscado de reclamo, lo que aumen-

ta extraordinariamente las probabilidades del éxito. Hacía cantar a sus dos voces desde el alto minarete de una iglesia y dejaba abiertas las puertas de su pecho, invitando a las otras voces al refugio de la jaula maternal...

... Le llegaron por fin una tarde como una lluvia en bandada de palomas blancas, manchadas por el ocaso.

X.—VOZ

El ventrílocuo fué con su caudal de voces a casa del viejo profesor de música, porque como un buen padre no quería que una diferente educación marcase desigualdades entre sus distintas hijas. Ahora parecía seguido de aquel coro de voces el pasante de una ruta escolar.

El maestro le recibió conmovido, sin hacerle esperar en la salita en donde estaban aguardando turno voces compañeras de la de tenor de Braulio. Sus poseedores tenían la tristeza de los padres con hijos traviesos y desaplicados que llevan los «suspensos» con ostentación de galones de reenganche.

—Pasa, hijo, pasa—le decía el profesor sobándole—, mi caro discípulo, mi gran Capitel. ¿Qué te trae por esta casa?... Siéntate... Estás desconocido, más hermoso pero con la cara un poco borrada.

—Gracias, maestro; yo venía a enseñarle algunas voces para que usted les diese lección con tanta fortuna como a la otra voz.

Antes de que el maestro tuviese tiempo de demostrar su asombro, ya Braulio había sacado de su pecho la voz gruesa y grave del muñeco viejo.

—Es una hermosa voz de bajo—se decía a sí mismo el músico sin alientos para cortar el canto.

Y una tras otra fueron desfilando ante los oídos atónitos del director de la academia voces de barítono, de tenorino, de tiple, de contraalto... todas como una serpentina de distintos colores que Braulio sacaba de su garganta con gesto de prestimano.

* * *

Cuando Max Rooder, el empresario de la ópera, se desesperaba por la falta de un cantante, Braulio se ofrecía incondicionalmente para buscar el sustituto... hasta cuando se indispuso la nueva tiple de fama mundial momentos antes de alzarse el telón.

De esta forma llegó un día en que Braulio solo se cantó toda una ópera con los coros inclusive. El iba con sus voces dando vida a las figuras mudas que se movían en la escena, de tal manera que si callase, el escenario aparecería ante el público como un conjunto de muertos gesticulando.

Al abrazar a la tiple muda en los dúos le parecía a Braulio abrazarse a sí mismo en una superación de ese desdoblamiento de los artistas de cine que filman escenas encarnando simultáneamente dos personajes distintos.

Braulio Capitel, que cobraba todas las nóminas del teatro, pensó construirse un hogar. Era aquélla su suprema aspiración y para que fuera tan íntimo como él deseaba, quería verlo crecer poco a poco desde los primeros días de vida. Con un sentimiento parecido al del hombre que planta un árbol para ver sus años en las ramas.

Buscó por sí mismo el solar en las afueras de la

ciudad, porque quería un solar que nunca hubiese estado prisionero entre vallas, mejor dicho, quería un campo que nunca hubiese sido solar y que a la última cosecha sucediera su casa como si ésta hubiese nacido espontáneamente para él.

Cuando los obreros comenzaron a ahondar en la tierra con ese desfonde que parece dispuesto para que la casa tome carrerilla en su ascensión, Braulio, al ver removidas y apisonadas las entrañas de la tierra, se sintió asesino de semillas.

Por fin la casita del ventrílocuo surgía poco a poco con gran alegría de ventanas y esperanzas de capiteles floridos. El la contemplaba nacer con ternura y prometiéndole un regalo para cada lienzo de pared, para cada plafón, para cada una de sus partes.

Todas las noches comunicaba a sus muñecos los adelantos de las obras, les describía detalladamente cómo sería cada una de las habitaciones que iban a ocupar y cómo el jardín nunca tendría tapias y en sus bancos verdes se podrían sentar libremente los enamorados para que los árboles y plantas creciesen vigorosos, y no como en los jardines sin amor, tan artificiales como las esencias químicas...

Compraba todas las chucherías bonitas que encontraba en su camino, sin tener que aguardar nunca turno en las tiendas, como si él fuese uno de esos novios a los que el tendero sirve siempre en primer lugar por derecho propio.

Todos los planos de su casa los tenía en sus habitaciones colocados en marcos... como aquel padre que tenía las radiografías de su hijo cuando aún estaba en el seno materno.

Días antes de entregarle las llaves emprendió la tarea de comprar los muebles: las cortinas, las alfombras, las lámparas... En las tiendas siempre le hablaban de «ella», la novia que había de compartir el hogar que se formaba, lo que hacía sonreir a Braulio melancólicamente. Cuando le preguntaban:

—¿Quiere que enviemos muestras para que elija la señorita?

—No; no es necesario—contestaba él—, ella y yo siempre estamos de acuerdo... Ponga ese terciopelo «beig».

Al llegarle el turno a su alcoba, la última de todas las habitaciones, Braulio se sintió cohibido ante los muebles que le enseñaban, siempre en la creencia de aquella hipotética ella: señora del hogar en formación. El rechazó instintivamente la gran cama de matrimonio, una cama que simbolizaba la separación de sexos, cama con destino de sobrellevar los sexos opuestos, porque estaba fabricada con madera de árbol femenino y árbol masculino.

—¿No quiere el señor cama grande?—inquiría el vendedor—, lo comprendo, se llevan ya muy poco, han cambiado mucho los tiempos, todos prefieren dos camas pequeñas ligeritas, de fácil transporte... como éstas—decía arrastrando una, y después, bajando el tono de la voz y haciéndola muy confidencial—, fíjese, van provistas de ruedas neumáticas, no rayan el suelo, ni hacen ruido... Basta alargar el brazo, coger la otra mano y atraer hacia sí.

Braulio no sabía qué decir, ni cómo romper de pronto la tradición de «ella». Después de mirar bien

las camas, como si estudiase el problema detenidamente, terminó por disculparse un poco azorado:

—Bueno... ya lo pensaré.

—Naturalmente, señor, este es el punto más crítico de todas las elecciones, nosotros ya lo sabemos, nadie decide esto de pronto, hasta cuando vienen juntos los futuros esposos aplazan la decisión... claro, claro, han de hablárselo íntimamente. Voy a darle una fotografía de los dos modelos para que pueda verlas ella sin necesidad de molestarse... Si el señor quiere, nosotros mismos nos encargaríamos de enviarlas certificadas a la señorita.

—No, muchas gracias, no es necesario, ella vive en Madrid. Yo mismo las llevaré.

Braulio consideraba estúpido aquel conflicto que se había creado por no decir a tiempo la verdad, pero después de lo ocurrido se sentía incapaz de desmentir su anterior conducta en la compra de los muebles... porque podrían suponer una ruptura en vísperas de boda y hasta imaginar los motivos más bochornosos.

Estuvo toda la noche preocupado con la solución del problema, del que no quería hacer partícipes a sus muñecos por ciertos pudores instintivos. Desechada la idea de pedir al mueblista una cama para uno solo, le quedaba decidir entre las dos camitas pequeñas y la cama grande de matrimonio. Con las fotografías a la vista, fué aquilatando mentalmente los pros y los contras y se durmió, por fin, sobre el sueño de las tres camas.

Volvió al día siguiente a la tienda con el propósito de encargar las dos camitas gemelas con ruedas

neumáticas silenciosas, que seguramente enmohecerían con el tiempo, sobre todo las de la cama que fuese condenada al desván, pero en el último momento del decidir, Braulio sintió lástima de aquella gran cama que estaba aguardando con ansias su rescate y prometía con sus maderas macizas y enroscadas de barroquismo, algo mejor que las otras camitas ligeras e inconscientes.

—Sí, quiero la cama grande—declaró con gran aplomo y decisión—. Queremos ella y yo la mayor solidez posible en nuestro matrimonio, deseamos ambos crearnos el compromiso más fuerte.

—Tiene razón el señor—asintió el tendero—, esas camas se venden menos, pero los que las llevan son indudablemente más felices... ¡Qué poder tienen los días de enojo!... ¡Qué agradecidas quedan por su rescate, y sobre todo, cómo tiemblan sus somiers, contagiados por el entusiasmo amoroso de los dueños!

Una señorita que pasaba revista a la exposición de muebles quedó extasiada ante la cama que terminaba de adquirir Braulio. Se advertía que contenía el deseo de acostarse en ella para probarla, como venía haciendo con todas las butacas de la sala. Braulio estuvo a punto de ofrecerle media cama de la suya, media cama sin picardía ninguna, según la fórmula de reparto que dió San Martín al partir su capa. Tuvo que contenerse porque se habían unido a la señorita dos señoras ancianas y un joven con cadena de reloj y dije, aunque sin alfiler de corbata:

—Quiero esta cama, Pedro, esta es la cama que más me gusta—declaró la muchacha.

La mirada de una de las señoras, la que usaba los impertinentes como si se cubriese con un antifaz, cortó las expansiones de la chica.

Braulio, que seguía atentamente las manifestaciones de los cuatro personajes, como si asistiese a una escena de comedia, una de esas escenas que intrigan desesperadamente hasta el desenlace, pudo advertir que el joven Pedro se inclinaba al oído de ella para decirle algo..., seguramente debía de ser algo en contra de su cama y en favor de las otras, porque la muchacha pareció resignarse y comenzaron a tratar la compra de las camitas movibles.

Braulio sintió un malestar agrio por aquel secreto que Pedro había vertido en el oído de su novia. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no pedirle explicaciones por su conducta. ¿Qué sería?... ¿Qué podría ser aquella escuchita misteriosa?... Comprendió, sin embargo, que no podía ser nada infamante ni decisivo, porque ella continuaba mirando con nostalgia la cama grande y acostando allí sus ojos con preferencia a las camas que le imponían.

El ventrílocuo recogió la última mirada de ella a través del cristal de la puerta de salida y pensó: Esa mujer recordará mi cama todas las noches de su vida, será sin duda una de esas mujeres que aceptan amantes con la única esperanza de encontrar la buena cama que desearon de solteras.

* * *

Todo dispuesto en la casita, se trasladó Braulio a ella un día nublado de mucho viento, que hacía más

amable por contraste, la intimidad tibia del hogar. Olía a pintura por todas partes como si la casa se hubiese perfumado coquetamente y las puertas y ventanas, al abrirse, despegaban sus fallebas, con sonido parecido al que hacen las hojas de los libros al ser cortadas: grato sonido a cosa nueva, que se nos ofrece desflorada por nosotros.

Braulio recorría todas las piezas engalanándolas con aquellas chucherías que había comprado durante la época de noviazgo con la casa: búcaros de cristal, porcelanas, marcos de concha encerrando distintas fotografías suyas dedicadas a la casa, figurillas de bronce, visillos de seda para que todas las ventanas tuviesen sus párpados, muchas pantallas de luz para que no quedase ningún rincón sombrío.

Aquella noche, el ventrílocuo tuvo que hacer un gran esfuerzo para ir al teatro—. Es verdaderamente inhumano—se decía—despegarme de aquí, pero no hay más remedio porque yo soy toda la compañía.

Recomendó a la mujer del jardinero que cuidase la casa y salió hacia el teatro con su automóvil azul, en recuerdo de aquel otro automóvil que estuvo a punto de atropellarle, pero que le hizo el regalo de su voz de tenor. El automóvil del ventrílocuo era el automóvil de los cinco mil «claxons», aunque en alguna ocasión aún tuvo Braulio que enmendar un descuido del chófer, imitando una potente sirena para evitar el atropello seguro.

Nunca se había cantado tan bien el aria de Manón como la cantó Braulio aquel día, ni nadie podría comprender nunca la fuente en donde se había hu-

medecido el canto hasta adquirir la emoción conmovedora y plena de realidad que el tenor Capitel le daba

«Caseta bianca
du fondo o bosco.»

Hasta los brillantes enemigos parecían amaestrados por Braulio, y se le rendían temblorosos como si él fuese el primer gran domador de brillantes del mundo.

Por primera vez rompió la tradición de salir del teatro con el grupo de jaleadores. Se escapó con prisa burlando a todos y acariciando en su bolsillo la llave de su casa con tanto cariño como si fuese aquélla la llave universal de todas las puertas.

Le esperaba en casa la gran cama de matrimonio amorosamente, bajo el dosel de damasco en donde no cabían lunas de miel dislocadas como en las habitaciones del hotel... Durmió como nunca había dormido en su vida, con la tranquilidad y confianza del que ya ha hecho su camino y no tiene que emprender de nuevo la marcha... Como si aquella cama fuese la meta de sueños.

XI.—VOZ

A pesar de las protestas de Max Rooder, tuvo que ponerse en el teatro el cartel: «*Cerrado por disolución de la compañía*», y era porque Braulio llegó a renunciar a todo menos a su casita... Permanecía en ella en completo reposo, amasando su espíritu con la lectura, vengando todo el movimiento desesperado de sus años anteriores.

Los libros lograron apartarle de sus muñecos, ahora les hacía hablar solo de tarde en tarde y por compasión, ya no se sentía ligado a ellos como en los tiempos de desgracia y los tiempos sin intimidad del hotel céntrico, con un mirador en chafián. Sin embargo, tampoco era feliz y día por día se sentía arrastrado por una tristeza invencible que no podía comprender ni razonar.

No tuvo más remedio que llamar al médico, un médico desconocido porque no quería que nadie tuviese un indicio del refugio del tenor Capitel. No tenía fe en que le curasen, porque ni siquiera él mismo podía precisar los síntomas de su enfermedad.

—No encuentro nada anormal en su cuerpo—dijo el doctor después de auscultarle—. Quizás sea cosa del espíritu. ¿Quiere hacer el favor de indicarme cuáles son sus padecimientos?

—No sé, doctor, congojas, intranquilidad constante.

—No puedo juzgar sólo por esos síntomas... Si pudiese hablar con su esposa tal vez ella detallaría mejor que usted mismo el proceso de la enfermedad.

—No soy casado, doctor; vivo solo, nadie podría decirle nada de mis dolencias.

—Sin embargo, esa cama... Yo supuse que esa cama...

Nadie la comparte conmigo.

—¿Quiere entonces referirme cómo se le ocurrió comprar una cama de matrimonio?

Braulio tuvo que someterse al psicoanálisis y relatar detalladamente la formación de su casita con la compra del ajuar. Terminó diciendo:

—Desde que estoy aquí paso el tiempo esperando algo inconcreto; me parece que van a llamar de pronto a la puerta y no sé quién pudiera ser ni espero a nadie.

—Está usted enamorado—afirmó el médico rotundamente—, la cosa no puede ser más clara. El que juega con fuego termina quemándose, amigo mío, y usted ha jugado al amor construyendo un nido y hablando de una «ella» irreal, pero viva en su imaginación, hasta el extremo de comprar una cama grande; usted ha terminado enamorándose perdidamente, locamente... Esto quiere decir, en consecuencia, que sus males sólo pueden curarse por subsiguiente matrimonio.

—Pero, ¿matrimonio con quién, doctor?... ¿Con quién, si yo no conozco a ninguna mujer que me interese?

—Búsquela usted, en su memoria o en donde sea, pero búsquela usted, porque su salud está en peligro... Yo nada más puedo decirle ni recomendarle.

Fué inútil que Braulio buscase en su memoria aquella mujer, porque el escarceo amoroso que tuvo con su muñeca recién comprada no podía ser, de ninguna forma, aquel amor tan grande que le hacía enfermar, ya que desde aquella época solamente la había tratado como a los otros muñecos y hacía días que ni siquiera la sacaba de su habitación azul del último piso. Tampoco recordaba sobre otras a ninguna mujer de las que le amaron en sus días de gloria, ni el sostén azul hallado en la habitación del hotel había ocupado, fuera de aquella noche, su pensamiento. Decididamente no existía, pues, entre sus recuerdos, la mujer de la que se había enamorado tan fatalmente...

Siguiendo el mandato médico, se lanzó a la calle en busca de ella, recorrió los parques, los comercios, los paseos, los cines, los teatros y las iglesias... Pero todo fué inútil, completamente inútil, porque no sentía el deseo de unir su destino al de ninguna mujer de las que veía.

En alguna ocasión sufría falsas alarmas. Quizás sea ésta—se decía de pronto, alborozado—, pero no tardaba en comprender su error; cualquier detalle advertido excluía las posibilidades de que fuese la «ella» de su amor fuerte y extraño que le hacía enfermar de ansiedad.

Las gitanas le decían con un verismo único:

—Deja que te la diga, carita de «enamorao».

Tanto le asediaron que un día sucumbió a la ten-

tación de oir la buenaventura. Extendió a la gitana la mano como lo hacía de niño en el colegio cuando el maestro repartía las pastillas de goma.

—Ella es rubia como el oro y «dergá» como las cañas—empezó a decir la gitana, extrañada de no tener que inventar ante aquella mano que hablaba tan claramente—. Y sufre y te quiere y está «perdiita por ti, «bandá» de «ruizeñore» en la huerta... Estoy viendo que te espera y se «deshase» por tu «ausensia»... Claro te lo he de «desir», hombre de las «sien voses presiosas». De poco te ha de servir el haber «nasio» si no logras tenerla junto a ti, gramófono «charolao».

—Pero, ¿dónde está?—gritó Braulio, desesperado.

—No lo sé, nada dice tu mano... por las Europas o las Américas, «naide» te lo podría «desir»... pregunta por «er» mundo, «salao», búscala como si fuese un tesoro, que eso «é» lo que «é», «cabayerito» pinturero de la buena música.

—Al menos dime cómo se llama—suspiró el ventrílocuo.

Se llama A, tu mano no «dise» más: A debe ser la «inisial» de su nombre. Una bonita letra «pa» «bordá» en la vuelta de la cama, ya lo «dise» la copla:

«Con er compá de la A
marca la niña «plasa e toro».

—Lee más en mi mano—rogó Braulio, llevándosela al bolsillo.

—Imposible, buen «moso», por esta «ves» soy «honrá» y no quiero «meti»... Que la Virgen San-

tísima y su hijo Poderoso y el gran Padre de la Bondad te ayuden.

Braulio la dió su monedero y la vió alejarse, dejando tras ella un reguero desteñido... como si su traje se llevase los colores de las casas y del cielo. Bajo la gran falda en forma de campana los muslos de la gitana debían de ser duros como badajos. A distancia las peinetas rojas en el pelo negro parecían heridas de granada, los balcones pintados de verde parecían sus peinetas.

El ventrílocuo emprendió el regreso hacia su casa pegándose mucho a las paredes para no caer, deslumbrado por aquel tono rubio que cegaba sus ojos desde que oyó las palabras de la gitana.

Llegó a su casa desfallecido y se recostó en el sofá de la salita amarilla, cuyas ventanas traseras daban al campo abierto de un amarillo químico de penitencia. El rubio de ella—se decía Braulio monologando—debe de estar confundido con el amarillo del mundo... Imposible encontrarla, imposible. Quizás se halle diluída en la yema de un huevo...

...Se meció todo el día en el travesaño de aquella A mayúscula simbólica. Por la noche se enfundó en el abrigo de pieles y salió en busca de ella, porque en el negro de la noche le parecía más fácil descubrir la llama anémica de aquel rubio que le preocupaba. Pero en aquellas horas el amarillo estaba desterrado del mundo, había sido recogido por el sol y fueron inútiles sus rebuscas. Sólo en los fugitivos tranvías y en pelucas oxigenadas encontró el oro artificial que no era el predicho por la gitana de la buenaventura.

Temiendo encontrarse en el desierto blanco de su

gran cama de matrimonio que agudizaba su mal de amores, se encerró en su despacho para ordenar sus papeles y clasificar las revistas que hablaron de él en sus tiempos artísticos. Se vió en las fotografías encarnando los personajes más distintos, bajo grandes epígrafes encomiásticos para el tenor Capitel. En algunas páginas aparecía junto a los artistas de la última Compañía, la más completa del mundo, y en los ojos de sus compañeros se advertía la zozobra de que se pudiese divulgar el secreto de sus voces reflejas...

Al abrir una de aquellas revistas se sintió deslumbrado, como si la noche hubiese abierto de pronto las esclusas del sol. Cayó de rodillas junto a la chimenea, sin apartar los ojos de la página ilustrada que revelaba a gritos todo el misterio rebuscado inútilmente desde hacía tanto tiempo.

Todo estaba ahora claro: su fotografía se había enamorado de otra fotografía compañera, la de una mujer rubia extraordinariamente bonita que en la página fronteriza se había unido a él en un beso eterno, del que ahora se habían despegado al separar las páginas.

Braulio tenía la boca reseca por aquel beso infinito que le había unido a ella. Si no descubro esto —pensaba—hubiese muerto de amor, sin saber por qué ni a quién iba dirigido... ¡Oh, cómo se amaban aquellas dos fotografías de la revista ilustrada!

Con esa inquietud con que los jugadores de azar pintan sus naipes, leyó Braulio el pie que acompañaba a la fotografía de ella... Quedó perplejo, anonadado, con la desorientación más desorientada. Ella

era un maniquí de una gran casa de modas, una de esas chicas condenadas a que las vayan desnudando las señoritas de provincias que copian sus trajes tantas veces, que terminan por borrarlos del grabado. Junto al gran amor por el tenor Capitel, se advertía en los ojos de ella la profunda tristeza del que ha sido condenado injustamente al anónimo más absoluto.

Imposible saber quién era aquella muchacha, al pie de cuya fotografía sólo se expresaba el nombre del modisto creador del modelo, el del fotógrafo, el de la agencia fotográfica, todo menos lo más importante: su nombre. Es injusto, es inhumano—se repetía Braulio—, los tribunales debían de tomar cartas en el asunto. La han convertido en una inclusera y la han hecho rodar por todo el mundo para lucrarse con ella vilmente en un negocio mil veces peor que la trata de blancas. ¡Pobrecita mía!... ¡Pobrecita A! Yo te encontraré y te consolaré con mi gran cariño, yo haré que vuelvan a publicar tu fotografía todas las revistas del mundo, con tu nombre marcado con caracteres góticos, para que todos los que te han visto menospreciada, admiren tu personalidad.

Se acostó Braulio, no para dormir sino para imaginar mejor toda la felicidad que tuvo su fotografía mientras él andaba por el mundo intranquilo, consumiéndose en su amor inconcreto que le hacía enfermar de ansiedad... Ella era—se decía—la que yo esperaba inconscientemente que llamase a mi puerta.

Antes de apagar la lámpara con pantalla de seda

amarilla, cerró la revista para que las fotografías se unieran de nuevo en el beso pasional que le endulzaba la boca. Después se abrazó a su almohada.

Al día siguiente, muy temprano, fué a la redacción de la revista que publicó emparejadas las dos fotografías. Mientras aguardaba al director, un reportero intentó hacerle una interviú, pero Braulio se negó en rotundo y comenzó a trazar AAA mayúsculas en los cristales empañados del balcón.

—¡Oh!, está usted enamorado, señor Capitel—le dijo el periodista—, no necesito más, le aseguro que haré una información interesante, me lamentaré en ella de que el amor prive al arte de uno de sus mejores elementos... Buenos días.

Cuando al fin llegó el director, extraordinariamente calvo y paradójicamente bigotudo, Braulio le preguntó desde el dintel de la puerta a tiempo que le enseñaba el número de la revista reveladora:

—Vengo a que me diga quién es esta señorita.

—Siéntese usted, amigo Capitel, siéntese... ¿Quiere usted un cigarro?

—Muchas gracias, no fumo.

—Es verdad, olvidaba que los tenores... perdón.

—Le ruego que me conteste en seguida, un momento de retraso puede ser decisivo en mi vida.

Entonces el director, que reservaba por costumbre inveterada todos sus malos humores para los que fuesen a llevarle original literario, tomó la revista que le entregaba Braulio y, después de contemplar la muchacha con ojos de adúltero, dijo con su voz más cariñosa:

—No sé, esto es cosa de la encargada de la sección

de modas, quizás ella le puede decir algo, aunque lo dudo mucho.

—¿A dónde vive esa mujer?

El director llamó al teléfono de la administración y Braulio, recogiendo la dirección del auricular, se lanzó a la calle.

Tomó un taxis que terminaba de desocuparse, porque en el espejo alargado que había frente al asiento posterior, en el travesaño que dividía las dos ventanas fronterizas de la berlina, todavía se conservaba fresca la huella de una corbata. Era un ejemplar de esos taxis que toman por las mañanas los virtuosos de la corbata para enmarcarla bien en esos espejos racinales que ayudan a la confección del nudo irreprochable.

Al subir Braulio por la escalera lóbrega que conducía al piso de la escritora de modas, le pareció ir cargando en su espalda los recuerdos de su infancia, agazapados en los peldaños... A pesar de su impaciencia, hizo un descanso junto a una ventana sin cristales cuya mirada tenía vaguedad de éxtasis... ventana abierta al tubo negro del patio interior... como aquel patio de la casa de sus padres, en donde no cabía ni el sol ni la luna.

La escritora le recibió atribulada por el desorden que reinaba en la salita en donde la sorprendió Braulio remendando las traseras de unos pantalones de su marido. En una mesita había restos de los almuerzos de los chiquillos—que pataleaban por el pasillo—y unas cuartillas encabezadas: *Para hacer amable vuestro hogar.*

—¡Hermoso traje, caballero!—dijo después de ver la fotografía que le enseñaba Braulio—, un poco pa-

sado de moda, pero hermoso traje; sin los plisados de la delantera, casi, casi de actualidad... Tiene el «chic» propio de la firma que lleva.

—Sin embargo, señora—se atrevió a interrumpir Braulio—, no es precisamente eso lo que a mí me preocupa; yo quisiera saber quién es esta muchacha que lleva el traje.

—¡Por Dios!... ¿Quién sería capaz de saber eso?

—Sí, lo comprendo, pero quizás usted pueda indicarme quién le proporcionó esa fotografía...; de esta forma, ¿comprende?, yo podría ir acercándome al original.

—La fotografía es de la agencia «Michel», como se indica en la revista, a mí me las remite la agencia directamente desde París: «Rue Canard, quatre vingquatre».

—Muchas gracias, señora—expresó Braulio conmovido, anotando la dirección en su carnet—, le quedo muy reconocido.

—Espere un momento, caballero, pienso que quizás le interese conservar la fotografía directa de ella y es fácil que yo la tenga entre mis papeles.

—No sabe usted cuánto se lo agradeceré, le quedo altamente agradecido por todas sus bondades.

La escritora de modas, con bata de rayadillo y en chancletas, revolvió un montón de cuartillas, grabados y patrones, hasta dar con la fotografía que buscaba... Braulio la recibió como si la comulgase, después intentó dar a la escritora una gratificación, pero ella la rechazó ruborizada, refugiándose con atolondramiento en aquel curcusido de las traseras del pantalón.

Ya de regreso a casa, Braulio iba contrastando las dos fotografías de A. Las dos eran la misma, indudablemente, y, sin embargo, había una diferencia entre ellas bien marcada... la diferencia que el amor puso en la fotografía de la revista.

Tanta era la alegría de Braulio por el hallazgo de la primera pista, que esperaba ver de pronto cómo los árboles reverdecían a su paso, cubriéndole con un palio de clorofila nueva.

Aquella misma noche emprendió el ventrílocuo la ruta de Prís, embarcado en un tren que a él le parecía despedir un humo color de rosa.

XII.—VOZ

El número «quatre ving quatre» de la calle del Canard no existía, correspondía a un solar tan viejo que el tiempo había sedimentado en él un metro de escombros y desperdicios.

Braulio indagó en las casas vecinas el nuevo domicilio de la agencia «Michel», pero ante el asombro de los vecinos, pronto comprendió que aquel solar era uno de esos solares que aprovechan algunos industriales, en combinación con el cartero, para presumir con los clientes de provincias de importante casa comercial.

Para no perder la mañana, Braulio fué a la casa del modisto, creador del modelo que llevaba Ella en la fotografía de la revista. Su corazón se le saltaba del pecho pensando en que tal vez su amada continuaría en aquella casa exhibiendo modelos.

Quiso, pues, descubrirla y que ella le descubriese a él para que siempre recordaran la sorpresa del encuentro con ese caer en brazos uno del otro, que ata los destinos de los personajes dramáticos regidos por la fatalidad.

Sentado en el salón redondo, en donde las puertas parecían jugar al corro enlazadas por una guirnalda de escayola, Braulio esperó verla aparecer de

un momento a otro con la mudez propia de su oficio y las ojeras profundas de su amor... Quería descubrir las huellas de su pisada en la alfombra, en donde se perseguían dos ratitas de luz reflejadas por los prismas de la lámpara.

—¿No le gusta ningún traje al señor?

—Quisiera éste—dijo Braulio, enseñando la fotografía de ella.

—¡Oh! «Mon Dieu, trop vieux...», perdón, quiero decir, que es un modelo anticuado; la moda, trae los vestidos que el señor ha visto, nada de plisados, mucho galón y tonos «feuill mort», casaquitas cortas y faldas apuntadas.

—Bien, bien; envíeme dos de ellos al hotel... pero quisiera además éste.

—Tal vez se le pudiera confeccionar, espere un momento.

—No, no es eso, escúcheme: a mí lo que me interesaría es ella, ¿me comprende?; la muchacha que llevaba este traje, seguramente, está en su casa, por eso he venido de muy lejos para verla.

—¡Oh! los españoles, románticos, amantes siempre de la aventura difícil.

—Pero... ¿está, está, ella aquí?

—Yo, ni siquiera la he conocido. ¡Figúrese, pasan tantas!... Vaya usted a saber donde está la muchacha.

Braulio se sintió desfallecer; la modista, una mujer de cuarenta años limpios, con su capacidad francesa para las cuestiones de amor, trató de consolarle.

—Aguarde un momento, caballero, voy a pregun-

tar a la encargada del taller, tal vez ella pueda decirle algo... No sabe usted cuánto me alegraría.

Tampoco la encargada del taller sabía nada de la modelo, ni siquiera la recordaba a pesar de estar veinte años empleada en aquella casa. Entonces llamaron al propio modisto creador, un hombre extraordinariamente viril que se había desafiado con veinte autores de operetas y comedias. Después de examinar atentamente la fotografía, declaró:

—El traje es efectivamente mío, pero no recuerdo a esta chica y es raro porque yo recuerdo a todas las modelos que han exhibido mis creaciones... Esto puede ser una patraña del viejo Michel; hacía diabluras, enviaba los mismos trajes a diversos países, acoplándolos al tipo de mujer más del gusto de cada nación... No obstante, veremos si hay alguien en el taller que recuerde a esta muchacha.

El asunto había apasionado extraordinariamente a la casa de modas. En ninguna parte del mundo hubiese encontrado Braulio una protección mayor para su amor romántico.

Todo el personal de los talleres, reunido en el salón redondo, escuchaba emocionado el relato del ventrílocuo, sin más comentarios que las lágrimas de las chicas. Después de oirle, las modelos le propusieron llevarle un domingo a su casa social para ver si reuniendo una junta extraordinaria acudía ella o alguien que la reconociese. Pero se advertía que tenían poca fe en aquel recurso pór lo transitorio del oficio de maniquí.

Cuando el ventrílocuo se retiraba dando a todos las gracias por su interés, se le acercó una chiquilla

de quince años, aprendiza de la casa de modas y cuyos ojos tenían reflejos de charol a fuerza de mirarse en la gran tapadera de la caja en que transportaba los vestidos.

—Quizás pueda usted saber algo de ella por alguna novela—le dijo convencida—señor, es uno de los tres finales que tienen las modelos: los cabarets, los libros o el pueblo natal si están enfermas.

Braulio regresó al hotel caminando a modo del personaje de cine que atraviesa las calles neoyorquinas sin cuidarse de la circulación, salvándose milagrosamente del atropello, como si los vehículos pasasen a través de él sin derribarle. Iba acaparando los libros que le parecían relacionados con las vidas de las modelos y persiguiendo en zig-zag las cabelleras rubias hasta advertir el engaño.

No quiso almorzar, se encerró en su cuarto, un cuarto de último piso como de hombre amante de los horizontes, empapelado de gris con grandes crisantemos amarillos que recordaban el día de Todos los Santos. Desde la ventana se divisaba un plantel de antenas: columpios de las ondas hertzianas y dos manchas blancas movibles que lo dominaban todo.:. Eran dos camisas, una de mujer y otra de hombre puestas a secar en una azotea, donde estaban haciéndose el amor. El viento jugaba con las prendas, inflándolas, desinflándolas y estableciendo puntos de contacto peligrosos, resplandecientes de chispas como si fueran los polos opuestos de la electricidad del amor. La manga de la camisa masculina tenía oscilaciones de péndulo alocado y descansaba sobre la marca menudita que cae sobre el corazón... Era una

manga vacía, pero llena de elocuencia como si perteneciese al brazo de un mudo o de un orador. Cuando los esposos se pongan esta ropa se amarán aunque estén regañados mucho tiempo—pensó Braulio—y después, viendo pasar un avión, exclamó: —¡Quién pudiera poner al avión de sus esperanzas la hélice magnífica de la rueda de la fortuna!

Aquel era el avión que remolca al Sol hacia el ocaso, sosteniendo de esta forma la vida del mundo, porque sin esa ayuda mecánica, el viejo Sol fatigado, dejaría de cumplir su misión de alumbrar los continentes.

El se sentía tan solo y tan triste en aquella alcoba con psicología extranjera, llena de huellas extrañas que pensó escribir a su casita de Madrid, mejor dicho, se escribió a sí mismo, para dirigir la carta a la casa de allá, ocupada por el espíritu de ella y presidida por la gran cama de matrimonio.

Se arrancó la stilográfica del bolsillo superior izquierdo del chaleco con ese gesto tan conocido de los escritores y que es como si se arrancasen una espina enconada del corazón. No quiso emplear la pluma del hotel, que estaba sobre la mesa, porque era una pluma que había pinchado todas las intimidades, una pluma universal unida a todos los destinos, una pluma, en fin, prostituída. Las plumas, como las mujeres, sólo deben pertenecer a un hombre y ser la pluma del escritor, del comerciante, del rentista, del estudiante, del médico, del abogado, y nunca la pluma de todos como aquella del hotel.

Después, con la fotografía de A. delante, empezó a leer los libros que había comprado. No importaba

que estuviesen escritos en francés, porque el ventrílocuo tenía una voz francesa que le iba traduciendo la lectura. Si el nombre de la protagonista no empezaba por A, los eliminaba en seguida. Contrastó la descripción de una Amelia y una Amada con la fotografía, y obtuvo la convicción de que ninguna de las dos era su «ella».

Decía el novelista de Amelia: «Su cabello era tan negro como el azabache, pero no tanto como sus ojos más negros que la noche. Entre sus labios rojos como cerezas resplandecía el nácar de sus dientes... ¡Ay! cómo voy a quererte—dijo Amelia quitándose—«...»—.

—No, no es ésta—exclamó Braulio colérico—, ella es rubia como la yema del huevo y sus labios siempre fueron pálidos, antes y después del beso eterno de la revista. Ella nunca ha querido a otro.

Amada estaba retratada en el libro de esta forma: «En el látigo de su cuerpo cimbreante las puntas de sus senos iban marcando una gráfica de charlestón. Las dos turquesas de sus ojos parecían querer resbalar por la nariz en tobogán hasta el rubí encendido de la boca. Amada tenía muchos amantes, pero no amaba a ninguno...»

Braulio, asqueado por la lectura, se tendió en la cama sobre el edredón francés, que es el mejor de los edredones, de un raso verde esmaltado de flores, como un prado auténtico.

Después de cenar emprendió su rebusca infructuosa por los «cabarets».

XIII.—VOZ

Un domingo fué a la casa social de las modelos situada en un entresuelo de la calle de «Printemps». Era un piso destartalado con muy pocos muebles y pinturas desconchadas, uno de esos pisos de sociedad que aprovechan los fantasmas.

Hicieron sentar a Braulio en la presidencia del salón de sesiones, bajo los retratos de Rodolfo Valentino y de Linberg. Después que la presidenta hubo informado del objeto de la junta extraordinaria, desfilaron ante el ventrílocuo una a una todas las modelos, con música de suspiros, que él iba orquestando galantemente.

Ella no fué hallada, pero cuando la fotografía rodó por la sala de mano en mano, fué reconocida por una señorita como antigua amiga suya. Braulio hubiese querido huir con aquella muchacha para que le revelase cuanto sabía sin testigos, pero la comunidad de modelos se había interesado tanto por él y estaba tan intrigada en el asunto, que no era posible desligarla de pronto de aquella complicidad en las pesquisas.

La muchacha que reconoció la fotografía se sentó en el estrado. Era una muchacha delgaducha que

vestía un traje rojo con filetes verdes y que, sin saber por qué, tenía cara de viuda. Hablaba como si estuviera poseída por un espíritu, con un dejo fatalista copiado de una célebre actriz francesa:

Nos conocimos en la casa Bernard, en donde trabajábamos juntas, ya hace tres años. Ella siempre estaba muy alegre o muy triste, como si no quisiera nunca mezclar en sí misma la alegría y la tristeza. Durante algún tiempo fuimos a almorzar las dos a un pequeño restorán de la calle del «Oiellet». Ella parecía tener siempre un gran secreto y sonreía misteriosa, sobre todo cuando escuchaba la música de aquel restorán, una música rusa o española que a mí me crispaba los nervios... Nunca aceptó nada de los hombres, todos eran despreciados, a pesar de que algunos se hubieran arruinado con gusto por ella... Hasta aquél que le ofrecía un millón de francos por su cabello rubio, fué despedido.

—Pero, ¿adónde vive?... ¿cómo se llama?—gritó Braulio sin poderse contener.

—No supe nunca donde vivía; se llamaba... se llamaba... América o Amapola, sólo recuerdo con certeza que su nombre empezaba por A.

—¿Pero al menos la ve usted alguna vez, no sabe en dónde se la podría encontrar?—insistió Braulio.

—No sé, no sé, la última vez que la vi, la encontré algo enferma, me dijo que los médicos no acertaban con su enfermedad y la habían recomendado que cambiase de aires. Como en nuestro oficio sólo hay porvenir en París o Viena, creo que pensaba marcharse allá.

La muchacha con cara de viuda se levantó y fué

a ocupar su asiento junto al balcón horadado por el tubo de la estufa, que es el balcón condenado al presidio de su propio encierro; balcón al que nunca se asoma la señorita enamorada y cuyos herrajes están más enmohecidos que los del resto de los balcones de la casa.

La secretaria de la sociedad de modelos era una muchacha joven, con una cabeza extraordinariamente bonita sobre un cuerpo elefantiásico, que la obligaba a ser maniquí de sombreros. Los exhibía con el truco de espejos de la cabeza parlante feriera. Cerró la sesión agradeciendo la asistencia de las congregadas y proponiendo a la junta directora elevar una solicitud al gobierno protestando por la publicación, en revistas, de fotografías sin el nombre de las señoritas a quienes pertenecen.

La vocal primera, una chica con una boca muy grande, tomó la palabra un momento para solicitar de la junta que se pusiera sobre el sillón presidencial la fotografía de Braulio, héroe del amor romántico, junto a las otras fotografías de los héroes de la hermosura y de la velocidad.

Braulio, entre el revuelo de sillas de la dispersión, buscó a la muchacha del traje rojo con filetes verdes... Se orientó por el tubo de la estufa para llegar hasta ella y le suspiró al oído:

—Es preciso que no me abandone, sólo usted puede darme algún indicio sobre la pista de ella.

—He dicho cuanto sabía, señor; mi mayor gusto sería ayudarle, pero no sé más...

—Sin embargo, es fácil que recuerde algún otro detalle a medida que pase el tiempo... Yo me atre-

vería a suplicarla que fuésemos a almorzar juntos al restorán de la calle del «Oeillet».

—Bien, si usted tiene gusto en ello...

En la calle, el uno junto al otro, con el contacto de codos, característico de las amistades que empiezan, las gentes les miraban con la compasión que inspiran los viudos... ¿Por qué se vestirá ella de rojo y verde?—se preguntaban las viudas auténticas—. ¡Como si de esa forma se acallase la conciencia—se decían entre sí las suegras de las viudas y viudos—. ¡Se ve que no ha transcurrido el plazo que marca la ley!—concretaba algún caballero.

Braulio, para no cansarla con la conversación exclusiva de la otra, procuró interesarla en ella:

—¿Es usted mucho tiempo viuda?—la preguntó.

—No, yo no he sido nunca viuda, «monsieur», nunca.

—Perdóneme usted, «mademoiselle», yo no sabía... no sé siquiera cómo pude pensar que era usted viuda.

—No tiene por qué disculparse, no es nada extraño que lo haya pensado usted, todo el mundo me cree viuda; me dicen que lo llevo escrito en la cara.

—Sí, es verdaderamente curioso, no tiene explicación, como tantas cosas; pero usted tiene cara de viuda.

—Por el contrario, es natural que suceda así, ¡figúrese!, llevo cinco años exhibiendo modelos de luto riguroso; mi figura ha rodado por todas las revistas del mundo con las tocas de la viudez. ¡Cómo no había de influir en mí misma esa reiterada

ficción de la viuda inconsolable!... Me visto de rojo y verde para vengar las horas de trabajo, pero ni aun así... Me acompaña siempre la sombra de los velos negros.

—Es verdad, a pesar de esos colores tan fuertes, todavía parece que lleva usted un traje de medio luto, como si el negro de los otros se superpusiera sobre el rojo y el verde.

—¡Ay!, caballero, si algún día yo fuese viuda auténtica, creería que estaba trabajando en el salón de exhibiciones.

En el restorán, vacío, restorán de entre semana, sin plato especial de domingo, Braulio la hizo sentarse en la mesa que ocupara antes con su amiga. Era aquella mesa junto al piano, reservada para los familiares de la casa, donde el músico tomaba sus consumiciones y el camarero doblaba las servilletas de papel y recontaba la calderilla. Mesa matriz del negocio, que los dueños llevaban consigo en sus traslados como mascota protectora.

Braulio, como un buen maquinista, se esforzó en reconstruir con fidelidad el decorado de la escena de otros tiempos; trasladó un búcaro de flores de papel de otra mesa a la que habían elegido porque la «muchacha viuda» lo había reconocido como cosa de la época de su amistad, envió por un número de *El Petit Journal* que la amada imposible solía leer durante las comidas; compuso el menú con los platos favoritos de la ausente e hizo tocar al pianista aquella música favorita de A.

Comenzaron a comer con esa seriedad supersticiosa que tienen los espiritistas al invocar a los muertos,

bajó la música que acompañaba el canto del propio pianista, una canción dedicada a las modelos hastiadas de trajes.

«Cuando llegue el verano
te compraré un traje de papel.»

Mientras Braulio esperaba el bocado decisivo que llevase a la memoria de ella el recuerdo clave de sus ansiedades, el silencio se embarazaba de cosas no dichas. El conocía bien el poder reconstructivo de los alimentos, ¡cuántas veces, comiendo cocido, habían surgido en su memoria los detalles más insignificantes de su vida de colegial y cómo todos los «raguts» le hablaban del día de su debut como si lo viviese de nuevo!

Sólo después de terminar la sopa de cangrejos dijo la muchacha:

—Mi amiga era verdaderamente admirable, a pesar de su apurada situación económica, le costó mucho decidirse a que le sacasen fotografías para las revistas... Tuvimos que convencerla entre todas sus compañeras y la maestra para que aceptase el negocio de los seis francos por cada «pose» ante la máquina... «Me parece una cosa inmoral»—me dijo un día aquí mismo después de tomar la sopa de cangrejos—. Eso de rodar por todo el mundo sin nombre, expuesta a las mayores calumnias, es la explotación más injusta, es la máxima reducción a la máquina humana.

Braulio no se atrevía a romper el hilo de las revelaciones. Viéndola comer los «entrecots» con patatas fritas esperó algo decisivo.

—Un día—continuó la «muchacha viuda»—la vi en casa de Bernard desnuda, después con una camisa remendada y las medias carcomidas por donde las pinchan las ligas de la faja, no pude contenerme y exclamé gritando: ¡Parece mentira que Francia tolere estas cosas!...

Aunque la comida ordinaria de las dos amigas terminaba con el segundo plato, Braulio hizo traer el pastel de gallina y el «foi-gras» que tomaban en los días extraordinarios y en algún fin de semana. También hizo tocar de nuevo al pianista aquella canción:

«. . . . . .
. . . . . .
de color amarillo claro
como la miel.»

El «foi-gras» iluminó la memoria de la muchacha, que dijo alzando el tono de la voz y acentuando su dejo fatalista:

—Una tarde de domingo me la encontré casualmente y me invitó a merendar en casa de unos tíos suyos, en las afueras de París, no recuerdo si la casa a donde fuimos era la última de la ciudad o la primera del campo, pero sé que tomamos el tranvía en las Tullerías y anduvimos a pie mucho rato hasta llegar allá... Hacía buen tiempo y yo me emocioné al ver el campo porque hacía mucho tiempo que no le veía. Ya sabe usted lo que ocurre; en la ciudad se llega a olvidar el campo o se le confunde con esas descripciones sacarinosas de la literatura: bosques, prados, valles, montes escarpados... todo menos los sencillos campos de hortalizas.

—Es preciso que vayamos allí—dijo Braulio con el gozo del que ha acertado un pleno en la ruleta de la fortuna—. Sus tíos tienen que saber necesariamente dónde se encuentra ella y hasta es fácil que la encontremos en el campo vestida con el traje de papel de la canción que le gustaba tanto.

A la puerta del «restaurant» tomaron un «taxis». Tenía un andar más mecánico que el resto de los «taxis», sin frenazos ni giros rápidos, con velocidad muy uniforme, colándose con seguridad por las grietas de la circulación. El conductor es la máquina misma—pensó Braulio—y de pronto se quedó mirando fijamente aquella mano izquierda que empuñaba el volante, una mano que daba sensación de muerta haciendo inútil el guante que la cubría... Y sin embargo, era la mano experta que daba tan buen caminar al coche, porque casi siempre estaba en la dirección, desatendiendo el claxón. Braulio fué espiando durante todo el trayecto los movimientos de aquella mano hasta descubrir que el chófer llevaba un brazo ortopédico... Este pensamiento escarabajeó en su alma: Muchas mujeres abrazadas por brazos ortopédicos aún no han descubierto el enigma del abrazo singular.

Se apearon en el último grupo de casas del «faubourg», unas casitas inconsistentes como compradas en un bazar de París. La muchacha estaba desconcertada, sin reconocer aquello como el sitio a donde fué con su amiga un par de años atrás.

—Esto está completamente cambiado—dijo al fin—, se debe de haber construído mucho, porque yo no recuerdo ninguna de estas casas; además, recuerdo

perfectamente que paseamos entre campos de hortalizas que ahora no existen por aquí.

—Entonces vamos hacia adelante hasta encontrar el campo—apuntó el ventrílocuo.

—Pero, ¿no comprende que no serán los mismos campos, porque aquéllos han quedado atrás cubiertos de casas, que son la cosecha definitiva?

—Volvamos, pues, hacia atrás para buscar la casa de sus tíos.

Se perdieron en idas y venidas inútiles, sin que nadie reconociera la fotografía que enseñaba él, y lo que más le indignaba era aquel empeño de todos en encontrar parecido a A. con sus hijas y sobrinas. La fotografía, de tanto como la miraban, se iba picando de viruela.

Por fin decidieron internarse por los campos de hortalizas para rebuscar entre las granjas.

—Hay hasta pájaros—decía la muchacha-viuda, subiéndose las faldas para cruzar las acequias.

Las acequias desembocan en los espejos como los ríos en el mar y saben los rincones más íntimos de las mujeres. Se relamen de gusto las acequias cuando las cruzan las mujeres, por haber llegado al máximo verismo de la fórmula: a los pies de usted, señora.

—Pero, ¿cómo sabes que hay pájaros?—la preguntó Braulio como esgrimiendo el buscapiés que arma las reyertas conyugales.

—¡Cómo lo he de saber!... ¿No ves tú que hay espantapájaros por aquí?

—Es verdad—murmuró él viendo la realidad de los espantapájaros.

Espantapájaros tan primitivos y andrajosos como los primeros espantapájaros que nacieron, como si no fuesen parisinos, como si no fuesen hijos de la ciudad que fabrica los mejores niños del mundo, niños solicitados en todos los mercados... Como si la civilización no existiera en la historia de los espantapájaros.

Braulio se sintió por un momento padre de todos los espantapájaros del mundo. Pensó hasta en repartir sus voces entre ellos, pero se limitó en buena caridad cristiana a poner en el pecho del espantapájaros más infeliz el magnífico brillante de su corbata... A pesar de su cara de bobo, aquél sería nombrado rey de los espantapájaros, por ser el primero que había descolgado del cielo una estrella para sí.

En aquella búsqueda el ventrílocuo parecía entre los campos ese cazador que no encuentra la pieza muerta a pesar de haberla visto caer.

A las cinco de la tarde, sólo les quedaba una granja que visitar. Al acercarse a ella Braulio sentía la emoción de la última jugada a un número forzado. La muchacha dijo con una voz que empezaba a ser distinta de su voz parisina, como si se aromase de campo perdiendo el falso dejo fatalista de imitación.

—Podríamos merendar aquí... ¿no le parece?

—Bien, puede usted hacer lo que quiera, amiga, ya todo me es igual... Ya no tengo confianza en usted. ¿Después de la inspiración frustrada del foigrás, qué puedo esperar?... ¡Parece mentira que una muchacha parisina no pueda encontrar a una amiga suya, ni siquiera la casa en donde estuvo merendan-

do con ella una tarde, lo mismo que le ocurriría a una chica de cualquier pueblo de España.

Ella rompió a llorar, se notaba que hacía mucho tiempo que no lloraba, porque su organismo femenino daba rienda suelta con placer a toda clase de gemidos. Braulio tuvo que consolarla.

—Vamos, serénese usted, comprenda que es muy lógico mi enfado.

—Quiero morirme aquí, me ha ofendido grandemente. Después de haberle ayudado con tanto desinterés, me recrimina de esa forma, como si yo tuviese la culpa de que todo esto haya variado tanto.

—Es verdad, señorita, tiene usted razón, he procedido groseramente, impulsado por la desazón de esta busca infructuosa; yo le suplico que me perdone... ¡Vamos, enjúguese las lágrimas o, al menos, permítame que se las enjugue yo!... Hermosas lágrimas; se diría que tienen valor intrínseco.

—¡Oh! ¿no comprende usted que son lágrimas de viuda?

—Es verdad, son lágrimas empavonadas—. Braulio prendió una en su corbata en sustitución del brillante.

En la última granja tampoco reconocieron la fotografía de ella. El compás de espera entre la pregunta y la respuesta fué allí abrumador, porque tuvieron que encender la luz para examinar el retrato de A.

—Si no la hubiese conocido a usted, creería que ella no ha existido—dijo Braulio cuando ya caminaban hacia la carretera para tomar el autobús.

—¡Cómo podría no existir!—contestó ella—; está bien claro que esa fotografía es de una muchacha real.

—También podría ser la de un maniquí extraordinariamente humano.

—Imposible, fíjese en las articulaciones, vea intactas las puntas de los dedos... Las articulaciones de los maniquíes se ve que están descoyuntadas como las de los funámbulos y todos ellos tienen rotas las puntas de los dedos.

Ocuparon en el autobús dos asientos delanteros, asientos con calefacción y sobre el depósito de bencina, lo que explicaba que estuvieran limpios en contraste con el resto de los asientos. Un cazador miraba con nostalgia un pájaro disecado en el sombrero de una señorita: Era la muchacha que había arrastrado aquella tarde tras de sí todos los pájaros del contorno, enamorados del ejemplar de su sombrero; defraudando de esta forma a los cazadores que tuvieron que asesinar el paisaje para que no reventaran de cólera sus escopetas cargadas desde el amanecer. El perro de aquel cazador parecía a los pies de su dueño una alfombrilla de cama.

—¿Y si la imagen de ella hubiese nacido en la entraña de la cámara obscura, espontáneamente o por sedimentación como las estalactitas de las grutas? —preguntó Braulio, recogiendo el último punto de la conversación anterior.

—No creo, esas imágenes se disuelven en los ácidos del revelado y nunca toman vida, ni siquiera nacen; son cosa muerta por naturaleza. Hay mujeres

que emplean todos los recursos contra la esterilidad, incluso el de ingerir los líquidos de los laboratorios fotográficos, cuajados de gérmenes humanos, pero pierden el tiempo.

Cuando llegaron a las Tullerías, era de noche. El autobús había remolcado hasta el cielo de París una nube pueblerina que se pinchó en la torre «Eiffel»... ¡Tan pasmada estaba la pobre nube!

Braulio acompañó a su amiga en un «taxis» hasta su casa y se despidió de ella para... siempre, junto al portal.

—Le estoy muy reconocido, siento mucho haberla molestado... ¿Cómo se llama usted?

—Helena... Helena, con H.

—Adiós, Helena, ¡qué Dios se lo pague!

Se estrecharon las manos con ese temblor que se pone en las amistades que terminan, igual que dos viajeros simpatizantes en la estación que bifurca sus caminos. Aún le llamó ella para decirle:

—Vaya usted a Viena, quizás la encuentre usted allí... Le deseo mucha suerte.

Al llegar al hotel, Braulio se sintió aquella noche más repetido que nunca en los espejos del ascensor. A él siempre le había preocupado el por qué de los espejos de los ascensores, porque todos los espejos tienen explicación menos estos. Hay algunos espejos que nacen por la misma necesidad—se decía el ventrílocuo—como los de las peluquerías, pero aquí no encuentro el motivo, a nadie le gusta verse cuando está prisionero y es inútil que muestre los desperfectos del atavío porque nadie tiene tiempo de arreglarse.

Ya en su piso, vencido por aquel enigma que nun-

ca había podido descubrir, se atrevió a preguntarle al botones.

—¡Oye, pequeño! ¿Tú que eres el sacerdote del ascensor, sabes por qué los buenos ascensores llevan espejos?

El chiquillo le guiñó un ojo y apartándose prudentemente del aparato, le dijo al oído:

—Es que de esa forma el ascensor cree que sube más gente y hace más fuerza, ¿comprende el señor? Lo hacemos para mayor seguridad de todos, porque el ascensor ciego cae muchas veces confiado.

Al dar Braulio la vuelta a la llave de luz de su cuarto, con ese girar de la muñeca que no sirve para las otras llaves, pensó que aquel día había arrancado dos grandes secretos a la vida, pero ¿de qué le servían, si no había encontrado el rastro de ella?

En su cuarto encontró más acentuado que nunca el color amarillo que los crisantemos de las paredes. Olían más a día de Todos los Santos y el grifo del lavabo que quedó abierto, producía ese «chis» del Angel de mármol que guarda el descanso de los muertos en la puerta de los panteones.

Tanto le aterró aquello, que huyó despavorido hasta el «contoir» del hotel. Reclamó su cuenta y envió por un billete para el primer tren de la mañana que saliese en dirección de Viena.

En la calle, pensó comprar un recuerdo para Helena. Fué buscando en los escaparates de las joyerías esa alhaja que borra el brillo de todos los lutos. La encontró, por fin, encerrada en un estuche que irradiaba luz. El abrir de aquel estuche parecía el interruptor que enciende la lámpara de las mil bujías.

Decidió cenar como un hombre alegre en un «restaurant» de moda para componer el menú más fantástico, a base de todos los platos de lengua imaginables, cosa que ha sido siempre la suprema aspiración de los ventrílocuos. Fué aquel el festín soñado, rociado con todas las marcas de «champagne», no por la superstición sino por ser el único vino con voz... lengua viva de los manjares.

Así, pudo Braulio casi olvidarse de A. Después, paseó su borrachera por todo París, una borrachera pacífica que le hacía saludar como si fuesen hermanos suyos a todos los capiteles de las columnas.

Cuando salió el Sol regresó Braulio al hotel para recoger sus maletas... El Sol parecía llevarlo él en aquella joya que envió a Helena con una tarjeta y un ramo de crisantemos amarillos cogidos en los campos verticales de su cuarto.

XIV.—VOZ

En Viena no había asociación de maniquíes y el ventrílocuo vió fracasar la esperanza de encontrar la pista de ella. En el consulado francés casi le pegó aquel secretario casado con una rubia, al decirle como detalle inconfundible que la Ella que buscaba tenía la mejor cabeza rubia del mundo.

Sin embargo, allí, se le ocurrió una idea genial. Como estaba en el país de la música, se hizo contratar en el Teatro Nacional y debutó una noche casi española por su color, con su magnífica voz de tenor, tanto tiempo olvidada en un rincón de su pecho.

Si ella está en Viena—pensaba el tenor—vendrá a oirme un día y yo la descubriré en seguida en la sala por la llama inconfundible de su cabellera rubia. Por eso él enviaba todas las noches entradas a las casas de modas para que las repartieran entre las empleadas.

Una tarde, en una de aquellas exploraciones que hacía Braulio a las horas de salida de las modelos, tropezó con una jovencita vienesa que parecía unida a él por la misma desgracia... Sí, efectivamente, parecían náufragos arrojados a la misma playa.

La chica no era modelo, pero trabajaba en un taller de modistería y aceptó la invitación de Braulio

para ir a pasear por el Valle Fresco, de las montañas de Buda. Ella se dejó conducir porque él tenía cara de enamorado de otra.

Ya en el coche del caballejo trotante, uno de esos caballos vieneses que parecen caminar al son de un vals de Straüs, Braulio la dijo:

—¡Señorita!, es usted la única persona que he encontrado con un amor tan imposible como el mío.

—Sí, caballero, también yo lo había advertido; se ve que su fotografía se ha enamorado, como la mía, de otra fotografía, que es el más terrible de los amores.

—Efectivamente, voy buscando el original por el mundo, aunque ya sin esperanzas.

—Es triste como mi amor, pero usted aún puede encontrarla; en cambio, yo no tengo más remedio que sucumbir a mi pasión.

—¿Acaso tampoco lo encuentra usted?

—Sí, yo sí sé quién es él y en dónde podría encontrarlo, pero el mío es un amor imposible, porque tuve la desgracia de que mi imagen se enamorase de un príncipe heredero.

—¿Quiere usted, señorita, contarme su historia para aliviar sus penas?

—Verá usted: en una visita que hizo a Viena aquel príncipe, fuimos todas las modistas a recibirle en manifestación, porque aquí todos los príncipes gozan de la simpatía del pueblo. Cuando yo le vi casi le odiaba, porque tenía una cara orgullosa que inspiraba desprecio, pero ya ve usted, poco después, apareció la fotografía del príncipe recortada en silueta sobre el fondo de millares de cabezas de modistas; la

mía tuvo la desgracia de caer junto a la suya y de esa forma se ha ido enamorando poco a poco, hasta sentirme devorada por esta pasión.

—¡Y él! ¿El no la corresponde?

—¡Ay!, él mira a otra parte, ni siquiera me ha visto y soporta indiferente mis besos cuando doblo el papel para que mis labios se acerquen a su cara.

—Es una lástima que las muchachas de Viena se enamoren siempre de príncipes.

—¡Y qué le vamos a hacer, caballero, si es la tradición de este país! Antes, al menos, nuestros príncipes se enamoraban también de nosotras, aunque después se casasen con princesas, pero ahora es terrible, porque los príncipes extranjeros no comprenden la gran opereta nacional. Pronto entraré yo en el panteón de las mujeres muertas por amor... Aquí, en Viena, no es posible tener un amor contrariado, porque nos matan los violines.

Al oir esto, Braulio tuvo la convicción de que «A» no estaba en Viena, comprendía que si ella hubiese estado allí habría muerto agudizado su mal de amores... Amor impreciso, como el que él sintió en Madrid antes de descubrir el secreto de la revista. Sí, se habría muerto, como moriría cualquier mañana su joven amiguita enamorada del príncipe.

Desde entonces, empezó a recorrer el mundo sin orientación, como en los tiempos de colegial. Braulio se convirtió en el hombre de los enlaces y volvió a ser el furgón de cola de todos los trenes y el presidente de la gran sociedad de buscadores internacionales.

Enviaba a su casa telegramas dirigidos a la gran

cama de matrimonio desde todas las capitales del universo, hasta que un día, vencido ya, comenzó a deshacer los grandes hilvanes que había tendido a través de los mapas y regresó a Madrid con la gran manada de perros que le ayudaron a buscarla a través de los desiertos y de las estepas nevadas.

XV.—VOZ

Braulio, en la tibieza grata de su casita, comenzó la tarea de reconstruir la voz de A. Limó de sus otras voces las perfecciones más salientes y las fué amasando con notas musicales y campanitas de cristal hasta conseguir la más hermosa voz femenina que hubo en el mundo. Entonces fué a ver a Max Rooder.

El empresario le recibió con los brazos abiertos en aquella casa con aspecto teatral, ahora mucho más acentuado por el matrimonio de Max con una actriz que siempre andaba ensayando sus papeles en voz alta y llevaba puesta la liga fatal que había entorpecido hasta entonces las bodas de su marido.

—Vengo a proponerle un negocio—dijo Braulio al perito en voces.

—¡Oh!, qué alegría, amigo Capitel; ya sabía yo que volvería usted a cantar... Los aplausos, ¿verdad?, los aplausos inolvidables, su significación, su arte... No podía morir todo aquello... Le espera el público... ¿Qué ha sido de la ópera desde que usted se divorció de ella?... ¡Magnífico!... ¡Magnífico!

—No, amigo Max, no es eso, se trata de otra cosa; quiero presentarme al público con una voz femenina extraordinariamente bella... Es una historia larga y

triste para mí; en otra ocasión, hablaremos de ello, ahora lo interesante es saber si usted está dispuesto a contratarme como ventrílocuo.

—¡Ah! Capitel, Capitel. ¿Por qué los artistas nunca se conforman con su arte?... Usted es tenor, el mejor tenor del mundo. El público pagará por oirle cuanto se le pida. ¿Por qué arriesgarlo todo en una nueva empresa?

—Mi deseo es presentarme al público de esta forma... Tengo la idea romántica de vengar a una mujer que ha corrido por todo el mundo muda, y sin nombre, sin poderse defender de las villanías que cometieron con ella... Ya le dije que es una historia larga y triste para mí.

—Bueno, bueno, tendré que someterme, que es lo que hacemos los empresarios siempre ante los artistas. ¿Quiere usted, al menos, enseñarme esa voz?... Pero antes tomaremos algo, si le parece, una copita de «cogñac», por ejemplo.

—No, Max, muchas gracias, ya no bebo; ya ve usted, yo, que no me he sacrificado nunca por mi voz de tenor, me sacrifico ahora por la voz de «ella», a su voz sólo le gusta el té servido en tazas pequeñas como dedales.

Max salió para encargar que preparasen el té. Braulio se acercó entonces a una ventana redonda y descorriendo el visillo miró el patio interior, como si se asomase a escena; él no podía olvidar que allí recibió la primera ovación de su vida. Vió las pesas del ascensor—grandes niveles del depósito de agua que encierran las nubes—en el momento que subía al tejado un gato inteligente. En los alambres de

tender la ropa que cruzaban el patio se iba peinando la lluvia mansa y menudita como una fricción derramada por los peluqueros de la ciudad.

Max Rooder quedó encantado con la voz femenina reconstruída por Braulio. Sin embargo, dudaba de que aquella sola voz pudiera entretener al público, pero no se atrevió a decírselo. La querrán todas las mujeres—pensaba Max—, y cuando se convenzan de que no la pueden conseguir murmurarán de ella levantando las más falsas calumnias. Mientras, Braulio hablaba de su proyecto poseído de la fé más absoluta:

—Hay que formar el decorado más suntuoso que se pueda imaginar: cortinas de perlas, espejos de oro bruñido, una lámpara de brillantes con velas de onix encendidas en rubíes... Me dará guardia en escena la gran manada de perros lobos que me ayuda a buscarla por los desiertos y estepas nevadas... Yo dialogaré con la voz de A., voz sentada en un palanquín radiante como los que usan los astros en sus bodas...

—Bien, Capitel, bien; intentaremos el negocio, usted ya sabe que yo no puedo negarle nada, pero Dios quiera que no se tenga que arrepentir de estas andanzas... El dinero es sabido que no entiende de romanticismos.

Braulio regresó a su casa para ir perfeccionando los detalles del debut. Pero, antes de entregarse a su tarea, entró en las habitaciones de los muñecos para aplacar sus remordimientos de padre ingrato. A todos les hizo besar aquella hermosa voz femenina. Es la voz de vuestra madre—les decía—; yo hubiera querido traerla a ella para que os cuidase, pero no la en-

cuentro, no la encuentro, hijos míos; rezar vosotros para que aparezca.

La muñeca rubia quiso quedarse con aquella voz, con esa obstinación caprichosa de ciertas niñas que quieren las alhajas de sus madres y hay que castigarlas para que desistan de sus disparatados empeños.

* * *

Por toda la casa tenía Braulio fotografías de A., rodeadas de flores. Se ponía en la mesa un cubierto por si ella llamaba a la puerta de improviso y en la cama de matrimonio quedaba todas las noches la bata de crespón azul con la «A» marcada en blanco, y las zapatillas de felpa de seda a sus pies. Quiero —se decía Braulio—que si viene un día al descubrir el secreto de su amor, como yo lo descubrí, sepa que aquí todo le esperaba.

Y el ventrílocuo, tan escondido antes para que nadie le molestase, lanzaba ahora su dirección a los cuatro vientos para que ella tuviese una pista si llegaba a comprender que su amor pertenecía al tenor Capitel.

...¡Cuántas noches Braulio se tiró sobresaltado de la cama, al oir ladrar a los perros instalados en el jardín, creyendo que habían venteado el rastro de «A»!

XVI.—VOZ

El día del nuevo debut fué una jornada magnífica, un espectáculo que guardarían en su memoria durante mucho tiempo los aficionados al buen arte. Todo se hizo como Braulio había imaginado: el decorado fastuoso, los perros-lobos sobre taburetes de distinta altura, formando una pirámide, con las lenguas encendidas entre los blancos colmillos, como emblemas de la ventriloquía...

Braulio reprodujo el diálogo de su amor imposible. La voz de ella, desde el primer momento, se adueñó de los corazones. Todas las señoras hubiesen querido apoderarse de aquella voz maravillosa, una voz capaz de conseguir todas las peticiones hasta del marido más tacaño. La gran duquesa rusa jugueteaba con el pendantif de brillantes, tan grandes como la lámpara central y hacía guiños al palanquín de donde salía la voz de «A», intentando seducirla para que fuese a su garganta empedrada de joyas.

Un joven marqués de cabeza afeitada, el clubman más elegante y pendenciero de la ciudad, envió por un ramo de flores para ofrecerlo a la voz maravillosa que ya amaba apasionadamente.

Cuando se corrieron sobre la escena las cortinas, magníficas cortinas de plumas de loros y papagayos

que parecían alas, estalló la ovación, discreta como de gente emocionada y elegante que aplaude con los guantes puestos. Braulio procuraba inhibirse indicando el palanquín de la voz, como hacen los actores y los autores, ofreciendo las palmas al compañero o colaborador...

...A pesar de todo. Max Rooder tenía razón; en las noches sucesivas el público fué mostrándose cada vez más descontento y llegó un día en que ya no interesaba a nadie el diálogo enternecedor de Braulio con «A».

Las señoras comenzaron a murmurar de la voz femenina que nunca podrían conseguir:

—Es una voz empalagosa—decían—; será capaz de hacernos a todas diabéticas y entonces, ¿qué insulina será suficiente para curarnos este empacho de dulce?

Los caballeros decían despectivamente de aquella voz, como de las mujeres bonitas pero muy virtuosas que no conseguían: es una voz hipócrita, como aquella de Eva tentando a Adán. Después, añadían:

—Si ese hombre tiene la suerte de disfrutar la voz de mujer más bonita del mundo, ¿por qué se empeña en mostrarla? ¡Que se la guarde!... ¿Para qué tenemos que escuchar las ternezas que le dice esa voz, mientras a nosotros nos regañan nuestras mujeres con sus voces agrias?

* * *

Cierta mañana se presentó en casa de Braulio un señor, solicitando verle. Era un hombre que llevaba

impreso en la cara el misterio de su visita y que se negó en rotundo a dar su nombre al jardinero-criado.

El ventrílocuo le recibió en el saloncito amarillo, con cierta inquietud... Temía que fuese un hermano de aquella mujer que se acercó a la ventanilla de «El Tren Expreso» para dar al amante la noticia de la muerte de Constancia. Ambos se saludaron con una inclinación de cabeza ceremoniosa, que presagiaba la gravedad del asunto que iban a tratar.

—¿No me reconoce usted?—preguntó el visitante con voz opaca, una voz como estéril que hirió los oídos de Braulio, acostumbrados a las buenas voces.

—No tengo el gusto de recordar su cara, caballero; no obstante, creo que no me es completamente desconocida... Si usted tiene la bondad de explicarme... Pero siéntese, se lo ruego.

—Señor mío, el asunto que me trae aquí es sumamente delicado y grave—dijo el visitante sentado en frente de la ventana apaisada, dando la espalda al campo, como si se encerrase en el marco de uno de esos retratos al óleo que tienen por fondo un paisaje injustificado.

—Espero sus palabras, le confieso que me tiene sumamente interesado.

—Ante todo, usted me permitirá hacer un poco de historia, aunque solamente sea la necesaria para que quede completo el sentido de mi visita.

—Usted dirá.

—Pues bien, ¡don Braulio Capitel!, yo soy el dueño de aquel colegio que usted seguramente recordará con remordimiento: «La enseñanza lírico narrativa».

—Indudablemente, lo recuerdo, como le reconozco a usted ahora—Braulio había descubierto por fin la acuosidad de aquellos ojos inconfundibles del director, mirando a través de los lentes.

—Me congratulo de ello; tanto mejor para que lleguemos a entendernos. Usted, señor Capitel, fué internado por su padre en «La enseñanza lírico narrativa» para que le diésemos educación. Recuerdo que usted fué un buen muchacho y hasta fué elegido, si la memoria no me es infiel, guión de la ruta escolar; lo que no me expliqué nunca hasta ayer fué el fracaso de sus exámenes. Pero ahora lo sé todo, y como además estoy dispuesto a todo, he venido a verle para que solventemos una deuda antigua que existe entre nosotros...

—Mi querido director—se apresuró a atajar Braulio—, yo le agradezco su intención y me doy por satisfecho con su propósito de rectificar su opinión sobre mi persona, pero, ¡después de tanto tiempo!, ¿para qué insistir sobre ello?, ¿no le parece?

—Es inútil que trate usted de despistarme con esa inocencia fingida, señor Capitel; ya le dije antes y le repito ahora, que lo sé *todo* y estoy dispuesto a *todo*. Aun con toda su hipocresía, debía comprender usted en estos solemnes momentos de lo que es capaz un padre ultrajado.

—Le digo a usted que no entiendo una palabra de esto, señor director, y le ruego que tenga usted la bondad de añadir alguna explicación a sus palabras.

—Ya que me obliga a ello, seré más claro: Durante su estancia en mi academia, nació mi hija Anita, como sabe usted perfectamente. Usted tampoco igno-

ra que mi única hija, a la que quiero sobre todas las cosas, es muda... Pues bien, señor Capitel, ¿quiere usted decirme por las buenas donde está la voz de mi hija?

—¡Y cómo iba yo a saber semejante cosa, caballero!

—Usted es ventrílocuo.

—No veo que tenga esto ninguna relación con la mudez de Anita.

—¡No lo ve usted!... ¡no lo ve!... pues se lo diré más claro a ver si me entiende ahora: usted fué el que le robó la voz a mi hija.

—¡Caballero!, esa acusación se la tolero porque le ciega su amor de padre, pero no estoy dispuesto a volverla a oir.

—Y, sin embargo, yo estoy dispuesto a repetirla no una, sino cien mil veces, y además, estoy dispuesto a demostrarlo y hasta señalar el momento en que usted cometió el delito.

—¿Cuándo? ¿Cuándo cometí yo semejante robo?

—Aquel día en que yo, tratando a mis alumnos con cariño paternal, permití que entrasen en la alcoba de la pequeña para darle un beso de bienvenida a este mundo. Sí, señor, usted, don Braulio Capitel, abusó vilmente de mi confianza y ha permitido que pasase mi vida desesperado sin poder acertar la causa de la incomprensible mudez de mi hija. Por fin ha llegado mi hora y figúrese usted de lo que seré capaz para devolver a mi hija el habla.

—Todo esto es risible, señor mío; no estoy dispuesto a tolerarlo ni un minuto más—terminó Braulio levantándose.

—Usted comprenderá que un padre no se confor-

ma con esas palabras cobardes y que, cuando ha venido a verle venciendo la repugnancia de encontrarse frente a frente con el criminal que ultrajó a su hija, ha de ser para algo más substancioso.

—Pero, ¿qué es lo que quiere usted de mí?

—Que se case con mi hija.

—¡Caballero!, usted delira... Me niego en rotundo; aunque no fuera por otras razones, ¿acaso no ve usted que esta casa está llena de la memoria de la mujer que amo?

—Pero usted es soltero y tiene la obligación de casarse con mi hija... en caso contrario...

—En caso contrario, ¿qué?

—Me veré obligado a llevarle a los tribunales.

—Pero eso es absurdo; ¿qué pruebas puede usted presentar para apoyar sus pretensiones?

—Además de las que ya expuse antes, hay otra prueba más fundamental y decisiva.

—¿Cuál? ¿Cuál?—gritó Braulio en el colmo de la desesperación.

—El testimonio de mi propia hija, que anoche en el teatro reconoció su voz en boca de usted.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Comprenda usted que todo esto es un desvarío de padre dolorido.

—Yo sólo comprendo, don Braulio Capitel, que los hombres deben ser responsables de sus actos y que, ya que yo estoy dispuesto a transigir con el matrimonio, debía de agradecérmelo, puesto que podría llevarle a la cárcel... En fin, como espero que la reflexión le hará más cuerdo, volveré mañana por su respuesta... Buenas tardes.

Las manos del director, que habían dominado la

salita por completo con aquellos ademanes que acompañaron las palabras, dejaron un vacío tan grande como si la casa se hubiera deshabitado.

Braulio quedó anonadado en su asiento mirando fijamente la última línea del horizonte, con una mirada abstracta de aquellos ojos de enfoque infinito que heredó de su padre. Aunque él esperaba que su inocencia resplandecería le molestaba verse prendido por las arañas del proceso con que le amenazaban y sobre todo, le molestaba que su voz femenina rodase por los juzgados convirtiéndose en cosa traída y llevada por todo el mundo.

Para colmo de las desesperaciones del ventrílocuo, aquella noche en el teatro el público estuvo casi hostil con la voz de «A». Era una voz demasiado bonita para no encrespar la envidia de las gentes y Braulio tuvo que abofetear al joven marqués elegante y mujeriego que entró en el camerino violentamente buscando la mujer dueña de aquella voz que amaba con pasión. El marqués no podía creer que todo fuese un fenómeno de ventriloquía. Gracias a Max Rooder la cosa no tuvo mayores consecuencias, pero Braulio advertía ante todo aquello que la opinión pública le sería desfavorable caso de ir al pleito.

No pudo dormir; se pasó la noche apretado contra la almohada que ocupaba el puesto de «A» en la gran cama de matrimonio.

—Mañana vendrá él—se repetía Braulio estúpidamente, mirando iluminada la pantalla de seda amarilla que simbolizaba la cabellera rubia de «A»... aquella cabellera rubia que un usurero intentó comprar en un millón de francos.

Hasta los perros estuvieron inquietos aquella noche terrible cargada de amenazas...

Al día siguiente volvió el director de «La enseñanza lírico-narrativa». Había sustituído la americana y el sombrero de fieltro de su primera visita por la antigua levita que usaba en las fiestas del colegio y la chistera vieja, que es el sombrero de los grandes acontecimientos. El director de la academia sabía bien lo que intimidan las chisteras, sobre todo las chisteras viejas como la suya que parecen simbolizar con sus brillos apagados lo caduco de las glorias mundanas.

—Vengo por su contestación—dijo el padre de la muda rechazando el asiento que le ofrecían.

—No puedo, no puedo casarme—murmuró Braulio desfallecido.

—En ese caso permítame que me retire y... aténgase a las consecuencias.

—Espere un momento, quizás haya un medio para arreglar este asunto, yo comprendo que le ciegue a usted el amor de padre, pero no comprendo que continúe pensando cosas semejantes después de oirme.

—Pierde usted el tiempo, señor Capitel, yo necesito una reparación...

—Atiéndame, yo no tengo la voz de su hija pero...

—Le dije y lo sostengo que usted tiene la voz de mi pequeña.

—No me interrumpa, pero estoy dispuesto a ofrecerle parte de mi fortuna si usted desiste de ese pleito inverosímil que ningún tribunal del mundo sería capaz de fallar en su favor.

—¡Caballero!, me está usted ofendiendo, y lo que

es peor, demostrando un cinismo que me hiela la sangre, tanto, que de ninguna forma le aceptaría ya como yerno, a no ser, a no ser... por el amor que mi querida Anita siente por su verdugo.

—¡Amor!... ¡Amor! ¿Por quién dice usted que siente amor?

—Por usted, sí, amor por usted desde que le vió trabajar con su voz en el teatro. Ayer mismo me confesaba encendida en rubores: «Papá, el beso que me dió Braulio cuando era pequeñita lo siento en la frente como si fuera una estrella».

—¡Dios mío!... ¡Dios mío! Tenga usted compasión de mí; por favor, hágase cargo de mi situación, yo soy el más inquietante de los viudos porque mi amada puede aparecer de un momento a otro. He corrido por todo el mundo buscándola y un día quizás llame a mi puerta como esas mujeres que llegan después de años de ausencia a su casa, habiendo desaparecido en un naufragio... En último término, ¿qué conseguirá usted con el escándalo, haciendo rodar a su hija por las salas de justicia?

—El tiempo dirá lo que conseguiré, señor Capitel... el tiempo lo dirá.

XVII.—VOZ

Braulio salió en busca de un abogado. Un gran criminalista de la escuela de Lombroso, autor de cierta exposición de delincuentes tatuados, por la que desfiló toda la buena sociedad femenina. Era un hombre muy grueso, capaz de inclinar, como un buen carnicero, la balanza de la justicia al lado de su gusto. Cuando le condenaban a algún cliente conseguía por lo menos, para él, un trato especial en los penales.

En la sala de espera del célebre abogado, bajo la greca de aquellas enormes letras que componían, reformado el viejo aforismo: «*Odia el delito, compadécete a ti mismo*», el ventrílocuo fué mirando con interés las fotografías de los criminales más célebres dedicadas cariñosamente a su defensor. Después, para calmar la impaciencia de la espera, intentó leer una revista atrasada claveteada de miradas torvas. Ya había comenzado a leer un cuento cuando se le acercó un anciano, la única persona que con él estaba en la sala.

—¡Caballero!—dijo dándole unos golpecitos en la espalda—; permítame que le dé un consejo; mi edad casi me autoriza para ello.

—Bien, puede usted decirme lo que sea.

—Pues hágame caso y no lea nunca las revistas de las salitas de espera.

—Pero ¿por qué motivo?

—Es sumamente peligroso, créame; esa es la causa de que me vea yo aquí, no por mí, sino por un motivo todavía más triste... Vengo a rogar a don José que se interese para que le llegue el indulto a un pobre hijo que tengo siete años en prisiones.

—Explíqueme el caso, buen hombre; le atiendo con mucho gusto.

—Pues verá usted, señor, mi hijo fué siempre un hombre honrado a carta cabal, hasta que en cierta ocasión cometió la imprudencia de comenzar a leer un cuento en cierta revista atrasada que encontró en la sala de espera de su dentista... Momentos antes de terminar la lectura, le tocó el turno y el cuento quedó incompleto en su cabeza; desde aquel momento, el desenlace de aquella narración, la más interesante de todas, se convirtió en una pesadilla atormentadora para mi hijo... Fué inútil que buscara la revista, había desaparecido de la salita de espera y él ni recordaba su título ni el lugar ni fecha de su publicación.

—Pero, ¿cuál era el desenlace?—preguntó Braulio intrigado.

—Lo ve usted, caballero, si a usted le interesa saberlo sólo por oirme a mí; figúrese lo que le interesaría a mi pobre hijo cazado en aquella extraña intriga del cuento... El desenlace no lo supimos nunca a punto fijo. Yo sólo sé que el argumento de aquel cuento trataba del asesinato cometido por un hombre y que mi hijo había leído hasta un renglón con le-

tras mayúsculas que decía: «¿SABEIS LO QUE SINTIO AQUEL HOMBRE AL CONTEMPLAR LA VICTIMA A SUS PIES?»... ¡Oh! caballero, qué inquietud la de esa interrogación nunca contestada... Para no cansarle, le diré que mi hijo se pasó varios años de su vida preguntando a los amigos: «¿Sabéis lo que sintió aquel hombre al contemplar la víctima a sus pies?», y nunca pudo obtener una respuesta satisfactoria... hasta que un día, no pudiendo ya vivir con aquella interrogación terrible en su cabeza, final del cuento incompleto, mi hijo se vió obligado a asesinar a un hombre para encontrar el descanso... Le vi entrar en casa gritando: «Sintió alivio, un alivio extraordinario, por haber llegado al término de sus propósitos, por encontrarse ya en la meta de su camino».

—En realidad—confirmó Braulio—todos sabemos que el fin de una cosa es extraordinariamente sedante, como todo lo definitivo... Hasta el infierno es bueno, porque está libre del más allá.

Después de una gran pausa, Braulio, viendo llorar al pobre viejo, arrojó con asco la revista sobre la mesa y se consideró feliz entre tanta desgracia como rezumaban las paredes de la casa del célebre criminalista.

Cuando el viejo desapareció por esa puerta de las consultas que sólo tiene dirección de entrada, se quedó mirando fijamente los cordones de sus zapatos:

—Hay que comprar otros—se dijo convencido—y esperó pacientemente contando los nudos de la madera del pavimento.

La noche fué asaltando lentamente la salita de es-

pera, hasta cegar por completo los balcones. Braulio buceó con sus ojos las sombras para descubrir el botón de la luz eléctrica que con el grifo constituyen la única imitación perfecta que ha conseguido el hombre de los milagros de Dios; pero el botón permanecía oculto como si fuese hermano de los resortes que abren el camino de la fuga a los grandes ladrones, y Braulio tuvo que sentir sobre sí ese miedo infinito que se apodera de los hombres cuando les sorprende la noche en sitio extraño.

Al abrirse la puerta con el grito mecánico del pasante: «El primero», Braulio atravesó el umbral como si llegara de otra ribera. Como un sediento se acercó al manantial de la lámpara que proyectaba sobre la mesa del abogado una rica linfa desparramada en cascada hasta el suelo... Se paladeaba aquella luz como si fuese agua azucarada.

El criminalista le hizo sentar en un sillón que sugería la idea del sillón electrocutador, y Braulio empezó despacio su relato para no olvidar ningún detalle, aunque su pensamiento se empeñaba como nunca en dar aquellos saltos de canguro que le eran característicos.

—De manera—dijo el abogado cuando terminó su cliente—que nos hallamos ante un caso que se puede calificar como delito contra la integridad de la persona, o como delito de robo, con la agravante de abuso de confianza número 10 y la agravante número 20, «desprecio del respecto que por la dignidad, edad o sexo... o en su morada...»

—¡Cómo!... ¿También usted cree que he cometido un delito?

—Quiero decir que esos son los delitos que le pueden impugnar los contrarios, según usted me ha referido los hechos... Por lo demás, yo espero que usted tendrá confianza conmigo para decirme la verdad, advirtiéndole que a usted le conviene más que a mí ser sincero para que la defensa sea eficaz.

—Soy inocente, se lo juro a usted... No comprendo cómo se me puede acusar delito semejante; yo creí que únicamente un padre cegado por el dolor podría pensar semejante absurdo, pero nunca un abogado, ni comprendo cómo puede aceptar un tribunal tal denuncia... El mundo está viendo continuamente espectáculos de ventriloquía y que yo sepa, nunca se ha dicho que el ventrílocuo fuese un ladrón de voces humanas.

—Evidentemente, pero quizás ese pensamiento que usted termina de formular esté en el ánimo de la sociedad y alguna vez había de ser la primera en que estallase su rencor por la injusticia que supone la propiedad exagerada de voces.

—¡Dios mío! ¡Nunca pensé que se pudieran considerar como delitos cosas semejantes!

—Amigo mío, si usted hubiese oído tantos casos como he oído yo en esta silla, estoy seguro de que calmaría su extrañeza. ¡Hay tantísimos crímenes que empiezan a ser imputables!... No hace muchos días el Ayuntamiento de un pueblo acusó a un pintor de haber desteñido los paisajes y el cielo, robando los colores naturales para sus lienzos. A pesar de toda la energía puesta por mí en la defensa, lo condenaron, porque los paisajes y el cielo de aquel pueblo estaban efectivamente desteñidos y los peritos tu-

vieron que declarar en contra del acusado... ¿Para qué iba mi cliente a emplear tal superchería, fabricándose tan buenos colores al óleo?—preguntaba yo—, y el pintor a su vez juraba que era inocente, y yo así lo creo... pero... Si viene usted mañana verá que en ese cuadro—señaló uno que aparecía en el testero principal—ha amanecido. Le podría citar cientos de casos como éste. ¿No ha leído usted en la prensa de hoy la captura del ladrón que desde hacía tiempo venía robando a la ciudad una hora diaria, adelantando los relojes públicos?... ¿Y el asesinato frustrado no hace muchos meses contra un retrato del Museo del Prado, para robarle un collar de perlas valuado en seiscientas mil pesetas?... ¿Y aquel chófer que destripó por venganza en la vía pública a su automóvil, chófer condenado a doce años de cárcel?... ¿Y el señor deportado por haber estornudado en la calle, hallándose enfermo de gripe, lanzando contra las gentes con el pulverizador de su nariz, millones de microbios?... ¿Y el cazador que asesina millones de ondas hertzianas, delito calificado de imprudencia temeraria?... ¿Y los defraudadores que abren sus ventanas para robar parte del alumbrado público?... ¿Y el delito de seducción que empezó recogiendo el código japonés, que es sino darles la razón a esas mujeres que se quejaban de haberles sido robados sus corazones?... Créame, amigo mío, sería interminable esta relación de nuevos delitos, unos recogidos ya en los códigos modernos, otros formando doctrina de jurisprudencia, algunos, próximos a ser recogidos por las leyes y desde luego todos vivos en el ánimo de las conciencias colectivas.

—En usted confío—suspiró Braulio.

—¿Sabe quién es el abogado de la parte contraria?

—No lo sé, todavía no lo sé.

—Pues, nada más por hoy, estudiaré con cariño el asunto y le prometo que no he de regatear los esfuerzos para defenderle; el caso es bonito y bastante nuevo... Cuando usted sepa el nombre del otro abogado, venga a verme. Buenas tardes.

Se estrecharon las manos con calor, con ese entusiasmo que parece dispuesto a soldar los dos brazos. Braulio salió de aquella casa más acongojado que había entrado. Ahora se daba cuenta de cuanto amaba a la voz femenina, por lo menos la amaba tanto como a la amada imposible a la que pertenecía. Le aterraba la idea de que pudieran quitársela y se llevó la mano izquierda al pecho apretando fuerte contra sí, como ese señor que se dirige al Banco para hacer una imposición importante.

Iba Braulio mirando con cariño las bocas de riego, con voz de agua, como si ellas fuesen compañeras suyas.

Llovía dulcemente, el viento no podía sacar más agua de aquel ordeñe de nubes. A Braulio le parecía todo manchado de barro, hasta las conciencias de las gentes que se rozaban con él. En todas partes se hacía el barro odioso, excepto en las medias de seda de las mujeres; allí recordaba el barro a los hombres que de él nos hizo Dios y marcaba la diferencia capital entre el día y la noche, que tanto ha preocupado a algunos pensadores, porque por la mañana—pensaba Braulio—, todas las mujeres llevan medias de algodón, y en cambio las mujeres, por las tardes,

llevan medias de seda... El barro resulta repugnante en las medias de la mañana y en cambio, en las medias de la tarde, les presta encanto de vírgenes caídas.

Los brazos en alto ostentaban los paraguas como si empuñasen el timbre de alarma de los ferrocarriles.

Braulio tomó el tranvía junto a la fuente de La Cibeles: un abrevadero exagerado para los pájaros de la ciudad, esos pájaros con la circulación reglamentada y educados hasta olvidar las volteretas de burla que hacen los auténticos pájaros del campo. El ventrílocuo se prometió no salir más sin su automóvil azul, porque se daba perfecta cuenta de que todos los vehículos son inteligentes menos el tranvía, que es el vehículo acéfalo, igual por ambos extremos y preocupado siempre con obstinación infantil en remarcar sobre el cielo con el trole el trazo negro del cable.

* * *

¿Qué tenía su casa aquella noche que daba la sensación de esas casas que llevan puestas las etiquetas blancas del: «Se alquila»? Y por dentro, ¿qué comezón era la que sentían los muebles, como removidos, sin aire de estabilidad como los muebles de las casas en mudanza?

Aquella noche era inútil la llama encendida en la chimenea del «hall», la casa estaba fría y los espejos turbios, como espejos con fiebre.

Braulio creyó enloquecer cuando de pronto brilló

en su cabeza, con luminosidad de cohete, uno de esos pensamientos que convierten al individuo en una girándula: ¿Y si la voz femenina fuese efectivamente aquella voz pequeña y blanca como un jazmín que se entró por mi oído como un ratón siendo yo colegial?... ¿Y si aquella pequeña voz, ya mayor ahora, fuese en realidad la voz de la mudita que andaba perdida por la casa? De ser cierto esto, sería horrible la separación entre la mujer amada y la voz conseguida, la voz también amada ya sobre todas las cosas. Pensó ir a ver a la muda para contrastar la voz con la persona de ella, para ver si había correspondencia... Durmió sobre los pinchos de sus inquietudes.

XVIII.—VOZ

Aprovechando esa hora en que el Sol recoge su luz para guardarla en las arcas de la noche, Braulio llegó a la calle de casucas míseras y tapias con fronda de árbol en lo alto. Efectivamente, tenía razón el profesor brillante, aquella casa parecía acribillada a balazos.

Espió los balcones hasta verlos encendidos en tira de arriba a abajo, con ese orden que ponen en la iluminación de sus balcones los edificios ocupados por una sola familia. La tira de balcones iluminados daba la sensación de una cinta de película, magnífica película sin epígrafes y de la que Braulio hubiese querido filmar la última escena, la del beso largo, con la muchacha que había aparecido en el balcón del segundo piso.

Las escenas que se animaban tras los cristales de los balcones aparecían imprecisas, como difuminadas con esa niebla que borra los contornos en buena técnica cinematográfica.

¿Será la mudita?—se preguntó Braulio contemplando absorto la muchacha del segundo piso—. ¡Ay!, debe de ser ella, porque la contemplo como los criminales a sus víctimas... ¡Dios mío!

Poco después vió el ventrílocuo salir al director de

la academia, arrollándose la bufanda al cuello con un gesto tan desesperado, que parecía que se iba a ahorcar. Entonces se acercó él inconscientemente al portal negro. Ella continuaba en el balcón como imantada. Braulio no se daba cuenta de lo que hacía, dominado por la idea de contrastar la voz femenina con la mudita. Sí, quería a todo trance poner frente a frente la voz con la mujer.

Pasó Braulio frente a la garita en donde estaba el portero cojo, mirando fijamente el brasero, asomado a él como al brocal de un pozo, con ese gesto de usurero que tienen los que se asoman a los braseros, siempre recontando las brasas como monedas encendidas.

Llamó al timbre de la puerta de las habitaciones particulares del director, era un timbre que sonaba «opaco», como si el padre molesto por la mudez de su hija lo hubiese envuelto entre algodones. Le abrió una criada que no era la misma que él conoció en sus tiempos de colegial, pero, que sin embargo, parecía la misma.

—Deseo ver a la señorita—dijo Braulio con aplomo.

La criada se encogió de hombros y le pasó a una salita empapelada de azul. Por todas partes se notaba la bancarrota y además olía desesperadamente a guisos, unos guisos más pobres que los de la infancia del ventrílocuo... El tufo a niño de escuela subía de la planta baja, filtrándose por las rendijas de las puertas como un escape de gas.

Por fin apareció ella. Traía rumor de sedas interiores y un traje que se advertía estaba recién descolgado de la percha. Era bonita, de un bonito sin retoques, como bonito de nacimiento. Era la mudita

aristócrata de lo bonito, no como otras que semejan nuevas ricas de su hermosura. Braulio la saludó con la voz trémula; ella no dejaba de mirarle, tenía unos ojos azules grandes, un ejemplar de esos ojos que sólo pueden conseguir las mujeres que no se evaporan en palabras. Lo extraordinario fué que Braulio se contestó a su mismo saludo con la voz femenina.

—Debe usted perdonarme que haya venido a molestarla, señorita—dijo la voz masculina entablando el diálogo—; soy víctima de una acusación injusta por parte de su padre y necesitaba justificarme ante sus ojos.

—Lo sé, Braulio—contestó la voz femenina con gran asombro del ventrílocuo—, es usted el que debe perdonar a mi padre, el pobre está ciego de dolor por mi mudez.

—Lo comprendo, señorita; créame que mi mayor gusto sería ofrecerle esta voz que usted ha reconocido como suya, pero hay razones poderosas que me lo impiden; yo siempre he creído que esta voz pertenecía a otra mujer... y además, aunque se la diese a usted, no le serviría de nada, porque las voces de los ventrílocuos son como los animales amaestrados de los circos, que sólo obedecen el mando de su domador.

—Nada le pido ni nada le reprocho, pero quiero advertirle que esa voz es mía; bien sé que usted no tiene la culpa de tenerla, bien sé que no es cierto, como asegura mi padre, que me la ha robado usted, pero sí es cierto que esa voz me correspondía a mí y que antes de llegar a mi garganta, anidó en la suya como garganta predilecta de las voces.

—¡Y qué hacer contra eso!

—Nada, sólo le pido que, pase lo que pase, no me juzgue mal ni me crea cómplice de mi padre. Ahora márchese, porque puede venir de un momento a otro y le irritaría mucho verle aquí.

Braulio hubiese querido continuar hablándola, pero ya sus palabras abortaban en la garganta. Salió, pues, de aquella casa tan triste como años atrás había salido de colegial.

Soy un estúpido—se repetía por la calle—, mi voz se ha dejado seducir por la hermosura de ella, pero no le pertenece porque yo amo a otra, sí señor, amo a «A.», y si esta hermosa voz, tan envidiada por todas las mujeres, no fuese la de mi amada, yo sería capaz de robársela a quien la tuviera para ofrecérsela a ella.

Cuando llegó Braulio a su casa sentía la desazón del marido que ha engañado a su mujer por primera vez. Hizo penitencia por haber ido a ver a la muda, llenándose los ojos con las fotografías de «A.» y durante la cena, reprodujo con más ahinco que nunca el diálogo exaltado de sus dos voces quejándose del amor imposible.

Antes de acostarse contempló las dos fotografías enamoradas de la revista. Se advertía que cada vez estaban más consumidas, más cadavéricas... En un arranque violento llamó por teléfono a su abogado y aunque no le contestaron, gritó fuerte para que toda la casa se enterase bien de que permanecía fiel a «A.»:

—HAY QUE DEFENDERSE... HAY QUE DEFENDERSE.

XIX.—VOZ

Le entregó a Braulio el criado jardinero la tarjeta de un visitante. El nombre de aquella tarjeta era uno de esos nombres fabricados en serie a troquel; seguramente habría millares de hombres que se llamasen igual, pero la palabra abogado adquiría al pie de aquel nombre una intención más aviesa que de ordinario y parecía saberse de memoria los laberintos de los códigos.

—Vengo sin el consentimiento de mi cliente—dijo aquel abogado, que llevaba impresa la transacción en su persona—, y vengo animado del mejor espíritu para intentar un acuerdo antes de entregar al Juzgado la querella, señor Capitel; sabido es que la peor transacción es mejor al fallo más favorable, eso es...

—Estoy dispuesto a defenderme—gritó Braulio.

—En ese caso no tengo más que decir y voy a cumplir con mi deber entregando los documentos.

—Antes, señor mío, es necesario que hablemos, porque quizás a usted le convenga también oirme a mí.

—Lo que usted quiera, caballero, pero ya sé de antemano que usted me explicará el asunto de forma diametralmente opuesta a como lo hizo mi cliente; comprenda que si no fuese así no me encontraría yo

aquí en estos momentos... Los pleitos ya se sabe que son la misma verdad vista desde planos diferentes. En este caso, señor Capitel, debo advertirle que no se trata de un pleito civil cualquiera, es asunto de interés para la misma sociedad, por eso, precisamente, yo creí favorecerle al venir para ver de llegar a un acuerdo.

—Pero, ¿en qué razones puede usted apoyarse para defender una cosa tan absurda?

—Sobre todas las razones de derecho que, naturalmente, me reservo, hay una fundamental, y esa es la que he tenido siempre como norma de conducta: la razón suprema de hacer que resplandezca la justicia.

—¡¡¡La justicia!!!

—Sí, señor; la justicia, que cada vez se hace más perfecta al fundir su significado con el de la palabra igualdad, y ha de saber usted que la igualdad anhelada no es solamente la del capital, sino la igualdad universal, hasta la igualdad de belleza. ¿No comprende usted la tiranía que supone su tesoro de voces cuando hay tantos miles de personas que no disponen ni de una voz?

—Pero yo no tengo culpa de que Dios haya puesto esa facultad en mi garganta.

—Lo mismo dicen los capitalistas cuando invocan a Dios como autor del régimen constituído.

—Pero ¿qué opinión será capaz de sentir esas ansias de igualdad que usted defiende y en qué forma sería posible establecerla?

—La forma de establecerla no es otra que la que pide mi cliente: el matrimonio, como lo es en los de-

litos de rapto, violación y estupro. En cuanto a la opinión, que se preocupa por estas injusticias, es la misma opinión pública, y para que se convenza, le traigo varios periódicos que apoyan cuanto digo.

Braulio leyó en aquellos periódicos que le entregaba el abogado los grandes titulares señalados con lápiz rojo: «En un establecimiento de sordo-mudos se amotinan los reclusos y asaltan las calles de la población reclamando violentamente sus voces»... «Horroroso crimen. Un ventrílocuo ha sido asesinado durante una representación teatral por un mudo sabio que declaró no poder resistir el oir a su voz expresar tantas tonterías. El mudo fué absuelto»... «Una manifestación de mudos ha desfilado ante la estación emisora de radio P. S. 4 en señal de protesta contra esa voz universal que se adueña del mundo»... «Audaz asalto a una casa de gramófonos por una sociedad de mudos»... «Se vienen repitiendo los hallazgos de bombas debajo de las butacas destinadas a los espectadores sordo-mudos en el Teatro Tricolor de Hamburgo»... «Tarragona. Una mujer muda mata a su cotorra y se suicida acto seguido». «California. Un orfeón es tiroteado por la sociedad de protectores de la mudez».

El ventrílocuo quedó con el ánimo sobrecogido después de la lectura de aquellas noticias. El abogado se aprovechó del momento para insistir.

—Comprenda usted cuánto le convendría una transacción.

—Pero, ¡qué transacción si me exigen el matrimonio!

—Si, en realidad estos asuntos, como dice el có-

digo penal en su artículo 463 refiriéndose al estupro, violación y rapto: «El perdón no se presume sino por el matrimonio de la ofendida con el ofensor»... Yo quería decirle que mi cliente pasaría por todo en cuestión de capitulaciones matrimoniales.

—Dígale usted que yo estoy dispuesto a darle media fortuna mía para que me deje en paz.

—Desde ahora le aseguro, señor Capitel, que es inútil su ofrecimiento.

—En ese caso no tengo más que decir... Los tribunales juzgarán, aunque le aseguro que tengo la conciencia tan tranquila que nada temo.

—No lo dudo, caballero... Pero muchas veces el fiscal... En fin, sea lo que usted quiera.

—¡Como si fuera fácil pasar por la imposición de un matrimonio!—dijo Braulio para sí.

—También yo lo comprendo, caballero; no es fácil casarse cuando no se ama.

El abogado salió derrotado, sin conseguir la transacción, que era su característica. Braulio le vió salir con los mismos ojos con que Cortés contempló el incendio de sus naves.

* * *

Braulio veía acercarse con horror el día de la vista causa. Le había sido concedida la libertad condicional mediante fianza, pero todas las persianas de su casa se empeñaban en ponerle el pijama carcelero de su sombra. Tanto le exaltaba esto, que huía a la calle como despidiéndose de la vida libre. En todas partes creía ver escrita la sentencia de condenación

y cumplía sus misiones como si fuesen ya las últimas.

El amor por sus muñecos se había recrudecido como se recrudece el amor en los padres indiferentes días antes de emprender un largo viaje. Del amor de «A», sólo quedaba una nostalgia de cosa pasada, aunque él se esforzaba todavía en dedicarle los pensamientos más fervientes... «A» había muerto consumida por su pasión sin descubrir, según denunciaba el tufo que emanaba la revista en donde la fotografía del tenor Capitel se iba desvaneciendo junto al cadáver de la amada, como si ya no tuviese razón de ser.

Una noche, después de cenar Braulio con el espíritu de «A», salió de su casa para que sus pensamientos pudiesen volar libremente sin el rebote molesto contra las paredes. A pesar de sus desengaños todavía buscó en el cielo la estrella con melena que le indicara el portal de Belén de su amada... No existía tal estrella y Braulio pudo advertir que aquel cielo que cubría la ciudad era un cielo muy raro, nunca visto por él.

Caminaba con temor, recordando los artículos de aquellos periódicos que le enseñó el abogado de las transacciones y al cruzar las bocacalles sentía miedo, por si estuviera apostado allí el asesino de los ventrílocuos. A medida que avanzaba se iba dando cuenta de que algo anormal ocurría aquella noche; él no podía precisar lo que era, pero se daba cuenta de que estaba bajo un cielo distinto. Había muchos balcones abiertos injustificadamente y se veía a las gentes acodadas en ellos a pesar del frío.

En el extremo de la calle vió un grupo numeroso

contemplando el cielo detenidamente; no trascendía de la muchedumbre un rencor como el de los grupos que se forman con los atropellos, sino una placidez que animaba sonrisas. Braulio no quiso preguntar qué pasaba, porque quería descubrir por sí mismo el secreto de la noche.

Cada vez más intrigado, llegó hasta el café donde se reunía en sus tiempos de triunfo con el grupo de jaleadores. Era un café retirado en una plaza pequeña, muy coqueta y vanidosa porque salía amenudo en las revistas ilustradas, como ejemplo de plazas típicas. Aunque Braulio no pensaba ir allí no pudo resistir a la tentación de entrar para despedirse, por última vez, del grupo de sus amigos.

El café estaba completamente vacío, tanto que las sillas parecían dispuestas a dar ese salto que las sube a las mesas al terminar la jornada. Sólo había un grupo de recalcitrantes en una mesa de rincón que son las mesas con doble ración de sofá. Era ese grupo que tienen todos los cafés viejos que ostentan en su fachada el: «Fundado en...», grupo que perece en el incendio destructor encargado de castigar los establecimientos con excesivo afán de aristocracia... ¿a qué edad llegarían con sus anhelos de vejez, si no fueran por los incendios revolucionarios? También había en el café una muchacha joven rodeada de revistas que nadie le disputaba aquella noche.

Le sirvió el viejo camarero de sus tiempos de tenor, un camarero que llevaba la gran bandeja de estaño, con tanta dignidad como si fuese a servir la cabeza del Bautista. Un camarero por vocación, que practicaba como nadie la costumbre casi desapareci-

da de dar un tirón a la chaqueta por su parte posterior, una vez puesto el abrigo al cliente, tirón que es como si se estirase del nervio de la gallardía. El diablo se vió una vez descubierto por aquel «botones», que le arrancó el apéndice vertebral al estirarle la chaqueta por debajo del abrigo.

—¿Qué tal, señor Capitel?... ¿Sigue usted bien?... ¿Y su voz continúa buena?—dijo el camarero que había reconocido en seguida a su antiguo cliente.

—Sí, los dos estamos bien, muchas gracias.

—Hacía tiempo que el señor no se dejaba ver.

—Efectivamente, desde que me retiré del teatro.

—Vaya, vaya... ¿va a tomar lo de siempre?

—Bueno.

El chocolate con bizcochos le pareció a Braulio borrar el tiempo pasado desde sus noches de tenor preferido, cuando se ocupaban las mesas de alrededor por gentes curiosas que querían conocer de cerca al divo. De pronto, Braulio llamó al camarero.

—Diga usted—le preguntó—¿cómo hay tan poca gente esta noche?

—No sé, don Braulio, todos los de casa estamos asombrados, nunca se ha conocido esto. Cuando venía a entrar de turno, ya me ha extrañado ver tan poca gente en la calle y en los otros cafés. No sé por qué la gente se habrá retraído, pero sin saber por qué, encuentro la noche muy rara; ¿no lo ha notado usted?

—No, yo no he notado nada... ¿Y mis amigos, continúan viniendo?

—Algunos de ellos sí, pero aún es pronto; ya sabe usted que su hora es la una y media.

Braulio notó que la muchacha de las revistas le miraba irónica, con una sonrisa especial de superioridad. Parecía una buena chica, quizás bordadora, porque se apoyaba sobre la mesa con las puntas de los codos, sin gravitar casi sobre ella, como se apoyan las bordadoras sobre sus grandes bastidores.

El trío de piano, violín y violoncello, tocaba una música sentimental entre tango y vals, muy del agrado del público que de ordinario se reunía en aquel café. A pesar de ser la mayoría de los clientes músicos y cantantes de fama, se conmovían con aquella música extraordinariamente cursi hasta el extremo de no poder ocultar su emoción.

Hay una hora en la que todos amamos desesperadamente lo cursi. Esta noche, el violín marcaba las ausencias de los oyentes cotidianos con sus fugas.

A fuerza de contemplar Braulio a la muchacha de las revistas, llegó a comprender que su presencia en el café estaba relacionada con el misterio de la noche; por eso, cuando la vió salir, no pudo contenerse y marchó tras de ella.

En la calle había grupos numerosos contemplando el cielo, y cada vez era mayor el número de ventanas y balcones abiertos. El ventrílocuo caminaba como persiguiendo el secreto de la noche, ella se volvía para mirarle irónica, con una sonrisa especial de superioridad... Braulio se convenció de que nunca descubriría por sí mismo el secreto de aquel cielo, como en cierta ocasión no pudo descubrir el secreto de los espejos del ascensor. Se decidió, pues, a hablarla.

Ella no pareció sorprendida ni intentó rechazarle...

Sus sombras se besaban en el suelo y, sin embargo, nada más lejos que el amor de sus cabezas.

—¿Pero qué pasa esta noche?—preguntó Braulio por fin con un grito desesperado de incertidumbre.

—Usted ha nacido en Madrid, ¿verdad?—contestó ella haciendo valer su secreto—. Esta noche voy descubriendo toda la gente que ha nacido en las ciudades.

—Explíqueme, por Dios lo que sea, soy un hombre que no puede vivir sin desentrañar las cosas... únicamente la he seguido por eso.

—Lo sé perfectamente, de otra forma tampoco yo habría consentido que me acompañase.

—Entonces dígame: ¿qué es lo que sucede?

Ella le explicó a Braulio todo el misterio de la noche; hablaba con una voz que parecía perderse en el campo... «Ya por la tarde había aparecido aquel día la ciudad cubierta por un cielo pueblerino, un cielo limpio, sin empañaduras de humo, con nubes desordenadas y trozos desteñidos en espera del revoque, un cielo, en fin, sin urbanizar... Las gentes, extrañadas, habían celebrado el acontecimiento. Es talmente el cielo de mi pueblo—se decían todos los de esa legión menospreciada de los pueblos acomodados en la ciudad...—Los árboles, alborotados, habían querido rebelarse contra la tiranía de las leyes municipales, echando las raíces sobre el asfalto de las aceras... ¡Oh!, sobre todo los pájaros habían estado de fiesta volando alegremente, con «zig-zags» atrevidos, como para burlar las escopetas de los cazadores, adquiriendo velocidades antirreglamentarias... Aquel cielo equivocado estuvo todo el día

cohibido sobre la ciudad, procuró ordenar unas nubes en forma de chalina por el bien parecer, pero cada vez era más de pueblo... Todos los que habían nacido en una aldea estaban emocionados porque veían rodar por el firmamento los recuerdos de su infancia cogidos de la mano, como ese corro de niños y niñas cantando por Pascua canciones sin sentido. Nadie se hubiese atrevido en aquel día a decir con tono despectivo: «es de pueblo»... Y al cielo de la tarde había sucedido otro cielo también pueblerino con estrellas desordenadas y una luna gruesa y sin repullidos, que es lo que había hecho a él pensar que algo raro ocurría aquella noche.»

—Es la gran fiesta de las gentes de pueblo—terminó diciendo la muchacha—. Ustedes los de la ciudad, nunca habrían conocido la verdad de este cielo que nos cubre tan diferente del cielo ordinario.

—¡Oh, qué maravilloso, qué asombro tan grande para los astrónomos!—comentó Braulio—y qué desconcertados estarán los telescopios ante este cielo; les parecerá un galimatías incomprensible este feliz firmamento que no entiende sus matemáticas... Veremos, veremos cómo nos explican esto.

Estaban en la calle, al pie de las ventanas del pisito de ella, dos ventanas circulares junto al alero que prometían un magnífico panorama de cielo pueblerino... El tubo de una estufa saliendo por una de ellas parecía el telescopio que enfoca el planeta beneficiado.

—¡Qué vista tan hermosa gozará usted desde sus ventanas, señorita!—suspiró Braulio al oído de ella.

—Esta noche les tengo tanto miedo, que he salido con intención de no regresar hasta el amanecer, ¡me

traen a la memoria tantos recuerdos de mi villorrio y estoy tan sola!...

—Y yo también.

No se dijeron más, pero subieron juntos hasta las ventanas circulares. Braulio se acodó en una de ellas frente a la noche, mientras la muchacha arrastraba hasta un rincón el gran bastidor. Después volvió junto a él para suplicarle:

—Márchese, no temo nada de usted, pero me criticarán las vecinas si se enteran.

—No me niegue su compañía esta noche, quizás mañana ya estaré separado de este mundo para siempre—y señalando una hebra de seda verde que se había prendido en el cabello negro de la muchacha, añadió—: Parece una luciérnaga.

—Sí, el campo de mi pueblo estará cubierto ahora de luciérnagas... Cuando caminaba de noche por las huertas, me parecía ir sobre un firmamento.

Braulio se sentía feliz bajo la sinceridad de aquel cielo sin repulidos. Hubiese querido deshacer su vida para nacer de nuevo bajo otro cielo igual y unirse en aquella hora a todas las gentes de lugar... En voz baja fué contando a la muchacha sus penas.

—Dame un poco de amor... quizás mañana me sea negado el amor—le pidió con su voz natural.

—Déjame quererte esta noche, ya que han de condenarme a la soledad absoluta—suplicó con su preciosa voz de tenor.

—Si tú quieres, será ésta para mí una magnífica despedida—dijo con su voz profunda de bajo.

—...

—...

Ella no pudo resistir a la tentación de tanta voz de hombre suplicándole cariño; ninguna mujer hubiese podido resistir. Y además... ¡Se encontraba tan sola, tan necesitada de ternezas!...

... Entre los dos arrastraron la alfombra bajo de las ventanas circulares... para no perder de vista aquel bello cielo pueblerino que cubría la ciudad... Ella le esperó tendida, con los brazos cruzados tras de la nuca, como se pintaba a las mujeres desnudas en el siglo XIX, sobre prados verdes.

—Saben a tierra húmeda tus besos...

—Recordaré siempre mi gran retirada del amor.

Tuvo aquella noche, para Braulio, doble misterio descifrado.

XX.—VOZ

Acompañado de su abogado, montó en el auto azul camino de la Audiencia. Hacía tiempo que Braulio no se había cuidado tanto de su persona como aquel día trascendental; sabía que iba a presentarse ante un público hostil y quiso componer el gesto arrogante que ponen los hombres frente a lo irremediable... Llevaba una corbata de un verde provocador y unos guantes amarillos rabiosos. Estaba desesperado.

La tarde era tan espléndida que Braulio sentía remordimientos de haber perdido tantas como aquella en ridículas cavilaciones... ¡Ay!, cómo las recordaría desde su encierro. Sin embargo, se sentía en lo íntimo un poco satisfecho de que las gentes creyesen que había saltado las barras, pasándose al lado de los delincuentes de contención que sujetan a los hombres.

Si no tuviese que asistir al espectáculo de mi proceso—se decía—esta tarde hubiera ido a los toros...

...La sala estaba repleta y tenía el aspecto inconfundible de los días de gala. Se veían muchas mujeres elegantes y abogados de los que no ejercen. Las botas de los ujieres estaban embetunadas contra costumbre y los bancos de la Prensa estaban ocupados por los repórters de los asuntos de compromiso.

Braulio, desde su puesto, pensaba con nostalgia en

aquella peluca garzona y en aquellas largas medias de seda bicolor que tan bien le sentaban en Rigoleto. En frente de él la mudita, entre sus padres, le estaba mirando cariñosamente.

¡Ah!, bribones—se dijo Braulio, mirando a sus contrarios—, han buscado la gran ventaja de la caracterización; necesariamente han de convencer al público con ese aspecto de víctimas.

Y era verdad; sus contrarios se habían maquillado perfectamente de parte ofendida. El director de «La enseñanza lírico-narrativa» se había puesto su vieja levita, preparada de antemano con tres días de sol para que tomase un negro verdoso más acentuado; se presentaba sin afeitar, con el bigote lacio teñido expresamente con un tinte barato de esos que venden a granel y había aumentado con polvos de talco sus canas; para acentuar más su aspecto ridículo de pobre hombre, se había recortado los pantalones hasta dejar al aire los calcetines rojos de algodón y habíase arrancado tres botones del chaleco. La madre de la muda llevaba flojo el corsé para que sus carnes se desbordasen lastimosamente y en el sombrero de fieltro de riguroso invierno había prendido una pluma de gallo sacrificado en casa.

La mudita iba sencilla pero limpia, con un traje que gritaba fuerte: «Estoy cosido en casa», llevaba además unos lindos zapatos de tafilete azul, como dando a entender que sus padres todo lo sacrificaban a su hija.

Braulio estuvo a punto de gritar: «Yo también quiero caracterizarme, es de justicia que luchemos con las mismas armas... Si a mí me dejan pintarme

la boca torcida del epiléptico y me pongo en la frente la gran cicatriz roja, veremos quién gana».

El público elegía entre las partes contrarias sus favoritos antes de comenzar el debate, de otra forma carecería de interés, como los partidos de «fot-ball» cuando no se tiene preferencia por ningún equipo. Sólo los muy conservadores y alguna dama elegante reaccionaria habían elegido la parte de Braulio; todos los demás se dejaron seducir por el aspecto de la familia «víctima». «Parecen los personajes de Pirandello en busca del autor»—se decía por toda la sala.

Un rayo de sol caía sobre la lámpara central examinando con curiosidad aquel artefacto. Los neófitos se entretenían mirando las pinturas del techo: una alegoría de la justicia bastante escéptica, presidida por una matrona con la parte superior del cuerpo muy humano desnuda... Caía la matrona sobre el viejo más sátiro de la sala, que parecía estar deseando que se viniese el techo abajo. Cuando sonó la campanilla, algunas señoras distraídas se arrodillaron creyendo que estaban en misa. Las palabras iniciales del presidente de la sala cayeron en la escupidera próxima, despreciadas por todos como cosa archisabida.

El fiscal dió principio a la lectura de su informe. Era un hombre jovencito, peinado contra costumbre sin fijador, para que el pelo se enmarañase con las oscilaciones de su cabeza subrayando enérgicamente su gesto de tribuno popular; en el puño derecho de su camisa, muy planchado y deslumbrante, aparecía un soberbio granate cazador de miradas.

Empezó su discurso haciendo un cumplido elogio de sus clientes: prototipo de familia honrada, de vida laboriosa dedicada a la más sublime de todas las misiones, la gran misión de la enseñanza, cuyo sólo hecho bastaría para defenderlos. Señaló con su dedo tremolante los padres presentes, heridos cruelmente en lo que más apasionadamente podían amar en este mundo: su hija. Pintó con pretensiones de «óleo» la vida feliz, aunque humilde, de aquellas gentes, tronchada por el golpe cruel de un hombre desaprensivo, cuyo delito, como después detallaría, se podía calificar según tres tipos de delito establecidos en el vigente código penal.

Después, desarrolló minuciosamente toda la historia del internado de Braulio: niño díscolo y desaplicado que nunca supo dividir ciento entre cinco; niño audaz, amante de los viajes más peligrosos; niño que llevó su osadía hasta el extremo de quitarles las voces a sus compañeros para examinarse, el muy ególatra, por todos y único niño, en fin, calificado en aquella academia benévola y en aquel curso de suspenso... Aquel niño, hoy convertido en hombre, era el que aprovechando el trato paternal que su maestro le daba, robó la voz de la pequeña Anita, hija queridísima, desgraciada irremisiblemente toda su vida si la justicia dejaba de ampararla... Y robó el acusado con habilidad y secreto impropio de sus pocos años lo que haría exclamar a Ferri: «Tipo de delincuente peligroso, ¡guárdate, sociedad!»

Y mientras el ventrílocuo ladrón—continuó diciendo el fiscal—prosperaba y adquiría triste celebridad y fortuna, últimamente aprovechando la voz de su

defendida allá quedaba en la pobre escuela: templo sacrosanto, en donde se hacían los futuros ciudadanos, una familia sumida en la más triste desgracia, viendo cómo los médicos despistados se llevaban inútilmente los ahorrillos que debieran sustentarles en su vejez tra-ba-ja-da.

Esta última palabra la pronuncia muy despacio y muy subrayada porque le pareció un hallazgo oportuno de su inspiración... El fiscal también había tenido sus años de sarampión literario, cuyas pruebas materiales guardaba en un cajón de su mesa, cajón que él abría siempre con emoción y llamaba su cantera de recuerdos sentimentales.

No hablaba ya en defensa de aquella familia—continuó en su peroración—sino en defensa de la sociedad entera, herida en sus más nobles sentimientos de justicia. Su misión, desgraciadamente de fiscal, era triste pero necesaria. También la intervención del cirujano es triste pero salva la vida del paciente; él era, a su pesar, en aquellos momentos, el cirujano armado encargado de extirpar del cuerpo social el más repugnante de los cánceres, el cáncer del delito.

Leyó después todos aquellos delitos de la prensa mundial que el acusador privado había recogido y descansó unos momentos para que el público fuese pensando detenidamente en la trascendencia de aquellas noticias relacionadas, aunque directamente, con el juicio que se estaba celebrando. Cuando advirtió que la indignación se apoderaba del auditorio, volvió a la carga con todo el ardor de su elocuencia recalentada, como pan duro.

Ya habían oído los señores magistrados la declara-

ción bien elocuente del testigo presentado. ¿No había dicho el eco que los ventrílocuos andaban siempre rebuscando en él voces inéditas?... ¿Por qué, pues, no podían los ventrílocuos rebuscar en las gargantas de sus semejantes voces vivas? Y si esto era así, ¿no asustaba pensar hasta dónde llegarían los delincuentes, si los tribunales de justicia no reprimían con mano dura semejantes desacatos?

Tras otra pausa, hizo el fiscal un magnífico paralelo entre la mudez y la ventriloquía. Imagen triste la primera, colocada al margen de la vida, cogida siempre de la mano por la muerte, su hermana y compañera. ¡Oh!, la mudez era tan triste como aquella maravillosa figura de la Santísima Virgen muda al pie de la cruz. En cambio, la ventriloquía era la representación de la prodigalidad ensordecedora, siempre vacía de ideas y sentimientos, vanidosa y provocativa como la figura del diablo, tentando a Cristo en la montaña. ¡Oh!, la ventriloquía siempre se había burlado de la vida y de la muerte. ¿Acaso no conoce todo el mundo ese sentimiento de piedad que obliga a arrancarse unas palabras de la garganta para ofrecérselas al pobre mudo que nos tiende la mano en la calle? ¡Calcúlese, pues, lo que se debía de sentir ante aquellos pobres padres que reclamaban para su hija la voz que le robó el ventrílocuo!... ¡Calcúlese también la desesperación de los mudos sabios, condenados como aquel de Stokolmo a oir expresar a sus voces las idioteces que pensaban los ventrílocuos!

Los tribunales—continuó diciendo—no podían pasar por alto la conducta del mundo, cada día más enojada por la injusticia de la mudez de la que úni-

camente eran responsables los ventrílocuos. Sí, señor, porque si no hubiera ventrílocuos, tampoco habría mudos. *El ventrílocuo es un ladrón de voces humanas.*

El público acogió estas palabras con una salva de aplausos atronadores. El presidente tuvo que agitar la campanilla con la consabida amenaza. Braulio imitó otra ovación del público para volver a oir el sonido de aquella campanita que parecía destinada, con su vocecita dulce, a otros usos más amables. ¿Cómo es posible—se decía Braulio—que ese sonido tan débil domine el griterío de estas gentes?... Si quisiera—continuó pensando—haría con mis ovaciones que el presidente desalojara el local, pero esto decaería demasiado.

Cuando se rehizo el silencio, el fiscal comenzó a exponer su teoría de fuerza, la que él llamaba doctrina filosófica de entronoque del delito con la realidad vivida. El predominio del cine—dijo—sobre el teatro, obedece al sentimiento de simpatía creciente con que la humanidad mira la desgracia de la mudez; esa, y no otra, es la explicación tan rebuscada de la crisis teatral. Las gentes ya no pueden tolerar ese alarde de voces que hacen los cómicos interpretando desde voces de adolescente hasta voces de viejo, y si esto ocurría con el teatro, ¿qué no debía de ocurrir con los ventrílocuos?

Por último, el fiscal comparó los protagonistas del drama que el público tenía ante sí: el acusado altivo, triunfante, casi provocador con su corbata verde y sus guantes amarillos. Ella, la víctima, vencida, desgraciada, humilde, con la elocuencia incompara-

ble de la mudez pidiendo justicia, mudez que por sí sola podría defenderla sobradamente. Sólo cuando el público, con sus murmullos, pareció inclinarse en favor de la muda, empezó el señor fiscal los considerandos.

Braulio comprendió que toda la sala simpatizaba con sus contrarios y dió el pleito por perdido. En los ojos de algunos hombres y no pocos magistrados veía, además, que ya amaban a la muda; pero esto, lejos de contrariarle, le gustaba y le envanecía, porque los ojos de la muda continuaban mirándole únicamente a él. Sabía el ventrílocuo que si abriera él la boca, la voz femenina interpretaría en seguida los pensamientos de ella dirigiéndole frases amorosas. Braulio casi no atendió al principio de su defensa.

El abogado defensor había empezado a hablar muy despacio, para que después resaltaran más los latigazos del arrebato oratorio. Movía el brazo derecho como una trompa de elefante, sin olvidar aquella costumbre que le hacía mirar repetidamente su reloj de pulsera... lo miraba como si aquel reloj fuese el manómetro de su organismo, como si las venas y arterias conectadas con la máquina registraran en la esfera las mínimas oscilaciones de su salud. Sus primeras palabras fueron:

—*¿Por qué en vez de un ladrón de voces humanas no se dice que mi cliente es el hombre que se ha tragado un aparato de radio?*

A estas palabras siguió el rumor prolongado de una carcajada, como mil cohetes. El presidente pulverizó a su vecino con el buche de agua que tenía en aquel momento en la boca. El abogado de la acusa-

ción privada, que había renunciado a su derecho de informar, decía en voz no muy baja que el fiscal, además de radioescucha, era un imbécil empedernido, por no haber previsto aquella salida de su contrario.

Después, el abogado defensor, con una estupenda técnica de sainetero, abrió los grifos del sentimentalismo. Expuso la infancia triste de Braulio en el seno de una modesta familia cercenada por la muerte de la madre, pobre niño, huérfano desde las primeras horas de su vida, dócil siempre a los mandatos de su padre, que fué en vida muy querido de sus amigos y modelo de hombres laboriosos y esposos amantes. Terminó el párrafo preguntando con las manos extendidas: ¿Puede la sociedad condenar a un niño que fué criado con biberón?

El letrado trajo a la memoria el internado de Braulio de forma bien distinta a como lo hizo el fiscal, seguramente mal informado por una opinión interesada. Braulio fué en la escuela el discípulo más amado de los maestros, cuya mejor prueba era el galardón conseguido: «Guión de la ruta escolar», lo que constituía la dignidad suprema de los colegiales. En realidad, su cliente, como acertadamente había dicho el señor fiscal, nunca había sabido dividir ciento entre cinco, porque su generosidad con el prójimo le llevaba a falsear la pobre realidad de los números. Era asimismo cierto que el niño Capitel fué un soñador empedernido de los grandes viajes, con una idealidad de las rutas semejante a la de Cristóbal Colón, lo que lejos de ser un síntoma de depravación, constituía una señal inequívoca de grandeza de alma. Su clien-

te fué además compañero de sus compañeros, como no hubo jamás otro en el mundo y cuya demostración era aquel sobresaliente que consiguió para todos los alumnos. Aquel niño fué después hombrecito trabajador que ayudó a su padre en la tarea, ganándose ya en tan temprana edad el pan que se llevaba a la boca... ¿Qué mayor generosidad cabía que aquella de su cliente ofreciendo las voces con que la naturaleza adornó su garganta, a las pobres estatuas mudas?... ¿Qué modestia podía compararse con la del ventrílocuo, que había callado toda su vida aquel rasgo extraordinario?

El público lloraba ahora sinceramente emocionado. Todos comenzaron a comprender la realidad del protagonista Braulio, libre de maquillajes, junto a la familia «preparada», deslumbrada de pronto por los focos de la verdad. Parecen actores vistos de cerca—se repetía ahora por la sala.

—Ya hombre—continuaba diciendo el letrado—, mi cliente ha dado pruebas de una voluntad sin límites para elevarse del nivel social en que su nacimiento le colocó; todo su actual bienestar es fruto de largos años de lucha contra las adversidades. El ha puesto su hermosa voz de tenor al servicio de todas las fiestas benéficas, voz que tantas veces nos ha emocionado hasta hacernos llorar a todos los que estamos aquí presentes. Y no se diga que le ha animado el afán de lucro, puesto que en pleno uso de sus facultades, lleno de juventud y en lo mejor de su carrera artística, se ha retirado a la vida modesta de su hogar tranquilo que tantos sinsabores le costó labrarse.

El público empezó también a comparar a los abogados. Este abogado grueso, bien peinado, sin truco de granates cazadores de miradas en los puños, le pareció indudablemente el abogado de la verdad y el de la mentira el otro, con el pelo revuelto expresamente y la mano oratoria artificial.

—¿Qué más decir en favor de mi cliente y amigo? —volvió a argüir—sino que ha corrido todo el mundo buscando a la mujer elegida por su corazón... Considerad la cantidad de ternura que necesita un corazón para lanzarse a los cuatro vientos en busca de la amada... ¡Qué ejemplo para el mundo la conducta de este enamorado! Hoy que las mujeres están tan abandonadas por los hombres, no piensan ellas lo que esto significa... ¡Ay! ¡que los tribunales de justicia en vez de escuchar estas denuncias falsas a todas luces, se debían emplear escuchando las quejas de cuantas mujeres existen dolidas por el olvido o el abandono!...

Las protestas del fiscal fueron ahogadas por aplausos atronadores, unos aplausos que recordaron a Braulio la noche de su debut. Hasta el temblor de la campanilla estaba contagiado por la emoción de aquel momento. Blanqueaba la sala de pañuelos llevados a los ojos, no con ese aleteo feliz de las peticiones de oreja, sino con el otro aleteo melancólico que tienen los pañuelos en las despedidas. Parecía haber nevado una nieve caliente para absorber las lágrimas.

El orador expuso a continuación el gran favor que el ventrílocuo había prestado a España, buscando por todas las potencias a su amada, como uno de aquellos antiguos caballeros españoles que recorrían

leguas para ofrecer a su dama una rosa encendida, muriendo poco después a sus pies por el cansancio. Después de esta hazaña, ¿qué extranjero podría decir que había muerto la estirpe de los amantes españoles?

El no había creído necesario la aportación de testigos tan sospechosos como al eco llamado por el señor fiscal, pero entre la multitud que podría dar fe de la honradez de su cliente, estaban los muñecos del ventrílocuo dispuestos siempre a alzar sus voces en defensa del buen padrecito, siempre tan cariñoso con ellos y tan caballero en los mínimos detalles de su vida privada... Lo que muchos padres no hacían por sus hijos de carne había hecho su cliente con sus hijos de estopa, trapo, acero, vidrio y cera...

El señor fiscal—clamó tras una pausa y un buche de agua—ha enaltecido la mudez y condenado la palabra, olvidando que si la madre de Dios estuvo muda al pie de la cruz, el mismo Dios hizo el mundo con la expresión de su palabra... «Hágase la luz, y la luz fué hecha»; y su Hijo Jesucristo, gran ventrílocuo de la voz de su Padre, se valió de la palabra para sembrar en el mundo la semilla de su doctrina... Decir en España que la palabra es delito, es declararse abiertamente anticonstitucional. ¡Oh! ¡España! ¡España! ¿qué sería de ti sin la palabra con que consuelas tus males?... Palabra: soplo divino.

Esta vez el presidente ya no se molestó en agitar la campanilla, él mismo aplaudía, ocultando las manos debajo de la mesa; precisamente el señor presidente era un magnífico orador de café y sabía lo contento que se vive cuando se puede hablar, aunque sea de lo que no se entiende.

—¿Dijo el señor fiscal que si no hubiese ventrílocuos tampoco habría mudos?—preguntaba ahora el defensor—; pero ningún error más evidente. ¿Acaso la vista perdida de los ciegos la disfrutan otras personas? No y mil veces no, anda perdida por la naturaleza como las voces de los mudos. No hay por qué buscar explicaciones tan absurdas para el fenómeno de la ventriloquía; su cliente podía ser ventrílocuo por mil causas ajenas todas al delito; podía ser ventrílocuo porque su madre a fuerza de ahorrar palabras le dejó un tesoro de ellas; podía ser ventrílocuo porque su madre abortó quince veces y tal vez las voces de los hijos frustrados habían anidado en la garganta del único hijo conseguido; y en cuanto al fenómeno de la mudez, cuando no había lesiones en el cuerpo que la justificara, tenía la explicación clara y concreta en la reconocida esterilidad de las voces de muchos padres... Antes de pedir y, sobre todo, antes de acusar: Eugneesia, EUGENESIA...

En cuanto a la única declaración contra su cliente por el testigo eco, no hacía más que apoyar su afirmación de que las voces de los mudos se reintegran con las voces de los muertos a la naturaleza. Y ya que hablaba de testigos, si el Tribunal se lo permitía, iba a presentar uno que, por su calidad, sería decisivo.

Antes de que el Tribunal pudiera contestarle, y mucho antes de que el fiscal pudiera oponerse, ya la mudita había cogido el trozo de tiza que le arrojó el abogado defensor y con gran asombro de todos escribió en el hule negro de una mesa, con letras mayúsculas: «ES INOCENTE Y LE AMO». El letrado

presentó al público la mesa como un artista de circo exhibe los materiales de su trabajo.

—Señores magistrados, señores del Jurado—clamó el defensor moviendo ambos brazos, como sembrando a voleo la semilla de la elocuencia—: Vais a sentar doctrina de jurisprudencia aunque sea en su primer paso, yo os ruego, en nombre de la justicia, que meditéis bien el fallo. Aunque no fuese cierto nada de cuanto he dicho yo, os suplico que no os dejéis seducir por los modernismos en que el señor fiscal ha apoyado su acusación... ¿Puede ser España la primera en recoger un delito e incorporarlo a sus leyes o a su jurisprudencia?... ¿Puede España tomar la iniciativa en estas materias?... ¡Meditadlo! España nunca ha sido país de iniciativas, aquí se debe dar siempre el último paso, que es el más prudente y el de mayor experiencia... no rompáis, pues, nuestras más sagradas costumbres.

Aunque sólo hubiese sido por este último párrafo, el pleito estaba ganado. No obstante, Braulio dijo a su abogado en un momento que se acercó a él:

—«¿Quiere usted que cante para terminarlos de convencer?»

—No, no es necesario. Nuestra misión ha concluído.

Cuando salieron por una puertecita baja, coronada por una balanza de la justicia a la que el célebre criminalista miró cínicamente, se estrecharon las manos, mientras el abogado decía con precaución al oído de su cliente:

—Otra vez absténgase de robar voces o proceda con más cautela para no infundir sospechas.

En el rincón de su automóvil azul, empezó Braulio a dudar de su inocencia en la que había creído hasta entonces, pero por de pronto se sentía feliz en la calle y sentía ansias de ventriloquear.

Los padres de la mudita, desteñidos por las lágrimas, iban pensando con tristeza regresar a su casa en aquellas palabras del abogado defensor: «Hay muchos padres con la voz estéril». Pensaban obstinadamente en ello, sintiéndose por primera vez culpables de la mudez de su hija.

Después de la vista causa ambas partes habían perdido sus convicciones más firmes... Habían trastocado los abogados sus convicciones.

XXI.—VOZ

Sólo aquellos burgueses que antes de empezar la vista causa se declararon en favor de Braulio permanecieron fieles después de ella a la muda. Entre tanta algarabía como aquella tarde se produjo en la sala, resaltó extraordinariamente la virtud del silencio de la muda. He ahí la mujer ideal—se dijeron ellos—, mujer única esa que ha sido capaz de defender a su enemigo.

El más filósofo de los burgueses, pensando en las cosas que oyó en el célebre proceso, llegó a descubrir la verdadera superioridad que concedía la gente al cine sobre el teatro: y era que todos los hombres aman a las mujeres de la pantalla por su silencio; él por lo menos terminaba de descubrir en sí mismo que su amor por las artistas de cine obedecía a la mudez de las estrellas.

Los burgueses estaban dispuestos, pues, a casarse con aquella muda extraordinariamente guapa, que nunca complicaría la tranquilidad de sus hogares.

El director de «La enseñanza lírico narrativa», perdida ya su gran esperanza de devolver la voz a su hija, procuró, al menos, sacar partido de la admiración de los burgueses, buscando entre ellos un buen marido para la pequeña.

Se remozó la vieja academia acribillada; se empapelaron las habitaciones particulares; se limpió de hojarasca y restos de meriendas el viejo patio de los columpios, y en vez del gran letrero negro del frontis: «Colegio de niños ciegos y sordomudos», se puso el antiguo cartel optimista de letras doradas, recién pintado: «La enseñanza lírico narrativa».

Un grupo de burgueses menudeaba en las visitas, invitado por el señor director. Eran felices aquellos hombres, después de pasar una tarde junto a la mudita, que les servía un té endulzado especialmente con la mirada de sus ojos tristes. Los domingos comían en la academia los tres burgueses elegidos por el padre para la candidatura del matrimonio... Eran aquéllas unas comidas muy silenciosas, muy llenas de mímica y muy subrayadas por el ruido de la vajilla.

Los domingos tomaban el café en la salita empapelada de azul, con lámpara nueva y visillos de «madras». Los tres burgueses, en las ausencias de los padres, intentaban sobresalir en las preferencias de Anita, pero ella no concedía especialidades a ninguno y sabía retirar sus manos de aquellas otras manos que querían aprisionarlas sin tener en cuenta que las manos de los mudos son escurridizas como lenguas.

—¡Oh!, esas manos, divinas manos—decían los burgueses escuchando la música que hacía ella sentada al piano, un piano de roble friolento bajo la eterna gabardina de la funda de crudillo, porque cuando en las grandes solemnidades habían intenta-

do quitarla siempre, había sonado la música acatarrada.

Si ella hubiese sido una muchacha cualquiera, ya se habrían cansado los burgueses de hacerle el amor, pero ellos sabían que conseguir la mano de una muda es muy distinto a conseguir otra mano de mujer, porque en las manos de las mudas se reconcentra toda la vida de sus cuerpos.

El padre de Anita la amonestaba cariñosamente algunas noches, cuando la sorprendía leyendo en su alcoba, al regresar de la última inspección al dormitorio del internado:

—Hay que decidirse, hija mía—le decía—, cualquiera de los tres te hará feliz, sólo falta que tú elijas. Son ricos, discretos... Tu madre y yo ya somos viejos y nos gustaría verte colocada.

—No puedo, padre mío, ya sabes que amo a otro, al ventrílocuo Braulio—contestaban las manos de la muda, y después—: mira, mira cómo brilla en mi frente el beso que él me dió cuando era pequeña... ¡Tanto como he trabajado para borrar de mi cara los besos de los otros chicos y ya ves cómo me lo agradece él!

—¡Ah! Braulio, Braulio, si él supiera cómo le amas, ¿cómo podría despreciarte?

—No me desprecia, padre, vendrá de un momento a otro, estoy segura de que vendrá un día por mí —decían las manos de Anita, con sus temblores más convincentes.

Después, la mudita se dormía sobre el colchón mullido de sus esperanzas, con las manos fuera del embozo, rendidas por la inquietud de la expresión...

Eran unas manos incomparables, llenas de vida y cuyas sortijas no parecían, como todas las sortijas, parte muerta del organismo, sino organismo vivo incorporado a la función, como los dientes de oro.

* * *

Braulio se enteró de las pretensiones amorosas de los burgueses. El, que tanto empeño había puesto en la defensa de su inocencia, empezaba a vacilar en sus convicciones. ¿Y si la voz femenina—se preguntaba—fuese efectivamente la de ella? Y... aunque no lo fuese, ¿quién mejor que una garganta virginal para recibirla?

Convencido de que A. había muerto, sentía las primeras inquietudes de esos viudos que buscan subterfugios para justificar un segundo matrimonio. El ventrílocuo también notaba que su casita empezaba a entristecerse, sin la esperanza ya de que una mano de mujer llamase a su puerta.

No era aquella casa para un soltero, no; su jardín recuidado, su gran cama de matrimonio barroca, aquella cocina superior a los méritos de una cocinera, la despensa con los tarros blancos de porcelana esperando la inicial de su dueña, las pantallas de formas abombadas muy femeninas... Todo estaba esperando allí unas manos de mujer... ¡Y qué manos las de Anita!

Los muñecos iban adquiriendo palidez de cera agrietada, y una melancolía de niños huérfanos de padre y madre que inquietaba a Braulio, el cual

siempre les prometía, sin cumplirlo, largos paseos por el sol.

Hasta entonces Braulio siempre había tenido su vida ocupada por una busca importante, pero presentía haber llegado ya al límite de sus anhelos, y empezaba a languidecer sintiendo gravitar sobre sí la vejez prematura, una vejez que le hundiría seguramente en la más completa indiferencia por no renovarse.

Un día el ventrílocuo se irritó porque le faltaban dos botones en la americana. Terminaba de comprobar que los botones de los solteros atentan efectivamente contra la libertad de sus dueños como aseguran las gentes. Tengo que casarme—exclamó formulando este pensamiento por primera vez en voz alta—. No se puede continuar así.

Entonces, todas sus voces se alzaron en su pecho corroborando: «Sí, debes casarte... No podemos continuar así...» Pero Braulio aún se resistía a pensar concretamente en la mudita.

* * *

Cierta noche, el ventrílocuo la vió en el teatro. Ella parecía, con su gracia morena, un granito de sal en la dulzura blanca de la sala: escayolas por todas partes, hasta rebosar churretones de chantilli en el adorno de las columnas. Estaba la mudita con sus padres y el candidato predilecto entre los burgueses. Un fabricante de ruedas de bicicleta. Los ojos de Anita parecían ocupar toda la sala; todos los hombres hubiesen querido hacerse con ellos unos gemelos

magníficos para su camisa... Un oftalmólogo que ocupaba una butaca de orquesta se creía con derecho preferente.

La mudita advirtió en seguida que Braulio estaba en el teatro y lo buscó con sus gemelos y él, que la tenía enfocada con los suyos, sintió el choque grato de las miradas.

En escena, los personajes desarrollaban la trama de una de esas comedias que se llaman muy humanas..., pero los cómicos estaban amarrados fatalmente a sus papeles y en los mutis parecían escupir con los ojos al público, esta verdad: «Intrigaros, imbéciles, que nosotros ya sabemos lo que ha de pasar al final».

La primera actriz, dijo al galán:

—Todo parece separarnos, pero yo sé que tú me amas y triunfará nuestro amor.

Sí, te amo—contestó el galán joven mirándose la raya del pantalón—, pero, ¿y tus padres? La misma sociedad, ¿qué diría?

El ventrílocuo y la muda se miraron con sus gemelos, ruborizándose como si se hubiesen quedado desnudos de pronto—en realidad la desnudez de los pensamientos también producen rubor—. En el antepecho del palco, sobre el rojo peluche en canal donde depositan las lágrimas los espectadores hipersensibles—con esa vergüenza que se siente al derramar lágrimas en los espectáculos—descansaban las manos de Anita con un ligero temblor nervioso... como si hablasen en voz muy baja, un lenguaje incomprensible para Braulio que miraba los guantes blancos pareciéndole bufandas de la garganta de la muda.

Cayó por fin el telón, ese telón de los anuncios que vuelve bruscamente a la realidad hasta a los más convencidos de la ficción y ante el cual todos los espectadores recuerdan su estancia en la escuela por ese algo que tienen de grandes carteles del aprendizaje de la lectura. Algunos leían deletreando B-A= BA. Z-A=ZA. A-R=AR=BAZAR. ¡Oh, qué gran idea de aquel ministro que propuso a las Cámaras combatir el analfabetismo, estableciendo la enseñanza obligatoria en los entreactos de los espectáculos y qué gran pueblo llegaría a ser España, si después de aprender a leer le sirvieran en los telones de los teatros notas de divulgación científica y trozos escogidos de nuestra literatura! Magnífica antología cuya patente de invención está por conceder.

Braulio pensó organizar una sociedad de protesta contra el telón de los anuncios. Es abusivo—se decía—porque muchos sólo venimos al teatro para ver el campo de la decoración. ¡Cuánta gente tragada por la ciudad, sólo puede ver el campo de esta manera!, y sin embargo, cuando uno está más complacido en la contemplación, cuando uno ya piensa en la cosecha de los sembradíos y en el fruto de los árboles, entonces baja ese telón inverosímil como si todas las vallas anunciadoras que bordean las carreteras y las líneas férreas, llegasen de pronto para obstruir el campo de los teatros que había llegado a a ser el más sincero de todos.

La gran comedia—continuó pensando Braulio—sería aquella cuyos personajes fueren los anunciantes del telón, reunidos en una intriga de egolatría.

El ventrílocuo estuvo todo el entreacto cazado en

aquella butaca del centro de la fila, entre dos señoras muy guapas que se desbordaban sobre los brazos de su asiento, cohibiéndole, sin dejarle casi respirar. Braulio sabía que él era ese punto de referencia que sirve para orientar al amigo que se interesa por la mujer bonita que se termina de descubrir. La muda parecía no mirarle pero le miraba y además estaba junto a él en el gran espejo del palco en donde se reflejaba la imagen del ventrílocuo. Hasta había cogido entre las suyas la mano helada del espejo mientras el burgués fumaba en el pasillo el cigarro malogrado de los entreactos.

Durante los actos siguientes, Braulio sintió cómo su voz femenina le arrastraba hacia ella. Hubo un momento en que Anita y él creyeron verse en el espejo del escenario contra toda costumbre humana.

A la salida, el ventrílocuo esperó a la muda junto a la puerta estrecha del pasillo, puerta cubierta por una cortina muy pesada de fieltro rojo con bordes de cuero como cortina de mucha importancia y que, sin embargo, nunca descubre nada al que la atraviesa. La esperó para decirla las primeras palabras de amor y, además, tuvo la suerte de poderla recoger el guante blanco que ella dejó caer intencionadamente.

Al devolvérselo, rozó con su mano la mano de ella, sintiendo en su piel la mejor de las caricias de su vida; fué un beso cargado de semillas de palabra.

—Te amo... te amo... te amo... te amo...—le decía el ventrílocuo al oído con el tropel de sus voces emocionadas, y después, ya en la calle—iré a verte mañana, iré a verte temprano, piensa en mí, Anita de mi vida.

Al salir, a Braulio le pareció toda la ciudad teñida de color de rosa, llevaba colgado al cuello el mejor dije de la emoción y comprendía que terminaba de encontrar el gran objetivo de su vida... Ahora veía claro que su destino era el matrimonio con la muda, la buena Anita, que le amaba tanto, que se atrevió a confesar en el día del juicio oral públicamente su pasión. Hay un matrimonio prematuro que envejece —pensaba—, pero este es el matrimonio que rejuvenece, porque me renovará y me hará trabajar por mi mujer y mis muñecos.

Al llegar a su casa, Braulio ya abrió la puerta con la precaución del hombre casado que quiere sorprender a su mujer abrazándola por la espalda. No encendió la pantalla de seda amarilla, prefería aquella noche la obscuridad absoluta para creerse envuelto en el pelo negro de ella. Se besaba la mano que acarició la mano de Anita... La gran cama le recibió estremecida, presintiendo el matrimonio de su dueño por aquella forma especial con que esta noche la ocupaba. En realidad, la cama le recibió no ya como un hombre sino como la media mitad del todo de sus aspiraciones... Se durmió Braulio abrazado a la almohada, no a la de los tiempos de «A», sino a otra de nuevos símbolos. Se durmió, repitiendo con sus voces la letanía de amor: te amo, te amo, te amo, te amo.

Al levantarse se vió rodeado por los sueños felices que se habían materializado en la alcoba, dándola aspecto de gruta cuajada de estalactitas.

XXII.—VOZ

La academia todavía no había abierto sus puertas y todos los balcones de la fachada estaban cerrados. Braulio se dispuso a esperar junto a la esquina próxima, sin perder de vista el balcón con visillos de color rosa que delataban la alcoba de su amada... No tardó en abrirse aquel balcón y en aparecer la cabecita de ella espiando la calle, la calle un poco adormecida aún, con un farol encendido, un farol trasnochado que gritaba enloquecido su soledad.

Braulio vió poco después abrirse el portalón negro sin aldabas para dar paso a la mudita, más guapa que nunca bajo el velo de la buena misa, con el rosario de cuentas azules arrollado a la muñeca derecha y el libro de rezos...: los tres cómplices de los noviazgos prematuros y no consentidos... A Braulio le pareció el rosario de la muda como un collar en la garganta de ella. Ese rosario—pensó—se está rezando a sí mismo sin necesidad de intermediarios; pasan las cuentas entre los dedos de ella y los mismos dedos ya van diciendo: «Santa María Madre de Dios...»

Se estrecharon la mano el ventrílocuo y la muda bajo el farol encendido que gritaba como loco su soledad en la mañana:

—¡Qué feliz soy!—suspiró Braulio.

—Y yo, y yo—contestó la voz femenina del ventrílocuo interpretando el pensamiento de ella.

Cogidos del brazo comenzaron a caminar mirándose a los ojos.

—Llegué a creer que te perdía para siempre—dijo la voz femenina.

—Perdóname, Anita, estuve ciego; yo no sabía que mi felicidad estaba junto a ti... ha sido necesario que te viese con otro para darme cuenta de cuánto te quería.

—Sí, Braulio, sí; querían casarme con otro y yo había perdido toda esperanza de que me buscases. Si tardas un día más no sé qué hubiera sido de mí...

—¿Qué dirán tus padres de todo esto?

—Todo parece separarnos, pero yo sé que tú me amas y triunfará el amor.

—Sí, te amo; pero, ¿y tus padres? La misma sociedad, ¿qué dirá?

Ambos estaban reproduciendo sin darse cuenta el diálogo de la comedia que presenciaron juntos. Con un giro rápido de la conversación dijo el ventrílocuo:

—No sabes cuánto me gustaría poder injertar mi voz en tu garganta para que quedase en ella definitivamente.

—¿ Y para qué querría yo la voz separada de ti?... No, Braulio; yo estoy orgullosa de que tú tengas mi voz y no la necesito, puesto que ella interpreta mis pensamientos lo mismo que si saliese de mi garganta.

Braulio le besó las manos conmovido, aquellas manos elocuentes de muda que devolvían los besos como si fuesen labios.

—¡Qué beso tan dulce!—suspiró él—. ¡Qué beso tan dulce!

—Es que nos hemos besado en la boca—confesó ella ruborosa.

Caminaban muy juntos, sintiendo incrustarse en sus carnes trozos de luna de miel muy próxima.

—¿Crees que tus padres pondrán mucha resistencia?—preguntó Braulio entrando en el Retiro.

—No sé, no sé—contestó la voz femenina—; yo sólo sé que nadie será capaz de separarme de ti y que espero convencerlos... los pobres son muy buenos, aunque te hayan acusado; ellos sólo lo hacían por amor a mí y debes perdonarlos.

—No sólo los perdono, Anita de mi alma, sino que les estoy profundamente agradecido, si no hubiese sido por la equivocación de tu padre creyéndome el ladrón de tu voz, nunca habría llegado a conocerte.

—¡Qué bueno eres!... ¡Qué bueno eres!, Braulio mío.

—Toda mi vida está dentro de este parque—continuó diciendo Braulio—, aquí vine de pequeño en brazos de mi niñera...

—¿No tuviste nodriza?—interrumpió la voz femenina condolida.

—No, Anita; en casa eramos pobres... además, mi padre tenía sus creencias, yo fuí criado con biberón.

—Yo apagaré toda tu sed—dijo la voz femenina, mientras Anita se llevaba con vergüenza la mano al seno.

—Aquí hice mi primer ejercicio de ventriloquía poniendo voz a una estatua...; aquí vine a buscar consuelo cuando llegué de provincias derrotado y sin

mi padre...; aquí vine a pasear cuando ya era tenor, y aquí he querido venir contigo esta primera mañana de nuestro amor.

Estaban en aquel momento junto al estanque grande, en cuyas barandillas se veía apoyada esa guardia de contempladores del agua que siempre rodea el lago del Retiro.

—Parece que están enfermos esos hombres que miran las aguas tan melancólicamente—dijo la voz femenina.

—Y lo están; todos tienen la enfermedad del mar. Sí; son gentes nacidas en las costas que añoran sus playas o sus acantilados y se consuelan mirando estas aguas como una parodia insignificante y mal interpretada del mar.

—¿Y ellos saben que están enfermos?

—Sólo algunos; los que después de contemplar el lago han vuelto a sus costas y se han sentido revivir junto a ellas... la mayoría de esos contempladores mueren ignorando su dolencia. Es una enfermedad que se escapa a los ojos de los médicos. Solamente yo he llegado a descubrir, a fuerza de verlos apoyados en esas barandillas el microbio que les mata... En cierta ocasión sorprendí a un individuo vaciando en el estanque una botella de agua del mar Mediterráneo.

—¡Oh! qué idea tan magnífica; debió de ser aquel hombre un gran poeta—comentó la voz femenina.

—Sí, es una idea que pienso proponer a todos los contempladores del estanque. Les diré que traiga cada uno una botella de agua de su mar, y de esta forma, convertirán el estanque del Retiro en algo maravilloso que admirará a todo el mundo.

—¡Qué gran placer sería navegar en un estanque con agua mezclada de todos los mares!

—Sí, amada, sería el navegar verdadero sin añoranza de otras rutas.

—Debes de proponer esa idea, Braulio, debes de proponerla y, además, debes decirles que el agua que traigan de sus mares respectivos sea la de aquellos trozos de mar en donde han flotado las flores que se dedican a los náufragos.

Braulio la besó otra vez en las manos, aquellas manos que seguían con movimientos precisos las palabras de la voz femenina como subrayando la conversación. El ventrílocuo volvió a encontrar tan dulces los besos como si los recibiera de la misma boca de la mujer.

—¿Quieres que nos sentemos en este banco?—propuso la voz femenina, mientras la mano de Anita señalaba un banco que aparecía al extremo de un sendero bajo un árbol corpulento.

—No, en ese banco no—se apresuró a decir Braulio.

—¿Y por qué?

—Porque ese banco no ama las parejas, es un banco de mal genio que hace reñir a cuantos enamorados se sientan en él... Yo conozco muchos novios que regañaron el mismo día en que se sentaron ahí... Es un banco que sólo quiere a los misántropos y a los curas. Fíjate, está teñido de negro por el roce de tanta sotana... Yo me sentaba en él cuando tenía la desgracia de no quererte. Es un banco maldecido por los otros bancos del parque y el árbol que lo cubre parece un retoño del árbol de la discordia.

La condujo Braulio sabiamente a través de la ma-

raña de senderos hacia el buen banco acogedor, el mejor situado para recatar de miradas indiscretas a sus ocupantes y el que había conseguido unir en matrimonio muchos señoritos que sólo pensaron divertirse con sus modistas. El ventrílocuo sabía bien lo que significaba sentarse con la novia en aquel banco, por eso se sentó con la misma solemnidad con que se arrodillan los hombres ante el altar, el día solemne de la boda.

—¿Piensas decirles a tus padres que nos hemos visto?—preguntó Braulio obsesionado por el pensamiento de la oposición.

—Sí, se lo diré poco a poco, hasta que consiga que te reciban bien.

—¡Ay!, si supieras las ganas que tengo de poder entrar en tu casa y poder hablar contigo íntimamente y poder pasear junto a ti por el patio de los columpios.

—Y yo, Braulio, si supieras cuántas veces me apoyaba en tu sombra paseando por el patio.

Muy tarde emprendieron el regreso. En las últimas palabras de despedida, junto a la esquina próxima a la Academia, le recomendó Braulio por última vez que convenciese a sus padres.

* * *

Braulio recibió una mañana una invitación del director de la Academia para que fuese a comer con ellos. El ventrílocuo sabía que aquello significaba el consentimiento pleno de sus relaciones con Anita, así se desprendía de aquella declaración del suegro

entrecomillada que decía: «después de todo, que haya habido diferencias entre nosotros, no significa nada...» El motivo de la invitación no podía ser más feliz: «queriendo celebrar el cumpleaños de Anita junto a aquellas personas...»

El ventrílocuo salió dos horas antes de la comida en busca del regalo de cumpleaños y en busca de la buena tarta de las reconciliaciones, esa tarta de comer blando con un relleno de agradables sorpresas que hace tan simpático al comensal invitado. Braulio quería, además, que le adornasen la tarta con una inscripción muy azucarada deseando felicidades a Anita, una de esas inscripciones que se disuelven en la boca con lentitud bien medida, como los epígrafes cinematográficos y los signos del encerado.

El director de «La enseñanza lírico narrativa» y Braulio se abrazaron conmovidos en el rellano de la escalera, un rellano pequeño con un asiento triangular, cuyo uso constituye síntoma inconfundible de asma, aunque no figure en el diagnóstico de los médicos. Cuando el director, con los lentes empañados por la emoción, le dijo: «pase usted, hijo, pase», Braulio casi se desmayó de felicidad.

La madre de la mudita salió un momento de la cocina para saludar al ventrílocuo. Era una mujer que casi no hablaba, pero sabía sonreir con todos los tonos de la sonrisa, desde el odio profundo a la simpatía acendrada. A él le sonrió con sonrisa feliz, limpiándose las manos en un delantal blanco de cocinear, tan limpio, que ya prometía una comida sabrosa... Después se reintegró a la cocina con ese gesto de *sin importancia* de la mujer española.

Sentados a la mesa, los padres se sentían felices oyendo la voz femenina de Braulio expresar los pensamientos de su hija que conocían bien por el movimiento de sus manos. Nunca en aquella casa la conversación había apagado el ruido de la vajilla como aquel día. Hubo un momento en que Braulio sonrojado y aturdido derramó la copa del vino.

Anita, sonriente, les explicaba a sus padres con la escritura engaravitada de sus manos, con ortografía de sortijas:

—¿Por qué no se dice que mi cliente se ha tragado un aparato de radio?

Los padres se reían de aquella salida de su hija, y por fin, tras varios intentos cortados por una carcajada, el director de la academia pudo explicar a Braulio:

—Nos reímos, señor Capitel, porque Anita termina de recordarnos aquellas palabras tan graciosas de su abogado: «por qué no se dice que mi cliente se ha tragado un aparato de radio».

—Sí, ya lo sabía—contestó el ventrílocuo—, mi voz, mejor dicho, la voz de Anita, ya lo había pensado en mi cabeza, pero no me atrevía a decirlo por no traer a la memoria aquellos incidentes tan desagradables...

—Que recordemos aquel suceso entre risas—le atajó el hombre que miraba a través de sus lentes con mirada de pez—, es el mejor síntoma de nuestra alianza.

Tomaron el café en la salita empapelada de azul con visillos de «madrás», piano con gabardina y lámpara post-proceso. Un café espléndido, como so-

lamente Anita lo sabía endulzar con sus ojos, un café que gustó a las voces de Braulio más que todas las pastillas del mejor malvavisco.

Cuando los padres se retiraron pretextando la inspección de la escuela y la recogida del servicio, ellos se sentaron en las dos butaquitas gemelas que había junto al balcón en donde Braulio la vió aparecer una tarde, sintiendo el deseo de filmar con ella la última escena del beso largo en el film de los balcones iluminados en tira de arriba a abajo.

—¿Cuántos años cumples, Anita?—preguntó Braulio.

—Cinco años—contestó la voz femenina.

—¡Cinco años!, ¡oh!, no, bromeas, no puede ser.

—Sí, amor mío, sí, cinco años; ¿no ves que yo nací el 29 de Febrero?; de esta forma resulta que solamente cumplo un año cada cuatro... Cuando yo cumplo cinco años, otra mujer cualquiera cumpliría veinte... Esto era lo que más les gustaba de mí a los burgueses... Todas las mujeres que hemos nacido el 29 de Febrero tenemos cuatro juventudes.

—¡Ah!, malditos burgueses—murmuró Braulio—, ¿y pensar que por estúpido estuve a punto de perderte? No merezco tu amor, Anita, no lo merezco; temo que algún día te des cuenta de que no soy digno de ti.

—No te atormentes, Braulio, siempre te he de querer; para mí el mundo nada sería sin ti, porque los otros hombres a tu lado me parecen inferiores.

—Es que además temo que no me conozcas bien; hoy quiero confesártelo todo, quiero que sepas que he querido a otra mujer, a la que ni siquiera vi una

sola vez, pero cuyo espíritu llenó mi casa durante algunos años y tengo miedo, por esto y por mis muñecos, de llegar a ti como un viudo vistiendo el peor de los lutos, el luto que puso el pasado de un negro irreparable que no destiñe... ¿Tengo derecho a unir mi destino marcado con estas cargas a tu destino por hacer?

—¡Oh!, Braulio de mi corazón, no pienses esas cosas, te quiero a ti y a tus hijos y hasta quiero a aquella mujer solamente porque tú la amaste.

Cayeron uno en brazos del otro, besándose en la boca, que es el beso más casto que pueden recibir las mudas. Después, Braulio, besó frenéticamente las manos de Anita, manos preciosas con vida independiente que dejaban huella de besos húmedos.

* * *

Pocos días después de la comida de cumpleaños, volvió Braulio a «La enseñanza lírico narrativa» con el collar de pedida... Un collar de perlas que era la pulsera propia para la garganta-mano de la muda.

XXIII.—VOZ

Braulio era profundamente feliz en su matrimonio, él y su casa vivían ahora su verdadera vida. Presidía la cama barroca gozosa por haber encontrado su plenitud, al ocupársele aquella mitad, tanto tiempo vacía que llegó a amenazar con la parálisis por falta de función.

Los muñecos, desvanecidos sus temores de encontrar en la mudita una madrastra despótica, la amaban ya como a una verdadera madre y estaban alegres por encontrarse menos solos y permitírseles sus caprichos de niños eternos... Todos los días llegaban a la mesa de sus padres en el momento de los postres.

Los amigos le envidiaban al ventrílocuo la mujer. Es una mujer discreta—pensaban—, es la única mujer que sólo dice a su marido cosas agradables.

Durante el paseo si algún hombre miraba obstinadamente a Anita, Braulio para ahuyentarlo, decía con su voz femenina:

—Mariditio mío, mírame a los ojos... ¡cuánto te amo!

De esta forma los don juanes huían derrotados comprendiendo que todo sería inútil ante aquella mujer extraordinaria, que pregonaba en voz alta el amor.

Hacían una vida tranquila de esposos amantes con hijos, que se bastan a sí mismo para su felicidad. Braulio pensaba volver al teatro, pero dejaba pasar los días sin decidirse a firmar el contrato que Max Rooder le ofrecía a diario.

Sólo abandonaban su hogar con jardín algunas horas dedicadas al paseo y algunas noches, para ir al cine. Al teatro no iban nunca porque el ventrílocuo sabía que a su mujer no le gustaba el teatro; en cambio ella, amaba apasionadamente la vida muda y laminada de la pantalla. Iban, pues, al cine y hasta para consolarla de su mudez, Braulio le había dicho una noche:

—La mudez es el estado perfecto, únicamente el sonido pudo crear las orejas que es el órgano más despreciable de todos los cuerpos... por eso el asno, que es el animal de orejas más exageradas, resulta extraordinariamente feo y es vilipendiado por todo el mundo.

El ventrílocuo, sin embargo, sufría mucho en el cine porque tenía que contener sus ansias de dar voz a los personajes mudos. En alguna ocasión había resonado un grito en la sala, uno de esos gritos que cortan la película, como si los personajes desorientados se retirasen de escena.

Sólo de tarde en tarde la voz femenina y la de Braulio se encrespaban en una reyerta, pero eran reyertas sin importancia, disgustos baladíes de esos que mueren al pie de las camas en los matrimonios, que como ellos tienen la suerte de tener gran cama de matrimonio de madera enroscada de barroquismo... Sus disgustos nunca trascendían a las gentes

que continuaban exclamando: «¡Qué felices son; sólo saben decirse ternezas!»

Algunas tardes iban a visitar a Anita antiguas amigas suyas, también mudas. El matrimonio las obsequiaba con un té servido en la salita amarilla asomada al campo.

Ellas conversaban con las manos inquietas, llenas de contorsiones, cuyas sortijas brillaban extraordinariamente con vida propia. Entonces el ventrílocuo quedaba derrotado, sin comprender el lenguaje de la mímica y se sonreía falsamente pensando con disgusto en la inutilidad de sus voces... ¡Ay, qué ajeno quedaba a su mujer! Siempre tendría ella secretos para él, secretos terribles que nunca podría descifrar, porque aunque la voz femenina saliendo de su garganta expresase los pensamientos de Anita, el ventrílocuo sabía que las mudas tienen pensamientos que no nacen en sus cabezas, sino en sus manos.

—No comprendo cómo te gustan estas visitas—decía muchas veces—cuando se iban las mudas.

—¿No lo comprendes?—contestaba la voz femenina—, pues es muy sencillo; todos amamos a nuestros semejantes.

—Sí, pero muchas veces te veo con tus amigas más feliz que conmigo.

—¡Bah!, no seas tonto, ya sabes que a ti te quiero más que a nadie, pero me gusta hablar con ellas para que mis manos no pierdan su voz... ¿No te gustan tanto a ti mis manos?

Anita adelantaba entonces sus manos para que él las besase con aquellos arrebatos pasionales tan gra-

tos a los esposos... ¡oh!, qué besos los de aquellas manos, después de sus conversaciones...

—Me tienes que enseñar el lenguaje mímico—le pedía él.

—No podrás aprenderlo nunca, es un lenguaje exclusivo de los mudos; los que no lo son pueden aprender balbuceos, pero un ventrílocuo nunca podría aprender ni eso.

Más de una vez, contemplando Braulio la manos de su mujer, se volvía colérico contra ella, exigiéndole:

—¿Qué están pensando tus manos? ¡Dime!, ¿qué era lo que pensaban tus manos?

—Nada, no pensaban nada... ¡qué iban a pensar!—contestaba la voz femenina.

—No me lo puedes negar, ese temblor que tenían tus manos querían decir algo y seguramente algo desagradable para mí cuando no te atreves a decírmelo.

Entonces ella se levantaba con un gesto de resignación y desaparecía despacio por el pasillo hacia la cocina, mientras el ventrílocuo quedaba con remordimientos por sus brusquedades.

* * *

Cierto día surgió entre ellos el disgusto grande que sobrepasa el poder de la cama barroca, uno de sus disgustos que ya necesitan el transcurso del tiempo para aplacarse.

Surgió durante el paseo: iban los esposos más fe-

lices que nunca hablando de sus muñecos y espantando a los galanes con las ternezas de la voz femenina, cuando Braulió exclamó poniéndose lívido de coraje:

—Parece que te has quedado muda de admiración mirando a ese mequetrefe.

Era verdad que ella había parado sus grandes ojos complacidos sobre un caballero que estaba sentado solo en un banco al borde de un sendero. Fué inútil que la voz femenina tratase después de explicar:

—Es que me ha hecho gracia ese hombre que estaba hablando consigo mismo.

—¡Hablando!... ¡hablando!; pues no he oído nada.

—Naturalmente, como que estaba hablando con las manos, figúrate, ensayaba una declaración amorosa... seguramente para su novia muda.

—¡Su novia!, más parece que está enamorado de ti, fíjate cómo nos viene siguiendo.

—¿Y qué culpa tengo yo?

—Yo sólo sé que le has mirado como me mirabas a mí cuando éramos novios.

—¡No sabes lo que dices!... me estás insultando, Braulio.

—Y tú te estás burlando de mí; ese caballero no hablaba solo... sus manos te decían algo a ti.

—¡A mí!

—Sí, a ti... y te decían que eres muy bonita.

—¿Y tú qué sabes?

—¡Ah! ¿crees que no voy comprendiendo tu lenguaje?

El mudo conquistador se acercaba cada vez más a ella; Braulio recurrió a su procedimiento, aquel pro-

cedimiento de las ternezas de la voz femenina dichas cuando el galán estaba a distancia conveniente.

Anita miró a Braulio irónica con sus grandes ojos azules cargados de tarde y la voz femenina contra la voluntad del ventrílocuo, dijo desgarrándole la garganta:

—No seas idiota; ¿no comprendes que ahora ese truco es inútil, no sabes que yo soy una excepción de todos mis compañeros, que además de mudos son sordos?

Braulio quedó espantado ante aquella rebeldía de la voz femenina volviéndose contra él; no dijo más, pero agarró a su mujer fuertemente por el brazo obligándola a desandar el camino y la metió en el auto azul de las cinco mil bocinas para regresar a casa... Cada uno iba en un rincón luchando contra los baches que querían unirlos.

Ya en casa, el ventrílocuo subió a reunirse con sus muñecos. La desesperación multiplicaba sus voces y su elocuencia; sus hijos nunca estuvieron tan acordes con sus palabras. Ahora estará rabiando ella—se decía—; ahora comprenderá la superioridad de la palabra sobre esa mudez que tanto admira.

Por fin el ventrílocuo se quedó en silencio, perdida la mirada en un ángulo de la habitación, con aquel enfoque infinito que Braulio había heredado de su padre... Recordaba él con nostalgia sus días de triunfo, cuando todas las mujeres le admiraban y le deseaban, entontecidas por la pasión de sus besos de tenor... Es preciso que vuelva al teatro—se decía para consolarse—; es preciso que trabaje otra vez para que Anita también me admire y desee mis

besos. Si continuamos de esta forma, terminará odiándome. En aquellos momentos hubiese cambiado con gusto todo el tesoro de sus voces por el lenguaje de los mudos, lo hubiese cambiado para comprender plenamente a su mujer y salir de sus incertidumbres... porque, en definitiva, ¿podía asegurar que su mujer le había amado alguna vez; no habría sido su matrimonio un cálculo egoísta de una mudez ávida de voces, como las mujeres pobres aman interesadamente a los hombres ricos? ¿no le habría amado ella únicamente por sus voces, de las que era pobre?

Braulio bajó al «hall» para telefonear a Max Rooder solicitando una entrevista. El empresario le invitó a cenar aquella misma noche tan insistentemente, que el ventrílocuo tuvo que aceptar.

Anita vió a su marido ir y venir por la alcoba revolviendo los cajones en busca del «smoking» sin decir una palabra. Advirtió cómo Braulio se vestía con cuidado exagerado, sin saber ella qué pensar de todo aquello. Por primera vez desde su matrimonio la muda tomó un papel y un lápiz para comunicarse con él y escribió: «¿Vamos a salir esta noche?» Braulio anotó al pie: «Salgo solo; no ceno en casa». Anita volvió a escribir: «es la primera noche que nos vamos a separar, piensa bien lo que haces». El ventrílocuo repitió la contestación: «está pensado, está pensado».

No escribieron más; Braulio se sintió satisfecho de su superioridad, tomó los guantes de gamuza, el bastón con puño de oro y se dispuso a salir. En el «hall» estaba la muda junto al teléfono esperándole; cuan-

do le vió, hizo girar el disco del automático como si buscase una contestación en esa rueda de la fortuna de los abanicos de perra chica. El ventrílocuo sonrió interiormente pensando: «no es nada sin mí, ni podrá hablar porque yo no quiero», pero, ¡ay!, volvió a sentir en sí mismo la rebeldía de la voz femenina luchando contra su voluntad de expresión... Por fin, como si le arrancasen las palabras de la garganta, dijo coincidiendo con el gesto de Anita: «avise usted a los señores que iré a cenar con ellos esta noche.»

Braulio sabía que los señores eran un matrimonio de mudos amigos de su mujer, un matrimonio que todas las noches reunía en su casa lo más selecto de la sociedad sordomuda y se sintió temblar de indignación imaginando a su mujer en aquella casa en donde podría encontrar el mudo audaz del piropo mímico que vieron en el paseo...

Salió dando el portazo del enojo que en los matrimonios da la señal de haberse abierto las hostilidades.

XXIV.—VOZ

Camino de casa del empresario, Braulio se calmó pensando que quizás lo más conveniente sería desprenderse de la voz femenina para evitar disgustos. Si la voz pudiese anidar definitivamente en la garganta de su mujer, podría comprenderla y saber hasta qué punto merecía su cariño... ¡Ah!, si fuese posible aquello, saldría de sus terribles dudas.

Max Rooder le recibió con entusiasmo preveyendo el posible negocio de una buena temporada de ópera. Su «menocle» tenía aquella noche irisaciones de nácar. El perito en voces presentó a Braulio un joven polaco, pintor de extraordinaria fama; una tiple catalana consagrada en el Metropolitano de New-York y un matrimonio de burgueses madrileños, viejos amigos de la casa; todos invitados a la cena. La mujer del empresario se desenvolvía entre sus amigos con gestos estudiados de comedianta, enseñando bajo el ligero traje de gasa la liga fatal de su marido, domada por ella.

Durante la cena Braulio encontró más acentuado que nunca el aspecto teatral de aquella casa. No sabía por qué, pero temía que cayese de pronto el telón metálico de los incendios, guillotinando las cabezas.

Los criados—se decía—son demasiado respetuosos para ser criados auténticos. Cuando termine la cena saldrán con nosotros para ir juntos al café como les ocurre a los cómicos.

Max Rooder procuraba pescar a Braulio en la red del contrato:

—¡Oh!, señorita—decía el empresario dirigiéndose a la tiple—qué felicidad para todos si consiguiésemos que el señor Capitel fuese su compañero en esta temporada, ¡digna voz la de Capitel para la suya!

Braulio correspondía a las miradas ardientes de la tiple con artimañas de tenor.

—Amigo Max, ¡hace tanto tiempo que no canto!... ¡Dios sabe qué será ya de aquella voz a que usted se refiere!

—Lo veremos esta noche—le atajó la mujer del empresario—si usted nos honra con unas canciones.

—¡Por Dios!, señora, temo no corresponder a la fama con que ustedes, inmerecidamente, me han presentado a estos señores.

—¿Y si le acompaño yo al piano?—preguntó la tiple con una de sus miradas más ardientes—¿se negará usted a complacernos?

—En ese caso—correspondió Braulio—la bondad de la música suplirá la deficiencia del canto.

El ventrílocuo hubiese querido que su mujer contemplara las miradas con que todas aquellas mujeres agradecían sus galanterías. El pintor polaco se desvivía para hacerse agradable a la casada burguesa, pero ella no le hacía el menor caso. Era la casada una muchacha de color muy pálido, lo que hacía más rojos sus labios sin colorete y más negros sus ojos sin

rimel; su pelo parecía humedecido en esa fuente del jardín triste que han cantado todos los poetas; tenía la costumbre de hablar apoyando la mano en el seno izquierdo, casi entrevisto en el descote amplio... Parecía que aquella mujer iba a arrancarse de pronto el pecho para ofrecérselo a su interlocutor, lo que la hacía extremadamente sensual.

—Es una mujer muy rara—susurró la esposa del empresario al oído de Braulio—; ya le contaré alguna cosa; tiene una historia muy divertida.

Entre tanto, Braulio la miraba creyendo reconocerla, aunque sin acertar desde cuándo ni por qué. La casada pálida también parecía reflejar en sus ojos el mismo pensamiento desorientado.

Cuando sirvieron los licores, Max Rooder se dirigió al pintor polaco, un poco olvidado en la conversación.

—¿Permanecerá usted mucho tiempo en España, querido Esteban?

—¡Oh!, no sé, temo que me suspendan pronto el descanso—dijo el pintor que pronunciaba el castellano demasiado bien para convencer a la crítica local—; estoy esperando que me avisen la instalación de mis obras en París, para marchar allá.

—Es admirable que tan joven haya usted conseguido la consagración—dijo la mujer del empresario no del todo indiferente.

—No crea usted, señora, la consagración si es algo todavía no ha llegado para mí.

—Tendría que luchar mucho para imponer su arte, ¿verdad?—le preguntó la casada pálida con más condescendencia que amabilidad.

El pintor, animado por las palabras de ella, se atrevió a ponerse interesante:

—No lo sabe usted bien, señora; sólo los artistas sabemos lo que nos cuesta nuestra inspiración; por lo menos, yo puedo asegurar que salí ya viejo del primer chispazo de la inspiración y después de tanto como el artista sacrifica, sólo un motivo circunstancial puede traerle el éxito... La fe, la constancia, la inclinación propia nada valen. A lo mejor un artista quiere ofrecer al mundo una cosa y el mundo no se la acepta, exigiéndole, en cambio, otra distinta... por eso estoy convencido de que únicamente ese motivo circunstancial es el que marca la ruta del artista.

Aquella palabra *motivo circunstancial* había ganado la atención de los oyentes. El pintor polaco no era práctico en los engarces de la conversación, pero cuando le dejaban hablar de un tema sin interrumpirle lograba hacerse simpático y hasta obtenía cierto éxito.

—¿Qué entiende usted por motivo circunstancial? —preguntó el marido burgués interpretando todos los pensamientos.

El marido burgués llevaba cadena de reloj con dije, aunque no alfiler de corbata. Era un hombre grueso que conservaba la costumbre de no hablar durante las comidas desde sus tiempos de colegial.

—Por motivo circunstancial entiendo—continuó el polaco—aquella ocasión imprevista que define al artista. Casi todo el arte que se hace obedece a un encuentro con la casualidad.

—Lo interesante sería conocer su motivo circunstancial—dijo la mujer dadivosa de sus senos, mientras miraba de reojo a Braulio.

—Eso, señora—contestó el pintor polaco—, pertenece a mi historia, y yo odio todas las historias que no puedo inventar... El relato de *mi motivo* sería para mí muy verdadero y demasiado triste de recordar.

Cuando todos pidieron la historia, el pintor polaco accedió a explicar el motivo circunstancial de su arte:

—Yo soy hijo de una familia muy modesta, y aunque mis primeras aficiones fueron para la pintura, si en mis comienzos me hubieran dicho que tenía que alcanzar fama y fortuna pintando bodegones, antes hubiese ingresado voluntario en el ejército, que es lo que hacemos allá cuando tenemos hambre... Ustedes no pueden figurarse cómo odiaba yo a los bodegones; en mi país abundan tanto los bodegones, por lo menos como en otra parte cualquiera del mundo... todos los comedores tienen su buen par de bodegones, aunque no sea más que oleografía o muestra de las aficiones de la niña de casa..., sandías rojas, higos morados, pescadillas fosforescentes, perdices con las plumas revueltas por el tiro, en fin, todas las mil y una circunstancia alimenticia que animan a semejantes cuadros... Yo comprendo—dijo con el esguince de los buenos conversadores—que este relato es más propio para antes de la comida que para la sobremesa, pero procuraré enmendar el daño abreviando. Mi ambición era el paisaje y, sobre todo, el desnudo de mujer—sus ojos rebotaron contra los ojos de la ca-

sada pálida—; un día, sin embargo, el cuarto día de rigurosa dieta, empecé a tener alucinaciones terribles por la fiebre; veía por todo el estudio pirámides de bocadillos y la tentación de todos los alimentos que había visto durante mi vida pintados en los bodegones... Alucinado por el hambre me puse a pintar mi primer bodegón, un bodegón que, según dijo un crítico después, rezumaba grasa y alimentaba con sólo mirarle... Ahí tienen ustedes mi punto circunstancial; el hambre me definió como pintor de bodegones y aun hoy, sólo puedo trabajar bajo la influencia del desmayo.

El pintor polaco tuvo buen éxito con su relato, pero Max Rooder y Braulio se miraron con inteligencia porque ambos pensaban en el punto inicial del tenor en aquel auto azul que estuvo a punto de atropellar. Sabían que aquello era mucho más interesante; sin embargo, se callaron por cortesía.

Después, en la salita esquinada del piano con música refleja, accedió Braulio a cantar acompañado por la actriz catalana consagrada en el Metropolitano de New York; cantó el ventrílocuo pensando en su mujer «La dona e movile», con la misma maestría de sus mejores tiempos.

El empresario no quería de ninguna forma dejar salir al tenor sin firmar el documento del contrato, pero él se defendía aún, aplazando la última resolución:

—Dentro de pocos días—decía Braulio—, quizás mañana mismo, pero es preciso que antes lo consulte con mi mujer.

La tiple, después de estas palabras y después de

haberle oído cantar, ya no le miraba ardientemente. Prefería ella continuar cantando con el otro tenor soltero, que nunca le robaría los aplausos.

* * *

Muy tarde ya, se despidieron los invitados de Max Rooder. Braulio regresaba a casa intrigado, sin poder acertar cómo y cuándo conoció a la casada pálida de pelo húmedo... En el comienzo de su calle le asaltaron las primeras inquietudes por su enojo con Anita, no podía negar que temía extraordinariamente el hielo del encuentro en las altas horas de la noche, después de un día de discordia y después de haber pasado la primera noche de divorcio de su matrimonio.

Entró el ventrílocuo en la alcoba sin dar la luz para no despertarla, prefería que las primeras palabras dirigidas a su mujer perteneciesen al otro día. Se fué desnudando con mucho cuidado, al borde mismo de la cama...; el zapato izquierdo de charol resbaladizo como un pez se le cayó de la mano, chocando en el suelo con bastante escándalo. Braulio contuvo la respiración, esperando que Anita se revolviese en la cama... Pasado el peligro, entró en el desierto blanco y se empequeñeció en su sitio... pero la cama estaba extraordinariamente fría y demasiado tersa; entonces fué él tanteando con precaución en el sitio de ella... ella no estaba en su sitio.

Braulio se tiró de la cama tiritando; al dar la luz, encontró el gran armario abierto y toda la ropa y objetos revueltos por el suelo; por un momento,

pensó que le habían robado a la mujer con todo su ajuar, pero se calmó al advertir que el revoltijo de ropas y objetos rezumaba furia femenina... Al posar sus ojos distraídos sobre la cama, tropezaron con un papel escrito. Braulio no pudo impedir que se le cuajaran los ojos de lágrimas; temía que aquel papel escrito fuese la carta de despedida y, recordando la aventura de aquella tarde durante el paseo, aún añadió su pensamiento: «La carta de despedida de la adúltera».

Bajo la lámpara de pie que parecía una ducha de luz, leyó el ventrílocuo la carta de Anita: «Es preciso concluir con este estado de cosas; seguramente te has cansado de mí y buscas un pretexto para nuestra separación; pues bien, yo misma accedo a esa separación antes de sufrir la tortura que quieres imponerme. Hoy me he convencido de que nuestra vida en común es imposible. Porque he mirado a un mudo con el único interés con que se puede mirar a un colega, has convertido la casa en un infierno; en cambio, yo he pasado desde nuestra boda por todas las molestias de tus hijos y por sentir en torno mío las huellas de tus amores pasados. Ahí te quedan en el suelo de la habitación todos tus gratos recuerdos de A. Las fotografías en marcos valiosos, las flores marchitas, la ropa marcada con una inicial que a pesar de ser la mía, no me corresponde. Eso te demostrará que yo puedo ser muda, pero no tonta.

Mi deseo hubiera sido dejarte libre esta noche, pero he temido alarmar a mis padres presentándome en su casa a una hora intempestiva. Busca tú un pretexto, el que menos pueda apenarles, y llévame ma-

ñana mismo a mi casa, de donde me sacaste para hacerme desgraciada. Anita.»

Braulio fué en busca de su mujer directamente a la cocina, que es el refugio de las mujeres españolas después de los disgustos conyugales, pero la muda se salía un poco de esta regla y no estaba allí, ni en el ropero, ni en la despensa... En el piso, el respirar entrecortado de un lloro orientó al ventrílocuo. Era un respirar muy débil, semejante al de un niño que ha agotado las fuerzas en la rabieta... De todas formas, Braulio quedó sorprendido porque los lloros de su mujer siempre habían sido silenciosos, profundamente silenciosos, con el sólo acompañamiento a las lágrimas de movimientos convulsos de las manos. Anita se había acostado con la muñeca rubia, y Braulio, con el alma retorcida por el remordimiento, regresó a la cama barroca hostil a su causa.

Hacía tiempo que el ventrílocuo no dormía abrazado a la almohada, pero esta noche del disgusto grave tuvo que recurrir a esa compañía ficticia. Estaba intranquilo por el estado de su mujer que, a pesar de todo, seguramente le amaba; de otra forma, ¿a qué sentirse celosa sacando a relucir los recuerdos de «A»?... pero si le amaba, ¿por qué no lo había escrito en el papel? Al pensar en esto, creyó tener un procedimiento seguro para conocer el pensamiento de su mujer... pero ¡ay! la escritura—terminó pensando—nunca es sincera como la palabra, ni tiene espontaneidades ingenuas como ella en momentos de abandono que hacen conocer a las personas.

En el último punto de la vigilia y primero del

sueño, le asaltó a Braulio este pensamiento: «La casada pálida era aquella muchacha que se enamoró de mi cama cuando yo la compré...» Arrojó él lejos de sí la almohada que parecía simbolizar la mujer dadivosa de sus senos por lo cariñosa que estaba.

XXV.—VOZ

Después del primer disgusto superior a la reconciliación de la gran cama barroca, el matrimonio volvió a la relativa tranquilidad de los primeros tiempos con pequeñas reyertas sin importancia. Sin embargo, era una felicidad conseguida con esfuerzo y los dos esposos parecían atrincherados en sí mismos.

La culpa de todo la tenía Braulio cada vez más celoso y más indignado contra los hombres que le envidiaban la mujer. Tiene usted la mujer ideal—le decían los amigos—; nunca hemos oído a una mujer decir tantas cosas agradables para su marido. ¡Qué sabían ellos!

Cierta mañana Braulio vió aumentados sus males. Ya había olvidado aquellas tarjetas de los visitantes desconocidos que le asaltaron durante el célebre proceso, cuando el jardinero criado se las hizo recordar entregándole la tarjeta más misteriosa que Braulio había tropezado en su vida... La sorpresa fué mayor cuando el ventrílocuo vió entrar en la salita amarilla al burgués que acompañaba a su mujer aquella noche en que se le reveló el amor en el teatro.

—Le extrañará a usted mi visita—dijo el visitante que aparecía más grueso que lo era de natural,

como si estuviese hinchado de las palabras que venía a decir.

—Efectivamente, no acierto a comprender el motivo.

—¡Caballero! esta misma noche salgo de España —contestó el burgués sonriéndose misterioso.

—¿Y qué relación puede tener su viaje conmigo? —preguntó Braulio encogiéndose de hombros, como picado por el insecto de la indiferencia.

—La relación es tan íntima que únicamente me marcho al extranjero por usted.

—¡Por mí!

—Por usted, sí señor; es usted un tipo repugnante que me envenena la vida de tal forma que me veo obligado a huir para no asesinarle.

—¡Señor mío!—exclamó Braulio levantándose y golpeando el brazo de su sillón.

Pero el burgués no hizo caso del enojo de Braulio y continuó desinflándose de tantas cosas como había venido a decir:

—Usted. Me ha robado la mujer que yo amaba sobre todas las cosas de este mundo. Sí, yo la amaba por reflexión exacta, por cálculo perfecto que es el mejor de los amores, mientras usted la amaba por vanidad o por remordimiento... Yo fuí el que descubrí en Anita la mujer perfecta por su silencio y por sus cuatro juventudes y, en cambio, ella se casó con usted después de haber sido despreciada y escarnecida en público.

—Está bien—replicó Braulio—. Usted la amaba a ella y ella me amaba a mí, lo que quiere decir que usted no tiene ningún derecho a perturbar mi casa

contándome sus zozobras que por otra parte lamento infinito.

—Se equivoca usted, caballero, yo no he venido aquí para contarle únicamente mis zozobras; yo he he venido a verle para decirle algo más desagradable.

—¿Y ese algo es?

—Es sencillamente que ella no le ama a usted.

—¡Cómo!... ¡cómo!—gritó Braulio abalanzándose contra el burgués.

—Clara y llanamente que la muda ni le ama a usted ni puede amarle—contestó el burgués sujetándole la mano.

Braulio continuó oyendo al burgués mientras le miraba estúpidamente desde la butaca en donde había caído abrumado.

—Son inútiles esos trucos que usted emplea para espantar a los admiradores de su mujer; usted en su fondo sabe tan bien como yo que esa voz femenina con que usted mismo se dice ternezas, no siempre está contrastada con la aquiescencia de ella... Usted está envanecido porque la muda le ha preferido a todos los hombres sensatos que, como yo, le ofrecían su amor, pero al mismo tiempo, yo sé que usted empieza a dudar del amor de su mujer y yo he venido a sacarle de sus dudas demostrándole que ella no le quiere ni poco ni mucho.

—Entonces, ¿por qué se casó conmigo?—suspiró Braulio vencido.

—Se casó con usted porque la mayoría de las mujeres terminan casándose con el hombre que menos aman... Se casó con usted porque a una muda siem-

pre le ha de deslumbrar un ventrílocuo con su tesoro de voces; al fin y al cabo el matrimonio no ha sido para Anita más que la satisfacción de presentarse en público como domadora no sólo de la voz que le negó la naturaleza, sino de mil voces más... Se casó con usted por la influencia que en ella ejercieron sus padres que, además de saberle rico, compensaban de esta forma a su hija de la mudez con que la engendraron, y últimamente se casó porque la voz femenina que usted exhibía en público le pareció suya como se lo había parecido a tantas mujeres antes que a ella. ¿Pero acaso supone algo de esto un poco de amor siquiera?

—La voz femenina es de ella—dijo Braulio intentando su última defensa igual que si dialogara con su conciencia—. Yo mismo se la robé una noche cuando Anita apenas contaba días... Yo mismo se la robé aunque después no tuviera la valentía de confesarlo en público.

—¿A mí con esas patrañas?... ¡Precisamente a mí, señor Capitel! Usted olvida que si hay alguien en el mundo capaz de no dejarse convencer por esas supercherías soy yo, el burgués perfecto, de pura cepa, al margen de todos los remolinos dislocados que la gente acepta para cambiar un poco las viejas verdades y mentiras.

—Eso también es falso, las verdades y las mentiras se renuevan y si era mentira que Anita me amaba cuando usted la conoció y la trataba, hoy es una verdad que me quiere, una verdad que nadie mejor que yo puede conocer, puesto que soy su marido.

—¿Quiere usted decirme cuándo se lo ha dicho ella?

—¿Que cuándo me lo ha dicho ella?

—Sí señor, sí, ¿cuándo?

—Todos los días y a todas horas.

—Si usted se conforma con que se lo diga la voz femenina, no cabe duda, ahora mismo y aunque ella no esté aquí puede usted repetirse lo mucho que le aman, pero aparte de esa voz que hace aparecer a su mujer ante los ojos de los hombres como la mujer más amante de su marido, ¿qué otras pruebas ha recibido usted del amor de ella?

—Sí, señor; las miradas de sus ojos y su misma voluntad de casarse conmigo porque yo soy incapaz de ofenderla, suponiendo en ella un motivo egoísta, aunque haya tenido la cobardía de oir las ofensas en boca de usted.

—¿La mirada de sus ojos?... ¿A cuántos hombres habrán mirado con la misma expresión que a usted?... En fin, señor Capitel, mi propósito ya está cumplido, ya me siento mejor, menos hinchado, más ingrávido... Le ruego que me perdone y que no olvide que el «sí» que recibió de Anita al pie del altar, se lo dió usted a sí mismo, lo que constituye una causa de nulidad del matrimonio, que yo aprovecharía, si no temiese las molestias de los trámites... Yo amaba precisamente a su mujer porque era la mujer perfecta sin complicaciones, la única mujer posible en un hogar como el que yo he soñado.

El burgués salió recogiendo su tarjeta de la mesa, una tarjeta cuyo misterio principal era aquel recuelo de visita en visita a que la sometía su propietario,

como esas tarjetas de felicitación de pascuas que se trasiegan de persona arrancando propinas, Braulio no había sufrido nunca una conmoción tan grande como la de aquel día... La terrible y absurda conversación y sobre todo aquellas últimas palabras: «No olvide que el SI que recibió de Anita al pie del altar se lo dió usted a sí mismo»; querían desentroncar al ventrílocuo de la realidad... Por su imaginación pasaron las resoluciones de todos los maridos desesperados.

Ante la tortura de aquella pregunta: ¿me amará mi mujer?, Braulio recordó la historia de aquel hombre que asesinó para contestarse una interrogación... Miraba desde la ventana el campo amarillo, con el enfoque infinito de sus ojos. Lo mejor sería huir al campo con ella—pensó Braulio—; en el campo tranquilo y solo, libre de envidias humanas y bajo un cielo distinto, como aquel que cubrió la ciudad extrañada, cierta noche, podré seguramente sorprender en ella el momento de sinceridad y de abandono que me descubra la verdad, hasta quizás pueda descubrir en la desesperada inercia del campo las tres únicas palabras que me interesan de las manos de mi mujer: *Amor, Odio, Braulio*... Quizás, quizás lo mejor fuese ir a una playa para que sienta la tentación de escribir su verdad sobre la arena con la punta de la sombrilla.

De pronto asaltó a Braulio una idea a la que se acogió con cariño, como último refugio de sus esperanzas: Pensó dedicar en adelante todos sus esfuerzos a injertar la voz femenina en la garganta de ella, no tuvo en cuenta los desvelos ni la paciencia nece-

saria, ni siquiera la posibilidad del intento... Aunque tuviese que emplear en la tarea toda su vida, lo importante para él era descifrar a la mujer que quería tanto.

Cuando le avisaron la hora de la comida, bajó Braulio al comedor con la arruga de las cavilaciones más acentuada en su frente.

—¿Estás enfermo?—preguntó la voz femenina interpretando los pensamientos de su mujer.

—No, no es nada—contestó Braulio.

—Sí, te encuentro pálido, debes de tener fiebre, dame la mano—insistió la voz femenina.

Braulio sintió en su mano, aprisionada entre las manos tan amadas de su mujer, la picazón de millones de pensamientos totalmente desconocidos. Estos pensamientos—pensaba el ventrílocuo—nunca podrán ser expresados por la voz femenina mientras me pertenezca a mí; sólo cuando Anita sea la dueña única de la voz, en virtud de la teoría de los vasos comunicantes, podré saber los pensamientos escondidos de esas manos que guardan el secreto que me preocupa.

—Más bien estás frío—continuó la voz femenina.

—Sí, ya te he dicho que no es nada—contestó Braulio ocupando su puesto, y después añadió muy despacio mirando a su mujer con la expresión de ternura más infinita—: ¡cuánto agradezco tu solicitud, Anita; no sabrás nunca cuánto te lo agradezo.

—Te encuentro raro, Braulio; ¿por qué me hablas así?... ¿Acaso no me preocupé siempre por ti lo mismo que hoy?

—Sí, es verdad, siempre.

—¿Quién era ese señor que te ha ocupado toda la mañana?—preguntó la voz femenina, cortando de esta forma la conversación excesivamente cariñosa que precedía siempre a las reyertas que encrespaban las dos voces.

—Es... es un antiguo amigo tuyo, aquel señor que vi contigo en el palco la noche que te confesé mi amor.

—¿Y qué quería?

—Nada, proponerme un negocio... Es empresario de un teatro extranjero y quería contratarme.

—¿Y has aceptado?

—No, no, de ninguna forma; de volver a cantar, quiero que sea en Madrid.

Continuaron comiendo en silencio hasta que comentó él:

—Estas empanadillas me recuerdan la primera comida que hice en tu casa el día de tu cumpleaños... ¡Qué bien las hacía tu madre!... ¿No te acuerdas tú de las empanadillas de aquel día?

—¡Jesús!, qué memoria—comentó la voz femenina, mientras Anita reía—, qué memoria tan poco poética, ¿sólo recuerdas de aquel día las empanadillas?

—No, no—protestó Braulio—, estas empanadillas me han recordado aquel día, pero aquel día completo...: tus risas más felices y más dulces que las de ahora, el café endulzado con tus ojos, nuestra conversación junto al balcón con visillos de «madrás», nuestros besos...

Anita agachó la cabeza, sin atreverse a romper aquel sentimentalismo en que se desbordaba su ma-

rido. Comprendía que el ventrílocuo terminaba de sufrir una transformación de raíz y que en adelante, por sumisión de él, ya no serían posibles los pequeños y los grandes disgustos conyugales... Después de los postres, cuando ya los muñecos se habían retirado, Braulio propuso a su mujer:

—¿Quieres que vayamos a dar un paseo esta tarde?

XXVI.—VOZ

El matrimonio montó en el auto azul con dirección al campo. Pasaron por la avenida larga, inflada a trechos formando plazas, después por el arrabal con los grupos agónicos de casas intermitentes... Era el mismo camino que cierta tarde recorrió Braulio con su padre años atrás. ¡Qué lejos estaban ya aquellas «voces» de su vida!

Ya no es fábrica de muñecos de ventriloquía, se dijo Braulio, cuando pasaron ante una casita con dos fachadas opuestas, aunque ya había perdido su calidad de última casa de la ciudad y primera del campo. Braulio pensó con horror en los misterios que ocultaría la antigua fábrica de muñecos, ahora perfectamente blanqueada y con un jardín que se advertía estaba cultivado por su dueño. Cuántos restos de muñecos quedarán sepultados en la tierra y cuánto espanto se refleja en estos contornos por la voz esperada que nunca ha llegado... Tengo la seguridad de que los pájaros no cantarán nunca en torno de esa casa. Terminó su pensamiento.

Braulio hizo parar el coche junto a un rastrojo que parecía el cepillo de las alfombras de otros campos verdes, y ayudó a su mujer a bajar del coche. Cogidos del brazo, con contactos que él había presentido sabiamente al escoger aquel camino, empezaron a

caminar. Cuando estuvieron bastante alejados del coche, dijo el ventrílocuo bruscamente:

—Anita, he pensado injertar la voz femenina en tu garganta, para que quede definitivamente en ella.

—¿Para eso hemos venido aquí?—interrogaron los ojos de la muda.

—Para eso, sí; es de mayor importancia de lo que supones, por lo menos para mí es cuestión de vida y muerte; puedo asegurarte que este momento es el más transcendental de mi vida.

—¡¡¡¡ ????... ¿¿¿¿ !!!!

—La voz femenina—continuó Braulio—bien sabes que es tuya, pero está inadaptada a tu garganta, y por eso no entra en ella... No se quieren tu garganta y la voz, como no pueden quererse la madre y la hija que han vivido veinte años separadas, pero mi deber es restituirte tu voz, yo no puedo vivir tanquilo mientras no aplaque los remordimientos que anidan en mi alma.

—Pero, ¿por qué ese empeño, Braulio? Mi vida se desenvuelve junto a ti y junto a mis pocos amigos mudos. ¿Para qué quiero la voz? Cuando estoy contigo, ¿acaso no interpreta ella los pensamientos de mi cabeza?... Y cuando estoy con mis amigos, ¿para qué quiero la voz si ellos son sordos y mis manos expresan perfectamente los pensamientos?

Braulio no quiso decir que aquellos pensamientos de las manos eran precisamente a lo que él quería conocer y continuó con sus argumentos:

—Debes pensar, Anita de mi alma, que yo no soy eterno, que lo lógico y casi seguro en nuestro caso es que yo muera antes que tú, puesto que eres la

mujer de cuatro juventudes, y cuando yo muera, ¿no te hará falta tu voz?

—Pero lo que pretendes no es nada fácil; si lo fuese, hace tiempo que tú lo habrías hecho. Ni siquiera sabemos si será posible aclimatar la voz a mi garganta... ¡Pocas madres e hijas se aman mutuamente después de veinte años de ausencia!

—Por eso precisamente he querido hablar contigo con la mayor seriedad; necesito que me ayudes y pongas conmigo todo el empeño necesario para llevar a término feliz la trasfusión de las dos voces.

—¿Has pensado ya algún medio?

—Concretamente, ninguno, pero creo que ante todo debemos olvidar los besos de las manos para besarnos lo más posible en la boca; debemos ligar nuestras gargantas con la misma bufanda, hablarnos lo más posible procurando tú mover siempre los labios al compás perfecto con las palabras de la voz femenina, y yo, por mi parte, procuraré saturar las habitaciones de nuestra casa con las palabras de tu voz para que respires continuamente un ambiente fecundante.

—Bien, bien, se hará lo que tú quieras.

—Un último favor he de pedirte:

—¿Y es?

—Que renuncies, al menos por una temporada, a tus conversaciones con los mudos; retrasarían mucho la trasfusión de la voz.

—Convenido; pero permitirás, al menos, que si al cabo de cierto tiempo fracasamos vuelva a la única distracción inocente de mi vida.

—Si fracasara mi propósito quedarás en libertad para todo, para todo... incluso para separarte de mí.

—¿Y quién ha pensado cosa semejante?—protestó la voz femenina—. ¿Acaso yo me casé contigo a condición de que me devolvieras la voz?

—No, no, es el remordimiento, ¿comprendes?, es el remordimiento que no me permite vivir junto a ti.

Regresaron a casa en silencio, distraídos ambos en sus pensamientos; los de ella, pensamientos dobles de cabeza y de manos... pensamientos que rastreaban dentro del coche con materialidad invisible.

***

La trasfusión de la voz femenina desde la garganta del ventrílocuo a la de la muda se llevaba a cabo sin omitir ningún sacrificio, por pesado que fuese. Además de los besos repetidos en la boca, de la saturación de palabras en todas las habitaciones de la casa, de los diálogos repetidos con ejercicios bucales por parte de ella, Braulio había ideado un ligamento común a las dos gargantas, para las horas de sueño. Era un ligamento como el que sujeta a los troncos del árbol el escudo del injerto. Sin embargo, pasaban los días sin obtener el menor resultado de éxito.

Anita no se atrevía a pensar reproches para no empeorar su situación con la voz femenina, pero amenudo cogía un lápiz para decirle a su marido:

—Es inútil esta tortura a que me sometes; parece que más que devolverme la voz quieres hundirme más y más en la mudez, no me dejas conversar con mis amigos y ni siquiera puedo ya comunicarme contigo por temor de ahuyentar a la voz con pensamientos desagradables... hasta he notado que «tu»

famosa voz femenina deja de interpretar algunos pensamientos míos.

Braulio la contestaba:

—No te impacientes; es preciso que permanezcas tranquila para no malograr nuestros esfuerzos. ¿Cómo puedes pensar que yo quiero condenarte a mayor mudez, cuando mi deseo sería poner en tu garganta todo el tesoro de mis voces?

Hasta el mismo Braulio fué perdiendo poco a poco la esperanza de devolver la voz a su mujer, tanto que en una ocasión, cuando mayor era su abatimiento, hallándose ambos en el despacho, no pudo resistir la tentación de coger el lápiz rojo y escribir con letras gruesas en la pared para que le contestasen las manos de la muda: «¿me quieres o no?» Ella contestó con la mayor indiferencia: «naturalmente»... El ventrílocuo quedó sumido en la misma incertidumbre... *Pero...*

Cierto día, la garganta de la muda emitió un ligero sonido por primera vez en su vida, no había llegado ni con mucho a ser una palabra, pero sí un germen de palabra, algo como un aborto capaz de alborotar a los dos esposos. Ambos se sintieron inundados de esa alegría que trascienden los matrimonios al recibir el primer aviso del hijo deseado que ya no se esperaba conseguir. Desde entonces se redoblaron los esfuerzos para la trasfusión de la voz y él espiaba durante la noche la garganta de su mujer, esperando descubrir el primer síntoma del embarazo.

Al primer «tá-tá» claro que emitió la garganta de la muda, se le buscaron cien mil interpretaciones y el esposo feliz salió corriendo de casa para volver

poco después con un soberbio collar de perlas para premiar la garganta de su mujer.

Anita era mimada con la misma solicitud que la esposa embarazada del marido viejo. Estaba sometida a un régimen especial de alimentación y sólo se le permitía salir de casa para dar un pequeño paseo por la mañana entre el sol y sombra de las frondas del Retiro. A ella se le habían agrandado los ojos azules con el asombro de sentir en sí misma el sonido y con la esperanza de una voz inmediata... Algo tenía, efectivamente, de embarazada aquella mujer, según denunciaban las miradas sin codicia de los hombres.

Al despertarse una mañana la voz femenina, dijo interpretando los pensamientos de la muda:

—Presiento que hoy va a ser el día feliz del alumbramiento... me noto la garganta hinchada, a punto de estallar... tengo la sensación de que voy a romper a hablar de pronto.

—Sí, sí, querida, si no es hoy será mañana, pero es seguro que no tardarás en hablar—contestó Braulio, subiendo el embozo hasta cubrir bien la garganta de su mujer—, ahora permanece tranquila hasta que te traigan el desayuno, después aprovecharemos esta mañana templada para dar un paseo por el Retiro.

—El caso es que hoy quería ir a ver a mis padres, ¡tengo a los pobres tan olvidados!

—Todo se puede arreglar; mientras desayunas y te vistes, puedo ir a invitarles a comer con nosotros.

—No, Braulio, no, no quiero quedarme sola, porque de un momento a otro... ¿comprendes?

—Es verdad, no puedes quedarte sola, yo debo y quiero ser el primero en recoger las nuevas palabras

de tu boca; si te parece, enviaremos el coche por ellos, mientras damos una vuelta a pie por el bosquecillo de pinos que nos gusta tanto.

—Lo que quieras, Braulio—y la voz femenina añadió poniéndose muy melancólica:—Si vieras qué triste estoy al mismo tiempo que me siento dichosa... no sé lo que tengo, quizás pena por mis manos; ¿no notas qué raras se están poniendo mis manos? ¡fíjate! esta sortija parece que se está muriendo, siento además un extraño fluir indeterminado de mis manos a la cabeza.

—Querida mía—gritó Braulio con júbilo—, también presiento yo que hoy va a ser el día feliz en que recobres definitivamente la voz.

* * *

El auto les dejó junto al andén del paseo central próximo al bosquecillo de pinos, y ya iban a internarse en él, cuando Anita dijo con aquella voz femenina que ya fluctuaba entre las dos gargantas:

—Debe de ser ya el tiempo en que brotan los rosales, ¿quieres que vayamos a ver la rosaleda?

—No creo que broten todavía los rosales, pero podemos verlo.

Cuando estuvieron en el centro del paseo de coches, Braulio vió venir desenfrenadamente hacia ellos un automóvil azul, uno de esos autos que matan con seguridad si logran pillar. El ventrílocuo intentó coger a su mujer por un brazo, pero ella ya había dado el paso fatal que la hizo desaparecer bajo las ruedas del coche, que más que atropellar, parecía

haberse tragado a su víctima... Braulio vió con ojos de espanto a su mujer tendida en el suelo, mientras el auto asesino desaparecía. Con el volumen de sus mil voces gritó él: *Es el auto de mi destino...* es el mismo auto que casi me atropelló a mí, dejando en mi garganta la voz de tenor. Es el motivo materializado que lleva en sí mismo la conjunción de lo mejor y peor de nuestras vidas... Es el chasis de mi destino montado sobre las cuatro ruedas de lo imprevisto.

...El ventrílocuo, antes de que acudiesen las gentes a sus gritos, se arrodilló junto a ella, llorando lágrimas negras, apretando contra su pecho la cabeza ya muerta.

Al separar a Braulio de aquel lugar, su pie tropezó en el suelo con algo, se agachó para recoger tres palabras que habían quedado junto a un hilillo de sangre, eran las tres primeras palabras que había pronunciado su mujer en el momento de morir; más que tres palabras, eran tres fetos de palabras deformados como todos los fetos, pero que expresaban claramente:

TE AMO, BRAULIO

El ventrílocuo se estiró la cadenita del guardapelo que llevaba colgado del cuello y colocó las tres palabras de Anita junto a un trozo de bigote de su padre y un rizo rubio de su madre...

...Lloraban todas sus voces y él se había ennegrecido de pronto.

XXVII.—VOZ

Braulio derramó sus últimas lágrimas sobre los muñecos al tiempo que los iba encerrando en las cajas bien nevados de naftalina. Antes de echar definitivamente las tapaderas de aquellas cajas, largas como ataúdes en que antaño viajaron los muñecos, el ventrílocuo les hacía decir las palabras postreras de la vida y les daba el beso de la despedida eterna, sin esperanza de cielo... Fué aquello como otro de sus tantos entierros.

Cerró una a una todas las ventanas, sintiendo en sí mismo la ceguera a que condenaba la casa. Se despidió particularmente de cada pieza y al echar las llaves a las puertas era como si encerrase sus recuerdos. En la alcoba no pudo reprimir un turbión de lágrimas y se separó de la gran cama barroca, dando al somier elástico cariñosos golpecitos como si palmoteara en las ancas de una jaca.

Terminada aquella misión, el ventrílocuo, con el traje negro que llevaba dignamente su dolor con espléndida significación de luto por viudedad, se encaminó a casa de su notario.

Vivía el notario en el último piso de una magnífica casa del barrio de Salamanca, en cuyo ascensor

estaba puesto el cartelito «NO FUNCIONA». Un cartel, que como cosa definitiva, había enviado hacer el propietario de oro y brillantes para que no desdijera en la suntuosidad del patio de mármoles y bronces... ¿Qué resignación cristiana era aquella de Braulio cuando subía las escaleras?

El notario no llevaba gafas, pero le recibió en un gran despacho con sillones de cuero. Braulio le entregó las llaves de su casa, preguntándole:

—¿No falta nada más?

—Nada más, señor Capitel. Todo se cumplirá como usted ha dispuesto.

Entonces el ventrílocuo, tras un suspiro que parecía haberle desinflado por completo, se despidió con un «Dios se lo pague» y bajó las escaleras mirándose las puntas de los zapatos.

Picó el anzuelo de un látigo de simón y se dejó conducir por las calles con su antigua indiferencia de hombre anuncio. Al fin, se apeó ante la verja de un asilo de niños sordomudos y agitó el cordón de la campanilla, una de esas tristes campanillas fijas que suenan en su prisión como un pájaro enjaulado.

Le abrió un lego zalamero que le condujo a través del patio húmedo y por estrechos pasillos hasta el despacho alcoba del superior. Era el superior un fraile de pies grandes y cabeza pequeña que en la inmensidad de la sala parecía dispuesto a filmar la escena de la tentación.

—Vengo a despedirme de todos ustedes—dijo Braulio con su voz más opaca—. Mi misión ha terminado.

—Dios se lo pague todo, estos niños y los niños

que en adelante ocupen sus puestos en el asilo le tendrán siempre presente en sus oraciones.

—No, padre, no; todo se lo deben a ella, a ella hay que rezarle.

Braulio no pudo reprimir un sollozo largo animado por el temblor de mil voces ocultas.

—Valor, hijo mío—animó el fraile tomándole las manos—. Piense usted en lo transitorio de este valle de lágrimas y en el premio que Dios le tiene reservado.

—Padre—exclamó el ventrílocuo ya repuesto—, un último sacrificio quiero hacer por los niños en memoria de ella... no sé si los pequeños podrán aprovechar mis voces, pero espero que sí porque sus gargantas son todavía muy tiernas, voy a dejar todas mis voces enredadas entre las ramas de los árboles y Dios quiera que puedan aclimatarse en los pechos de los pequeños.

El superior sonreía con ironía frailuna, agitando mucho sus hábitos negros, como si aquellos trapos fueran las rojas franelas que citan al toro al quite. Braulio había abierto mientras la ventana que daba al patio de viejos árboles y dejaba escapar el tesoro de sus voces, cada vez más pálido como si estuviera desangrándose.

Después, se despidieron con esa frialdad que ponen los frailes en las despedidas y Braulio salió de allí notando en la inmensidad de su pecho vacío el bailoteo de la única voz que le había quedado.

Braulio ya no poseía más que las cinco pesetas con veinticinco céntimos que llevaba en su bolsillo. A no ser por su espíritu cristiano se hubiera suicidado,

pero así sólo se había desprendido de sus bienes para realizar el otro suicidio metafórico de Burguncio.

El microbio de la vocación religiosa, un microbio negro y melancólico desahuciado de todos los pechos, se había alojado confortablemente en el suyo, animándole a empujones hacia el claustro. Como ya estaba todo previsto, no quiso contrariarle más.

En una taberna compró cristianamente una libreta de pan y calamares fritos. Eligió los calamares porque sí, pero después de haber envuelto la merienda en un número de *El Debate*, comprendió que en esa bolsa de los calamares puede un día encontrarse la solución al problema más trascendental.

Los calamares fritos parecen aquellas bolsas repletas de oro que arrojaban los personajes del siglo XVIII y aunque hasta el momento han aparecido siempre vacías, Braulio no dudó en aquellos momentos que algún día se descubriría en la bolsa de un calamar algo así como los orígenes del mundo.

Camino de la estación tiró el sombrero porque le molestaba; ¿para qué lo quería, si ya no tendría que saludar a nadie? Pocos metros más allá se paró indeciso, porque no sabía si aceptar el sacrificio de los zapatos que le hacían daño o quitárseles también; por fin se quitó los zapatos y los arrojó con indiferencia en medio de la calle de Alcalá. Libre de aquellos impedimentos reanudó la marcha, notando con extrañeza que no sentía el más mínimo pudor por su situación.

De pronto, se vió rodeado por la multitud y asido del brazo por un guardia con el imperativo de la autoridad en la boca:

—Acompáñeme usted a la comisaría.

—¿A la comisaría, por qué?—preguntó Braulio con humildad cristiana.

—Por alterar el orden público. ¿Cree usted que es decente quitarse los zapatos en una calle céntrica?

—Es que me molestaban mucho, guardia.

Esta ingenuidad conmovió a los oyentes, que en el acto comenzaron a abuchear al guardia. La cosa se agravó cuando intervino un cura eruptando vermut y declarando con aplomo:

—Deje marchar a ese hombre, guardia; es un pobre perturbado.

Entonces hubo división de opiniones y comenzaron las disputas:

—Que sí está perturbado.

—Que no está perturbado.

Por fin, un señor grueso, con voz de mujer, resolvió la situación:

—Ese hombre termina de hacer lo que diariamente piensan millares de ciudadanos. Ese hombre es un valiente y un sincero, que ha roto una de las mil estúpidas normas sociales... Yo le aplaudo y le imito.

El hombre gordo se quitó los zapatos y los arrojó con desprecio al arroyo. La mitad del público hizo lo mismo, por sus pobres callos; la otra mitad por ese algo de coristas que tienen la mayoría de las gentes reunidas. Ante esto, el guardia volvió a su puesto y con el eclecticismo tan amado del Cuerpo se desabrochó los cordones de sus botas.

Braulio se propuso llegar a la estación lo antes posible para evitar nuevos incidentes, pero en el paseo del Prado encontró un banco recién pintado de verde con ese cartelito del *cuidado con la pintura* y que es

con el de *peligro de muerte* los únicos avisos respetados.

El ex ventrílocuo no pudo resistir a la tentación de sentarse allí para cumplir un deseo que había sido de toda su vida, desde que una tarde, en sus cuatro años, no había otro banco desocupado en el paseo y él estaba tan rendido, que caminaba con pies de corcho. Se sentó, pues, en aquel banco que, al mancharle de verde, era como si le cubriese con un moho definitivo que le apartaba del mundo.

Se le acercaron varios viejos solícitos para indicarle lo que creían su equivocación; pero Braulio, después de agradecer las advertencias, continuaba sentado y aun se arrellanaba más, convencido de su superioridad. Los pobres mentecatos del mundo limpiaban los asientos con sus pañuelos, mientras él, por primera vez en su vida, podía sentarse del *todo*.

Seguramente hubiera permanecido allí durante el resto de su vida, pero el desfile de personas que le advertían el peligro de la pintura se le hizo insoportable y, además, a cada momento crecía el grupo de los que le rodeaban asombrados.

Cuando Braulio intentó retirarse, se le acercó un señor flaco para felicitarle en voz alta:

—¡Caballero!, por fin ha roto usted el ridículo miedo que tiene la humanidad al *Cuidado con la pintura*. Hace treinta y dos años que arrastro el deseo de sentarme en un banco como ese y aún no lo he satisfecho; primero, me lo impidieron mis padres; después, mi mujer y ahora que estoy sólo temía el ridículo, hoy gracias a usted puedo ya cumplir esa ambición.

Se sentó el hombre flaco beatíficamente, notando el cariño de aquel barniz que le acogía pegajoso como reteniéndole en el asiento. Y ocurrió lo que siempre ocurre cuando se rompe una tradición: Todos se desparramaron buscando bancos recién pintados hasta no quedar en toda la ciudad uno solo por ocupar.

Braulio no salía de su asombro al verse convertido a cada momento en ídolo de las masas. Sabía que si se convocase inmediatamente a unas elecciones, saldría diputado por mayoría absoluta y esto era para él tanto más maravilloso porque lo había conseguido sin ningún esfuerzo, con sólo dejar suelto su impulso natural. ¿Por qué iremos siempre tan a contrapelo de la vida?—se preguntó entonces atónito.

En una esquina encontró un mendigo con el cartelito de *Pobre mudo* colgado al cuello. Braulio se quedó absorto contemplando lo que hasta entonces había sido en el mundo su antídoto; en aquellos momentos, si hubiera conservado sus voces, se habría él colgado con entusiasmo este otro cartel: *Pobre ventrílocuo*. Ya no le quedaba nada de qué desprenderse, pero en recuerdo de su mujer, sacó unos centenares de palabras de su única voz para ofrecérselas al mudo. Eligió aquellas palabras de su vida pasada que en la futura no le servirían para nada. Su sorpresa fué grande cuando el otro se las agradeció con perfecta voz de «spike».

—Dios se lo pague, buen hombre; las aceptó para ofrecérselas a un compañero de mudez auténtica que ama la voz precisamente porque la desconoce.

—Pero, ¿entonces usted por qué se dice mudo?

—Porque en realidad lo soy aunque sólo sea mo-

ralmente, sí, señor; yo soy mudo por pereza; hace más de diez años que no decía ni una palabra; si hoy he hablado es por lo extraordinario de su limosma.

—¡Pereza!... ¡Pereza!—exclamó Braulio.

—Sí, señor, pereza de hablar, pereza infinita y convencida. Créame, la palabra es perfectamente inútil si el hombre fuera mudo como le corresponde por su condición animal; sería más perfecto y se adaptaría mejor a la vida... La palabra fué el gran castigo de Dios... Adán no habló hasta la expulsión del Paraíso.

A Braulio le interesó súbitamente la vida de aquel hombre y lo arrastró hasta el café más próximo. Allí se sentaron en la única mesa desocupada y pidieron cerveza; pero antes de servírsela, Braulio vió junto a la puerta el cartel de *Reservado el derecho de admisión* y entonces expulsó a su compañero y se expulsó a sí mismo con gran escándalo del camarero que quería cobrar los servicios. Fué necesaria la intervención del dueño y no pudo ser más acertada.

—Tiene razón este hombre—dijo—, alguna vez tenía que funcionar la inutilidad de esa advertencia.

Inmediatamente se procedió a expulsar una docena de clientes, los más antiguos del establecimiento, mientras el resto aplaudía emocionado por la actitud de Braulio y por todo el local se repetía la misma frase:

—Es el primer hombre que ha empezado ha hacer justicia por sí mismo. Deben nombrarle presidente de todos los tribunales de la península.

Al ex ventrílocuo ya no le cupo duda de que aquel día recogía él la mayor cosecha conocida de votos.

En una taberna pudo hablar por fin el falso mudo ante el aspirante a mudo que empezaba a comprender cosas.

—Yo he sido ministro y orador sagrado y ocurría que siempre tenía que rectificar mis palabras por inútiles. Si defendía un proyecto de ley en beneficio de la agricultura de levante perjudicaba a la agricultura del norte... Si condenaba desde el púlpitos los pecados de pereza, aumentaban los pecados de gula...

Y siempre así, hasta que un día, convencido de la inutilidad por las compensaciones, renuncié a hablar para siempre.

—Pero hay hombres inquebrantables—expuso Braulio—que se creen en posesión de la verdad y la defiende durante toda su vida.

—Sí, pero entonces surge otra voz contraria en posesión de otra verdad para compensar aquélla y el resultado siempre es el mismo: quedar exactamente igual que antes de hablar las dos voces.

—¡Entonces!, ¿que pensará usted de mí que he sido ventrílocuo?

—Pienso que habrá sido usted muy desgraciado, algo removido siempre, traído y llevado, inestable, jamás comprendido...

—Tiene razón—suspiró Braulio—. Todo es un castigo justo porque ha de saber usted que yo quise vencer a la mudez... Necesito penitencia.

Braulio dejó sobre la mesa para el mundo auténtico un verdadero caudal de palabras, sólo se reservó las últimas necesarias para el viaje: billete... frailes... favor... varios adverbios, preposiciones, algún

pronombre, unos poquitos artículos. Casi nada. Después pagó con sus últimos céntimos. Decididamente era cadáver.

Ahora el camino de la estación empezó a erizarse de básculas automáticas, de esas que prometen el peso exacto por diez céntimos, y Braulio, que nunca había sabido su peso, sintió de pronto necesidad de pesar su persona... No era aquello un vano capricho, no; era una lógica necesidad que le hacía rebuscar en sus bolsillos unos diez céntimos olvidados que no aparecían.

La tentación de básculas era magnífica: blancas, azules, amarillas, todas con saetas afiladas, saetas oscilantes que un día, ante un peso superior, saltarían de sus esferas para asesinar los aeroplanos y los globos enemigos.

Ante la báscula de los boxeadores, aquella que clasificaba pesos gallos, fuertes, pluma, mosca, «walters», la tentación se hizo irresistible, tanto, que estuvo a punto de reanudar su vida para poder pesarse, reanudar la vida con todas sus consecuencias desagradables por este orden en el rehacer: respeto a los carteles de prohibición, zapatos, sombrero, fuga de voces inútiles, trabajo, amor y corbata. Sí; también la corbata, que se terminaba de quitar para no ahorcarse.

Como último recurso, Braulio se apoyó en un árbol y extendió la mano en una petición muda de limosna, pero su figura no estaba todavía suficientemente preparada para mover a caridad y tuvo que renunciar al «tiket» de la báscula con su peso exacto, un «tiket» que quizás le hubiera mostrado su verdadera

posición en el mundo y hasta una exacta explicación a porques traducida en kilos.

Ya en la estación, Braulio pidió con medias palabras su billete gratuíto, al que tenía derecho por ser aquél su último viaje. Pero el empleado le exigió la contraseña que lo acreditara, y como no la tenía, tuvo que recurrir al jefe de estación: una gorra sostenida por un hombre.

—Voy mi último viaje—dijo Braulio con sus pocas palabras que le convertían en extranjero—; derecho gratis.

—Es exacto, buen hombre, pero para obtener ese billete es preciso acreditar que no es extranjero, y además solicitarlo por medio de una instancia acompañada de certificados de buena conducta y vecindad.

—Hoy... salir...—No pudo terminar.

Braulio se alejó convencido de la inutilidad de sus súplicas y se refugió en el vestíbulo entre un gentío removido y en un decorado que los convertía a todos en forasteros.

Pensó transportar maletas para ganar el dinero de su billete, pero en su frente, libre de la evaporación de las palabras, surgió una idea mejor: Volvió a pedir limosna, pero ahora había encontrado la zancadilla espiritual que conmueve a fuerza de exaltar el egoísmo.

Se puso junto a la taquilla, en la desembocadura por donde tenían que desfilar necesariamente uno a uno los que ya habían conseguido su billete, y en el momento en que se guardaban el dinero de la vuelta él decía proféticamente estas dos palabras felizmente perdidas en su pecho:

—*Puede descarrilar*.

El efecto era inmediato y seguro. El viajero recordaba con pavor la posibilidad de una muerte repentina; a este recuerdo seguía otro de la infancia y del colegio. Todos se veían niños en un mes de María y con una estampita de la Virgen en la mano. En el dorso de la estampa venía una jaculatoria y el ejemplo de un pecador salvado por la sola buena acción de una limosna dada en nombre de María.

Braulio iba recibiendo las limosnas como si cobrase el cupón de un seguro especial contra riesgos espirituales. Con su mirada parecía prometer a los posibles accidentados un beneficio del mil por uno, que siempre ha sido la mínima pretensión de los místicos.

Después de aquello él hubiera querido volver al paseo de las básculas. Pero una vez conseguido su billete no le quedó tiempo ni para comprar el diario del camino. Ese diario irresistible hasta para los analfabetos.

Se metió en un vagón de tercera en cuyo techo ardían en las lámparas de aceite dos lenguas de falsa Pentecostés, y tomó por la ventanilla una almohada con ese algo de buena pesca que tienen las cosas conseguidas desde dentro y a altura superior.

El tren se envolvió en humo negro y partió tristemente, porque era un tren otoñal de anochecido, porque hasta los coches de primera eran penitentes y porque no hubo en el adiós la esperanza de ningún retorno, excepto los archisabidos del maquinista, fogonero y revisores. Decididamente era un tren de: alcalde de capital de provincia en comisión oficial, opositores derrotados, hacendistas con cédula de

quinta clase, enfermos deshauciados por eminencias médicas, militares removidos y un fraile con vocación.

Había en el departamento objetos perdidos de esos que no se encontrarán nunca y sueños malogrados reumáticos y envejecidos. Allí era todo interesante: avisos, placa con el extracto del reglamento, rejillas de pesca obligada, timbre de alarma. Todo menos los viajeros, con excepción de una niña de cuatro años, muy constipada.

Braulio se envolvió en la melancólica manta de sus recuerdos viajeros, notando en su pecho marcadas las ausencias de las voces. Tenía la sensación de ser un cuadro registro de central telefónica con todas las chapas caídas.

Después de tomar la libreta de pan con calamares fritos sin sorpresa en la bolsa, apoyó la cabeza en la almohada y se encontró asaltado de pronto por pensamientos lascivos, como un santo de mérito. Tenía la almohada contactos gratos de mujer desnuda. Esto le sucedía porque en su vida había él dado muchas veces a las almohadas categoría de mujer. A no ser por la vocación, le hubiese parecido un premio.

Hubo un momento allá por las tres de la madrugada que el tren le dió a Braulio la sensación de haberse salido del mundo, como si en un túnel hubiera encontrado ese roto del mapa mundi que conduce al vacío del universo.

A las cuatro, la niña, constipada, empezó a estornudar desesperadamente y él se creyó en la gloria al escuchar aquel «Jesús» repetido por los viajeros. Después la niña lloró firmemente con esa fe que po-

nen los chicos en sus rabietas y dió comienzo a las inventivas para apaciguarla, pero la pequeña, después de haber roto tres relojes de bolsillo y dos termos, continuaba el llanto en el mismo tono. Al fin, tuvo que intervenir Braulio:

—Es preciso saber lo que quiere—dijo a la madre—. Los niños nunca lloran porque sí.

Entonces comenzó el interrogatorio, y tras mil preguntas se supo por fin la verdad: la niña quería tirar del timbre de alarma.

De todos los vagones habían acudido viajeros atraídos por el lloro tenaz, pero nadie encontraba la solución del problema o, mejor dicho, nadie se atrevía a dar la solución lógica consintiendo el capricho de la niña.

Braulio pensó hacer una cuestación para pagar la multa que señala el Reglamento a esos caprichos, pero temió regateos y cobardías. Por último, convencido de que todos consentirían que la niña quedara con el brazo engarabitado durante toda su vida antes que permitirle su gusto, tomó a la pequeña en brazos y la aupó hasta la empuñadura del timbre. De ese timbre con falso nombre que nunca se oye, porque debe de sonar en la línea más lejana del paisaje.

El ex ventrílocuo fué el primero en apearse del tren frenado. Todos estaban asombrados de aquella rebeldía, como si fueran ciudadanos de un país en el que nunca se hubieran hecho revoluciones.

Lo inaudito fué la maravillosa salvación de todos, porque un centenar de metros más allá estaba la vía interrumpida por un desprendimiento de tierras.

Braulio se había arrodillado para dar gracias al

cielo por el milagro concedido, mientras el resto de los viajeros en masa le rodeaba con veneración reconociendo al mendigo de las limosnas. Aquellas personas ya no viajarían en adelante sin tomar un cupón de seguro contra riesgos espirituales.

Como le pedían la bendición a voz en grito, Braulio, un poco asustado, comenzó a retroceder con lentitud y majestad de aparición que se desvanece. Ya muy lejos, se espantó una mosca de la frente y entonces vió caer de hinojos a los viajeros como un coro de película bien entrenado...

XXVIII.—VOZ

En su caminar desorientado, llegó Braulio a un valle escondido que era el almacén de sonidos gastados en el mundo. En aquel valle la vejetación y las piedras eran cadáveres de sonido. El mismo viento se materializaba allí en cosa muerta. Todas las vibraciones del éter desde que el mundo es mundo, aparecían como alambres retorcidos en un montón informe, semejante al colosal revoltijo de la mayor fábrica de muelles.

La marcha era dificultosa por aquel lugar de alambradas enmarañadas y pavorosas, porque los pies, al rozar la materia, hacían revivir los sonidos por lo mismo que la aguja los arranca de la placa del gramófono. Junto al estallido de una granada se reproducía un fragmento de discurso por la paz universal; sobre la oración de una novicia se superponía la blasfemia de un carretero; a continuación de la estrofa de de un verso venía una descripción de las propiedades del azufre; al piar de un canario lo devoraba el rebuzno de un asno. Lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, todo lo que en el mundo había tenido vibración, estaba allí en un mismo destino de fosa común.

Braulio se sintió aliviado al pensar que llevaba en un guardapelo, junto al corazón, el cadáver de las

tres únicas palabras pronunciadas por la muda y estaba satisfecho, porque ella no figuraría nunca en este lugar de condena a lo expresado. Si él había roto el sagrado silencio de la mujer, también la devolvía a la mudez eterna, sustrayendo a su destino las tres palabras del pecado.

Al salir del valle del sonido muerto, Braulio entró en el otro valle del silencio puro, de lo nunca expresado. Estaba éste revestido de algodón y cuajado de ratitas blancas con los ojos color de rosa. El ventrílocuo buscó la voz de su mujer, pero allí no había voz de nadie ni de nada, aquello en sí era la misma cosa: todo y nada.

***

Al entrar Braulio en la cartuja los frailes le miraron con espanto, como a un hombre infectado de voces que era para ellos la peor de todas las enfermedades. Le señalaban groseramente con el dedo como si fuera él una fiera cazada en el antro de la mudez.

Después de cortarse el pelo a sí mismo y de recibir el sayal de manos del prior, le destinaron un trozo de tierra para que en la huerta cavase él sibaríticamente su fosa como el resto de la Comunidad. El sol alumbraba aquel cuadro con mayor cariño y más calor porque se creía que era aquello el patio de un manicomio.

Al anochecido, se encaminaron los frailes hacia la capilla del convento arrastrando sus grandes rosarios pesados como grilletes. El recordó con lágrimas puntiagudas, de esas que desgarran los ojos al salir, aquel rosario de cuentas azules que se rezaba por sí

solo entre las manos de la muda sin necesidad de expresarse en palabras ni bisbeos.

La capilla era la inmovilidad misma, parecía la película interrumpida en el punto más esencial, con esa paralización «sui generis» que es como si en un momento convenido la humanidad de la pantalla se hubiera declarado en huelga de movimiento. En huelga de vida parecían los frailes allí.

Braulio se sentía invadir de parálisis espiritual y para defenderse apretó contra su pecho aquel escapulario que le pusieron con los hábitos como un sinapismo especial para su alma pecadora de voces... Después buscó algo en movimiento para no perecer, temía que el corazón se le parase, pero en movimiento sólo estaba allí la llamita de aceite que ardía ante el Sagrario como una colilla de vida.

El novicio pidió al gran operador que pusiera la máquina en movimiento. ¿Por qué había de estar en reposo tan soberbio aparato?... Cerró los ojos y fué imaginando la escena primera de su santidad con los santos revividos en la unipersonal pantalla de cada altar.

De pronto, el Santo Patrono descorrió el candado de su boca y exclamó:

—¡Braulio!... ¡Braulio!

La Comunidad quedó espantada ante aquello que creía una osadía del ventrílocuo. ¡Hubiera sido muy difícil convencerles de que aquello era un milagro y, sin embargo, ellos tenían obligación de esperar todos los días un milagro!

Braulio inclinó el cuerpo sobre sus rodillas hasta apoyar la frente en el mármol sucio del piso. No oía

la voz colérica del prior recriminándole, ni los cuchicheos de los otros, él sólo oía las voces de los santos acompañadas de visiones seráficas, visiones evolutivas que fueron a través de brumas precisando su figura en un nicho de altar y con un loro en el hombro hermano del perro de San Antonio y del cerdo de San Roque. A sus pies: *Ventrílocuo y Mártir,* decía una inscripción de letras doradas. Pero no pudo aclarar si había sido mártir de sus voces o de la mudez de su mujer.

Desvanecido, tuvieron que llevar a Braulio al camastro de su celda. La Comunidad estaba muy contenta y ya reconciliada con Braulio porque presentían fiesta al día siguiente. Allí siempre que se había de rellenar uno de aquellos hoyos de la huerta se hacía fiesta. ¡Tan pronto!... ¡Qué suerte de hermano!

Era la hora de rezar y a ello le excitaban todos pidiendo que se arrepintiera de sus culpas en voz alta. Era santo y creían que necesitaba de todas sus voces para pedir gracia a Dios.

Por fin, Braulio hizo ademán de hablar, entonces todos esperaron las palabras transcendentales de la muerte; pero él sólo quería liberarse de las seis únicas palabras que quedaban en su pecho: resto de su antiguo caudal.

—Ahora. Ahora—dijo el prior.

Y habló:

—¡Qué bien se suenan los frailes!

FIN

ECO

	Páginas
I.—Voz	7
II.—Voz	14
III.—Voz	27
IV.—Voz	37
V.—Voz	53
VI.—Voz	68
VII.—Voz	69
VIII.—Voz	75
IX.—Voz	85
X.—Voz	99
XI.—Voz	108
XII.—Voz	119
XIII.—Voz	125
XIV.—Voz	140
XV.—Voz	144
XVI.—Voz	148
XVII.—Voz	157
XVIII.—Voz	166
XIX.—Voz	170
XX.—Voz	182
XXI.—Voz	197
XXII.—Voz	206
XXIII.—Voz	216
XXIV.—Voz	224
XXV.—Voz	234
XXVI.—Voz	243
XXVII.—Voz	251
XXVIII.—Voz	266

BIBLIOTECA NUEVA

CALLE DE LISTA, NUMERO 66.—MADRID

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

Obras escogidas de Juan Valera

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

NOVELAS

	Ptas.
.—Juanita la Larga	5,00
II.—Doña Luz	5,00
III.—Pepita Jiménez	5,00
IV.—El Comendador Mendoza	5,00
V.—Pasarse de listo.	5,00
VI.—Genio y figura	5,00
VII.—Morsamor	5,00
VIII y IX.—Las ilusiones del Doctor Faustino	10,00
X.—Dafnis y Cloe	5,00

OTRAS OBRAS

XI.—Cuentos escogidos	5,00
XII.—Poesías escogidas.	5,00
XIII, XIV y XV.—Ensayos escogidos	5,00

ENCUADERNADOS EN TELA, 7 PESETAS

Obras completas de Gabriel Miró

Del vivir, Corpus y otros cuentos	5,00
Las cerezas del cementerio (novela)	5,00
La novela de mi amigo (novela)	5,00
El Obispo leproso (novela)	5,00
El libro de Sigüenza (novela)	5,00
Figuras de la Pasión del Señor	7,00
Años y leguas (novela)	5,00
El abuelo del rey (novela)	5,00

Obras nuevas de Azorín

Félix Vargas (novela)	5,00
Blanco en azul (cuentos).	5,00
La bolita de marfil (cuentos)	5,00

Novelas de Ramón Gómez de la Serna

La viuda blanca y negra (novela)	4,00

	Ptas.
El secreto del Acueducto (novela)	4,00
La Quinta de Palmyra (novela)	4,00
La mujer de ámbar (novela)	4,00

Novelas de Rafael López de Haro

¿Y después?	5,00
Ante el Cristo de Limpias	5,00
¡Pero el amor se va!	5,00
Fuego en las entrañas	5,00
Entre todas las mujeres.	5,00
La Venus miente.	5,00
Las sensaciones de Julia.	5,00
Un hombre solo	5,00
Todos los amores	5,00
Los nietos de los celtas.	5,00

Colección de grandes novelas humorísticas

ENRIQUE JARDIEL PONCELA	
Amor se escribe sin hache	6,00
¡Espérame en Siberia, vida mía!	6,00
SANTIAGO RUSIÑOL	
La niña gorda	5,00
JUAN JOSÉ DOMENCHINA	
La túnica de Neso	5,00
TIRSO DE MEDINA	
Mis dos mitades	5,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Un tipo disparatado	5,00
EDGARD NEVILLE	
Don Clorato de Potasa	5,00
ANTONIO ROBLES	
Novia partido por 2	5,00
JOAQUÍN BELDA	
Se ha perdido una cabeza	5,00

Obras completas de Amado Nervo

(ILUSTRADAS POR F. MARCO)

I.—Perlas negras. Místicas	5,00
II.—Poemas	5,00

	Ptas.
III.—Las voces. Lira heroica y otros poemas	5,00
IV.—El Exodo y las flores del camino	5,00
V.—Almas que pasan	5,00
VI.—Pascual Aguilera. El donador de almas	5,00
VII.—Los jardines interiores En voz baja	5,00
VIII.—Juana de Asbaje	5,00
IX.—Ellos	5,00
X.—Mis filosofías	5,00
XI.—Serenidad	5,00
XII.—La amada inmóvil	5,00
XIII.—El bachiller. Un sueño Amnesia. El sexto sentido	5,00
XIV.—El diamante de la inquietud. El diablo desinteresado. Una mentira	5,00
XV.—Elevación	5,00
XVI.—Los balcones	5,00
XVII.—Plenitud	5,00
XVIII.—El estanque de los lotos	5,00
XIX.—Las ideas de Tello Téllez. Como el cristal	5,00
XX.—Cuentos misteriosos	5,00
XXI.—Algunos	5,00
XXII.—La lengua y la literatura (1.ª parte)	5,00
XXIII.—La lengua y la literatura (2.ª parte)	5,00
XXIV.—En torno a la guerra	5,00
XXV.—Crónicas	5,00
XXVI.—Ensayos	5,00
XXVII.—El arquero divino	5,00
XXVIII.—Conferencias. Discursos. Misceláneas	5,00
XXIX.—La última vanidad	5,00

ENCUADERNADOS EN TELA, CADA VOLUMEN, 7 PESETAS

De cada tomo se ha hecho una tirada de cien ejemplares en papel de hilo y lujosamente encuadernados. Precio de cada ejemplar, 35 pesetas.

Obras de Oscar Wilde

I.—El crimen de lord Arturo Savile (novela)	4,00
II.—El retrato de Dorian Gray (novela)	4,00
III.—El ruiseñor y la rosa (novelas)	4,00
IV.—Huerto de granadas (novelas)	4,00
V.—Vera o los nihilistas (teatro)	4,00
VI.—Intenciones (ensayos)	4,00
VII.—La tragedia de mi vida	4,00
VIII.—La duquesa de Padua (teatro)	4,00
IX.—Pluma, lápiz y veneno (ensayos)	4,00
X.—Una mujer sin importancia, El abanico de lady Windermere y La importancia de llamarse Ernesto (teatro)	4,00
XI.—Palabras, ideas, crítica	4,00
XII.—Epistolario inédito	4,00

FRANK HARRIS

Vida y confesiones de Oscar Wilde (dos tomos)	12,00

Obras de Eça de Queiroz

Una campaña alegre	4,00
San Onofre	4,00
San Cristóbal	4,00
Cartas de Inglaterra	4,00
El misterio de la carretera de Cintra	5,00
Notas contemporáneas	5,00
Ecos de París	4,00
Prosas bárbaras	4,00
Cartas familiares y billetes de París	4,00
Cuentos	5,00

Obras de Remy de Gourmont

Colores (cuentos eróticos)	4,00
Una noche en el Luxemburgo (novela)	4,00
El sueño de una mujer (novela)	4,00
El peregrino del silencio	4,00
Historias mágicas	4,00

Novelas de Barbey d'Aurevilly

El amor imposible	4,00
Las diabólicas	4,00
Una historia sin nombre	4,00

Obras inéditas de Vargas Vila

Odisea romántica (Diario de viaje a la República Argentina)	5,00
Diefario crepuscular	5,00
La novena sinfonía (novela)	6,00

Obras completas del profesor S. Freud

(PRÓLOGO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET)

I.—Psicopatología de la vida cotidiana. (Errores, equivocaciones, supersticiones, olvidos)	10,00

	Ptas.
II.—Una teoría sexual y otros ensayos	10,00
III.—El chiste y sus relaciones con lo inconsciente	10,00
IV y V.—Psicoanálisis	20,00
VI y VII.—Interpretación de los sueños	20,00
VIII.—Totem y Tabú	10,00
IX.—Psicología de las masas	10,00
X.—La histeria	10,00
XI.—Inhibición, síntoma y angustia	10,00
XII.—Análisis profano	10,00
XIII.—Psicología de la vida erótica	10,60
XIV.—El porvenir de las religiones	10,00
SMITH E. JELLIFFE	
Técnica del Psicoanálisis	10,00

Colección extranjera

LEONIDAS ANDREIEV	
Los siete ahorcados (novela)	4,00
Judas Iscariote (novela)	4,00
La risa roja (novela)	4,00
Memorias de un preso (novela)	4,00
PEDERICO NIETZSCHE	
Epistolario inédito	5,00
VILLIERS DE L'ISLE ADAM	
La Eva futura (novela)	4,00
Nuevos cuentos crueles	4,00
GABRIEL D'ANNUNZIO	
Quizás sí, quizás no (nove)	5,00
EÇA DE QUEIROZ	
Ultimos ensayos	4,00
ALEJANDRO KUPRIN	
El capitán Ribnicov (novela)	4,00
MARK TWAIN	
Narraciones humorísticas	4,00
El diario de Eva (novela)	4,00
¿Ha muerto Shakespeare? (sátiras)	4,00
KNUT HAMSUN (Premio Nobel).	
Pan (novela)	5,00
F. DOSTOIEWSKY	
Tres novelas	4,00
J. y J. THARAUD (Premio Goncourt).	
Dingley, el ilustre escritor (novela)	4,00
Servidumbre de amor (novela)	4,00

	Ptas.
CARLOS BAUDELAIRE	
Páginas escogidas	5,00
TEODORO DE BANVILLE	
Muñecas (cuentos)	4,00
ARTURO SCHNITZLER	
Morir (novela)	4,00
JEAN LORRAIN	
El burdel de Filiberto (novela)	5,00
JULES RENARD	
El viñador de su viña	4,00
GERARDO DE NERVAL	
Las hijas del fuego (novelas)	4,00
FIALHO D'ALMEIDA	
La ciudad del vicio (novelas)	4,00
LEÓN TOLSTOY	
Jadsi Murat (novela)	5,00
CONDE DE L'AUTREAMONT	
Los cantos de Maldoror	4,00
ENRIQUE SIENKIEWICK	
Hania (novela)	4,00
R. L. STEVENSON	
Las tribulaciones de un joven indolente (novelas)	4,00
HENRI DE REGNIER	
Boda de amor (novela)	4,00
Amantes raros (novela)	4,00
PIERRE LOTI	
El libro de la piedad y de la muerte (novelas)	4,00
GIOVANNI PAPINI	
Hombre acabado	5,00
Bufonadas	5,00
Memorias de Dios	5,00
G. APOLLINAIRE	
El poeta asesinado (novela)	4,00
MARIO PUCCINI	
Ser o no ser (novela)	5,00
G. RODENBACH	
En destierro (novela)	4,00
COLETTE WILLY	
Querido (novela)	4,00
O. HENRY	
Picaresca sentimental (novelas)	4,00
JOHN GALSWORTHY	
Flor sombría (novela)	5,00

	Ptas.
G. K. CHESTERTON'S	
La esfera y la cruz	5,00
TOMÁS HARDY	
Teresa la de Ubervilles (novela), 2 tomos	8,00
LUIGI PIRANDELLO	
El difunto Matías Pascal (novela)	5,00
AQUILINO RIBEIRO	
La vía sinuosa (novela)	5,00
JULES ROMAINS	
Luciana (novela)	5,00
JAMES JOYCE	
El artista adolescente (novela)	5,00
HENRY DE MONTHERLANT	
Olímpicas	5,00
Los bestiarios (novela)	5,00

Colección hispana

JOSÉ MARÍA SALAVERRÍA	
Espíritu ambulante	4,00
El oculto pecado (novela)	4,00
EUGENIO NOEL	
Piel de España	4,00
JOSÉ B. RODÓ	
Páginas escogidas	4,00
J. LÓPEZ PINILLOS (PARMENO)	
Hombres, hombrecillos y animales	4,00
CRISTÓBAL DE CASTRO	
Las mujeres (2.ª edición)	4,00
SILVERIO LANZA	
Páginas escogidas e inéditas	4,00
MANUEL MACHADO	
Un año de teatro	4,00
EÇA DE QUEIROZ	
La decadencia de la risa (2.ª edición)	4,00
RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA	
Muestrario	4,00
R. CANSINOS ASSENS	
El divino fracaso	4,00
ANTONIO DE HOYOS Y VINENT	
El secreto de la ruleta (novelas)	4,00

	Ptas.
R. BLANCO-FOMBONA	
Dramas mínimos	4,00
SOFIA CASANOVA	
La revolución bolchevista. (Diario de un testigo)	4,00
ALFONSO REYES	
El cazador	4,00
ALBERTO INSÚA	
Juventina la bella (novela)	4,00
FEDERICO GARCIA SANCHIZ	
Cosmopolita (novelas)	4,00
M. DÍAZ RODRÍGUEZ	
Peregrina (novela)	4,00
EDUARDO ZAMACOIS	
La virtud se paga (novela)	4,00
EDUARDO MARQUINA	
Almas de mujer (novela)	4,00
JOSÉ M.ª DE ACOSTA	
Niñerías (novela)	4,00
E. RAMIREZ ANGEL	
La villa y corte pintoresca	4,00

Colección histórica

J. GARCÍA MERCADAL	
España vista por los extranjeros (3 tomos)	12,00
B. GONZÁLEZ-BLANCO	
Historia del periodismo	4,00
CARLOS PEREIRA	
La obra de España en América	4,00
E. RODRÍGUEZ SOLÍS	
Historia de la prostitución	5,00
P. OTERO Y SÁNCHEZ	
España, patria de Colón	4,00

Colección política

ANTONIO MAURA	
Treinta y cinco años de vida pública (2 tomos)	8,00
V. RUIZ ALBENIZ	
Ecce Homo. (Las responsabilidades del desastre.) Epílogo del general Berenguer	6,00
ALBERTO MOUSET	
La política exterior de España	3,50

	Ptas.
ALVARO DE ALBORNOZ	
El partido republicano	3,50
JUAN JOSÉ MORATO	
El partido socialista	3,50
N. MORENO RECIO	
Los partidos políticos europeos	4,50
ENRIQUE FAJARDO (FABIAN VIDAL)	
Crónicas de la gran guerra. .	6,00

Ensayos

JUAN MONEVA Y PUYOL	
Primores ciudadanos	3,50
LUIS DE ZULUETA	
La oración del incrédulo. . .	3,50
WALTER RATHENAU	
La triple revolución	4,00
G. MARAÑÓN	
Tres ensayos sobre la vida sexual. (4.ª edición, con prólogo de R. Pérez de Ayala)	5,00
G. R. LAFORA	
Don Juan, los milagros y otros ensayos	5,00
QUINTILIANO SALDAÑA	
El hombre de toga	4,00
R. NOVOA SANTOS	
La mujer, nuestro sexto sentido y otros esbozos. . . .	5,00

Ideario español

Ideario de LARRA (Prólogo de Gabriel Alomar	5,00
Ideario de COSTA (Prólogo de Luis de Zulueta).	5,00
Ideario de GANIVET (Prólogo de Cristóbal de Castro).	5,00

Los grandes cuentistas

Cuentistas húngaros.	4,00

Teatro selecto contemporáneo

FRANK WEDECKIND	
Despertar de primavera . . .	2,00
JOHN GALSWORTHY	
La huelga	2,50

	Ptas.
LEONIDAS ANDREIEV	
Hacia las estrellas	2,50
La vida del hombre	2,50
BJORNSTJEROE BJERNSON	
Laboremus.	2,50
M. ARTZIBACHEV	
Celos	2,50

Las nuevas doctrinas sociales

N. LENIN	
El Estado y la Revolución proletaria (3.ª edición). . .	4,00
Ideario bolchevista	4,00
El comunismo de izquierda. .	4,00
La victoria proletaria y el renegado Kautsky	4,00
El capitalismo de Estado . .	4,00
CARLOS PEREYRA	
La Tercera Internacional .	4,00
KARL KAUTSKY	
Terrorismo y comunismo . .	4,00
N. TASIN	
La revolución rusa (2.ª edición).	4,00
La dictadura del proletariado)	4,00
Héroes y mártires de la revolución rusa	4,00
A. R. ORAGE	
Socialismo gremial	5,00
L. TROTSKY	
El triunfo del bolchevismo (2.ª edición)	4,00
Terrorismo y comunismo, o el Anti-Kautsky	4,00
S. ZAGORSKY	
La república soviética: Su obra	5,00
ENRICO LEONE	
El sindicalismo	4,00
A. KERENSKY	
El bolchevismo y su obra . .	4,00
VARIOS	
El sindicalismo revolucionario.	4,00
E. TORRALBA BECI	
Las nuevas sendas del comunismo. (Tesis y acuerdos del III Congreso de la Internacional comunista). . .	4,00

Ptas.

Varios

J. J. BROUSSON

Anatole France en zapatillas (Charlas e intimidades) . . 5,00

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

Los anticuarios (novela) . . . 4,50

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

Mario, en el foso de los leones. 5,00

La decadencia de lo azul celeste (novela) 5,00

ARTURO GARCIA CARRAFFA

La política pintoresca. (Mas de cien anécdotas de hombres públicos). 3,50

RAFAEL ALBERTI

Marinero en tierra. (Poesías.) (Premio Nacional de Literatura.). 5,00

J. DE LA LUZ LEON

Amiel o la incapacidad de amar. (Prólogo de Salvador Madariaga.) 5,00

RODOLFO REYES

De mi vida (Memorias políticas) 5,00

R. LÓPEZ DE HARO

Ser o no ser (3 comedias). . . 5,00

JOSÉ BERGAMÍN

Enemigo que huye (novela). . 5,00

FELIPE XIMENEZ DE SANDOVAL

Robinsón 4,00

E. GIMÉNEZ CABALLERO

Yo, inspector de alcantarillas 5,00

RODOLFO NERVO

Voces amigas (Poesías). . . 5,00

Ptas.

EMIL LUDWIG

El hijo del hombre. (Vida de Jesús) 6,00

Biblioteca del Más Allá

PAUL GIBIER

El espiritismo (con ilustraciones). 5,00

RODOLFO STEINER

La Teosofía 4,00

ELIPHAS LEVI

Historia de la magia (con ilustraciones) 6,00

ARTEMIDORO DE DALCIS

Interpretación de los sueños. 4,00

H. P. BLAWATZKY

Doctrinas y enseñanzas teosóficas. 4,00

RAFAEL URBANO

El diablo: Su vida y su poder (con ilustraciones) . . 5,00

NORMAN VALLAGE

Las más curiosas sesiones de espiritismo 4,00

LAUREL & NAGOUR

La magia y el amor 4,00

GURNES, MYEWR & PODMORE

La telepatía 4,00

PAPUS

Tratado de ciencia oculta (con ilustraciones). 6,00

FRANZ SPUNDAS

La reencarnada (novela ocultista) 5,00

A CONAN DOYLE

El espiritismo (un tomo en cuarto). 15,00

LA «BIBLIOTECA NUEVA» TIENE EN PREPARACIÓN OTRAS MUCHAS E INTERESANTES OBRAS DE LOS MEJORES AUTORES ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS.

This book may be kept

FOURTEEN DAYS

A fine of TWO CENTS will be charged for each day the book is kept overtime.

Demco 291-B5

VANDERBILT UNIVERSITY
3 0081 034 468 474